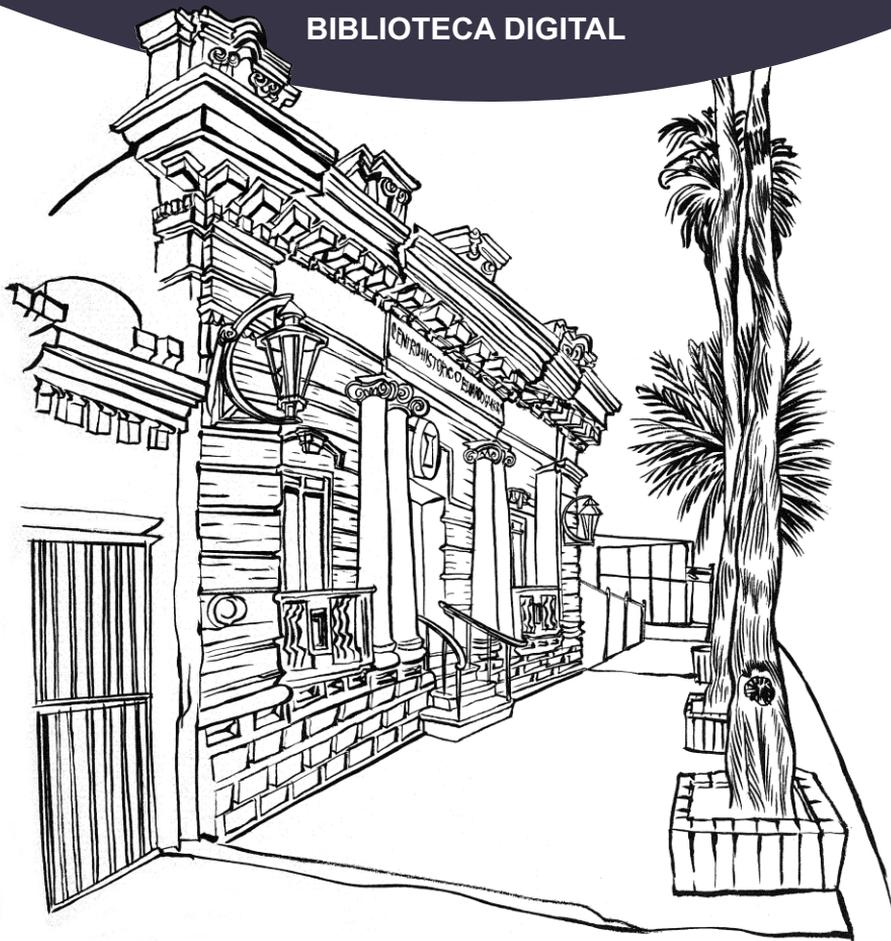




# ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.  
TEL.: (52) (871) 716-09-13

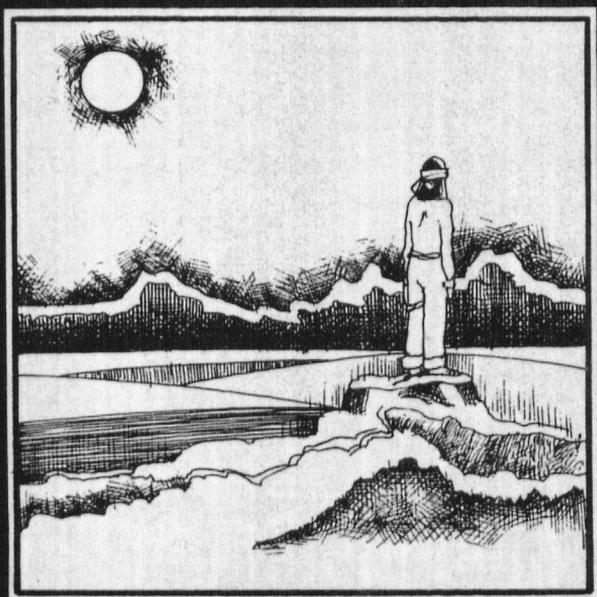
[www.torreon.gob.mx/archivo](http://www.torreon.gob.mx/archivo)

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE COAHUILA

Más allá existe la tierra



Magdalena Mondragón

# **MAS ALLA EXISTE LA TIERRA**

**Magdalena Mondragón**

**Saltillo, Coahuila,  
México, 1990.**

Primera edición: 1947  
Segunda edición: 1990

©Magdalena Mondragón  
*MAS ALLA EXISTE LA TIERRA*  
Edición a cargo de la  
Universidad Autónoma de Coahuila  
Impreso en Saltillo, Coahuila, México.

## PROEMIO

*La edición y publicación de la presente obra, es una faceta de la vasta tarea universitaria, sobre todo en el rubro de Difusión Cultural; tarea que este año la Universidad Autónoma de Coahuila seguirá cumpliendo para su comunidad.*

*En materia de fomento editorial, nuestra Casa de Estudios está dando pasos concretos para establecer un plan coherente y posible que le permita retomar con seriedad la publicación de libros y otras obras literarias, que trasciendan en nuestro ámbito cultural.*

*El rescate de obras que por su contenido y calidad resulten de gran valor y la edición de otras, que no hayan visto luz pública, pero que también sean dignas de darse a conocer, son dos objetivos que persigue la UAC en su programa editorial.*

*Cristalizar este programa significará un cultivo cuidadoso y un trabajo arduo; primero por la escasez de recursos y segundo porque el desafío cultural es muy elevado.*

*Pero estos dos factores serán acicates para que la Universidad se consagre con sincero interés por contribuir a formar una sociedad más culta y más crítica.*

**M.C. Remigio Valdés Gámez**  
**RECTOR**

## PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

La temática superficial de “Más Allá Existe la Tierra” aborda uno de los aspectos más recurrentes en la sociedad mexicana surgida de la revolución la peregrinación moral y física de quienes se saben acreedores del movimiento reivindicador e insisten en pasarle la factura en forma de tenencia de la tierra.

Pero lo que en realidad hace trascender ésta novela de Magdalena Mondragón es el conflicto humano, que se desarrolla en forma paralela al clasista, entre la libertad sin fronteras y la condicionada, entre el amor pristino y el que adopta límites convencionales y, en fin, entre los hombres mismos, que oscilan en sus dudas del heroísmo a la miseria moral.

El escenario de “Más Allá Existe la Tierra” es el campo mexicano, mítico en los discursos oficiales, pavorosamente real apenas se pisa los surcos yermos. Y de ahí, al otro gran drama del México moderno, el del compatriota que no encuentra acomodo ni en la yunta ni en la máquina, que ha sido marginado por la inexorable industrialización urbana y por un campo que dejó ya de ser instrumento de gratificación revolucionaria.

No recurre la autora a tesis culturales o ideológicas para explicar y plantear los personales polares, sino a los resortes sentimentales y como única respuesta a los estímulos externos. Y lo hace con tal maestría que la obra adquiere un ritmo más intenso e interesante a medida que transcurre la trama. Es un libro que conmueve corazones y literalmente se pega a las manos.

La Universidad Autónoma de Coahuila preparaba ya la reedición de ésta novela cuando la muerte sorprende a la coahuilense en la capital del país, a mediados de 1989. Dejó algunas correcciones de estilo, hechas con su propio puño y letra, que aparecerán en ésta nueva impresión.

*Roberto Reyes Morales*

PUSO EL OIDO SOBRE LA TIERRA. Allí estaban los pedruscos cerrados como labios duros y hacía poco entreabiertos por la humedad de la lluvia. Su cara, atenta al oleaje de la tierra, escuchaba por anticipado el rumor siempre nuevo de la vida bullente.

Si; allí estaba; ¡la vida! ¡La vida como un niño moviéndose en el vientre de su madre!

Podía sentir la fuerza pujante de las espigas; la piel del musgo pegándose a su boca como los cabellos de una mujer joven, y los pétalos de las rosas, igual en su muerte a las hojas secas de los árboles.

La tierra se le entregó muchas veces, año por año. Era una boda familiar que se venía celebrando por todos sus ancestros: su padre, su abuelo, él... Y ella, la amorosa, quedaba allí, en su piel desnuda y desgarrada, húmeda del sudor que los hombres, al penetrarla, le dejaban encima,

Simón Gutiérrez se estremeció. Sus ojos eran demasiado inquietos y surcaban en diversas direcciones el espacio; creaban nuevos mundos que lo conquistaban, elevándolo a lejanos universos. Y así, habitante privilegiado de otro mundo, empezó a sentir que se divorciaba de la tierra. Y ásperos fueron los terrenos que sintió en su rostro como palabras oscuras y sin sentido. Pero sólo fué por un minuto, y nuevamente vibró con el vaho húmedo que brotaba de las entrañas de la tierra, semejante a un aliento ardoroso que le pusiera lumbre en las venas. ¡Y entendió por qué sobre la tierra se revolcaban con gozo los caballos y los perros, los pájaros y las nubes convertidas

en lluvia! Ahora “ella” tenía estas calidades y su vaho luminoso la hacía suave como las imágenes del sueño.

Ya había comenzado la siembra y Simón Gutiérrez se sintió como si hubiera dejado su simiente en el vientre de una mujer ajena. La tierra no le pertenecía; era del patrón. Y el patrón la dejó en manos de su padre, de su abuelo, de él, igual que un hombre impotente, incapaz de satisfacer a una mujer de la que, sin embargo, se sabe el dueño.

La siembra había comenzado. La semilla cayó en el surco y viajaba en él, realizando el misterio. Era el vuelo de cientos de pájaros que, al sembrarse en el espacio, se transformaba en estrellas.

La primavera reventaba la fortaleza de los tallos con sus hojas verdes. ¡Tan débiles y tan fuertes! Eran besos prendidos en los aires.

Y en verano, el menor ruido de viento convertía a la naturaleza en un órgano contenido y luego volcado en millones de voces que surcaban el espacio. ¡No había música, que pudiera comparársele! Y él estaba ante ella, ante la naturaleza, como espectador.

Pero en otoño, las hojas caían y los árboles trepidaban. La naturaleza estaba enferma y su queja se oía por la noche, pidiendo cuidado. Y había que alisarla, como se hace con los niños miedosos. El también, Simón Gutiérrez, estaba allí, con sus nervios a flor de piel, como los árboles sobre la tierra en otoño.

Y sus palabras marchitas le inundaban el corazón y se lo vestían de oro muerto. Necesitaba una mano que se posara sobre su frente, o una emoción que agitara su sangre. Pero allí estaba sobre la tierra. ¿La amaba? Sí, la amaba y quería poseerla.

Hacía años de eso. Pero más que poseerla deseaba entregársele sin medida porque así, a la hora de morir, la tierra no le quedaría estrecha.

De sus raíces ancestrales le venía el ansia de amor. Pero éste no se limitaba a “su tierra”: amaba el polvo eterno que rodaba en oro molido en todos los caminos; las mejillas sonrosadas de los niños y la carne vibrante de los seres que prolongaban su materia viva sin importarles la desaparición.

Olfateó el aire cargado de aromas y su carne se estremeció como la de un potro joven, impaciente por cruzar las llanuras en carreras desbocadas, inalcanzables, por la impaciencia de las propias ansias.

Una mancha empañó el sol por un instante y Simón levantó los ojos para contemplar las bandadas de patos que cruzaban el cielo en una masa imponente. También ellos sentían la necesidad de salvar las distancias. Simón se quedó quieto, la dulzura de su piel morena se estiró en sus pómulos salientes y sus ojos, semillas oscuras, abarcaron el horizonte para meterse en surcos de infinito.

Y todo él floreció en inquietud. ¡Viajar! Viajar para poseer la tierra. ¡Toda la tierra! Sólo así se entregaría ilimitadamente a ella. Porque permanecer en un solo sitio era para Simón Gutiérrez una anticipada sepultura. Y ésta siempre le quedaría estrecha.

EL PADRE Y LA MADRE DE SIMON eran dos viejos pegados a las tradiciones del terruño. Su casa, su pequeño jacal hecho de ramas y lodo, semejaba un avispero por el que salía el ruido de voces humanas; los niños, que toman en la vida como un globo de colores.

Cinco, seis, siete niños, todos hijos de sus hijos menos de Simón, que no se había casado. Y esto desconsolaba a los viejos: era una rama seca que no florecía.

Gutiérrez padre y doña Luz llevaban veinticinco años de casados. Y la mujer en toda esa etapa lo colmó de hijos; como la tierra, entregó sus frutos. Muchos de los niños murieron, pero para Gutiérrez padre esto no fué más que un eclipse. Para los hombres del campo, el eclipse hace que caigan de las ramas frutos que mueren en un segundo. La muerte era un eclipse; pero después de ella siempre salía más luminoso el sol y la vida reverdecía.

Si alguien les hubiera preguntado si sabían leer y escribir, habrían respondido que no, con la extrañeza que producen las preocupaciones por cosas inútiles.

El viejo don Juan leía las estrellas y por la noche sus ojos oscuros de indio con alma profunda, las seguían devotamente, con la misma devoción que su mujer le pisaba a él los talones por los caminos.

Sus piernas ágiles y fuertes ignoraban los años y su alma la malicia inútil de las ciudades adonde bajaba el día de "tianguis" acompañado de su mujer y de alguno de sus nietos, para vender

lo que en sus ratos de ocio tejían sus manos; canastos de vivos colores.

En las épocas malas, cuando la tierra, no por despego a sus hijos sino por falta de lluvia dejaba de abrir su vientre y presentaba sobre la superficie arrugas y repliegues como el cuerpo de una anciana, Juan y su mujer se dedicaban a la alfarería, en cuyas tareas tomaba parte la familia entera. Pero nadie hablaba mal de la tierra. Todavía ella les daba para comer. Y el barro mojado se deslizaba brillante, dócil, moldeable, entre las manos de Juan, que le dispensaba una caricia lenta y segura, de dominio absoluto.

Y así iban saliendo de sus manos jarros, cazuelas, platos... Y Juan volcaba sobre ellos la flora y la fauna empequeñecida materialmente, pero agigantada por su imaginación ; y junto al venado de cuernos de ala, las flores de caprichosa figura ofrecían el nombre de Luz, su mujer, adornado con pájaros; y doña Luz, en reciprocidad, hacía que un león con bigotes lacios y cara semejante a la de don Juan, jugara con una paloma sobre las nubes; y ponía caprichosamente el nombre de su marido rematando el dibujo con un corazón atravesado por una flecha.

Y ya cumplidos los ritos de su amor conyugal, se daba comienzo a la fiesta y de las manos ágiles de Gutiérrez padre salían figuras, animales y flores, como él los veía en los campos: siempre iguales y siempre distintos.

Pero llegaban las primeras lluvias y ya no tenían que soltar su imaginación sino que se aplicaban a las tareas de la tierra, que necesitaba de cuidados. De nuevo la familia entera se ponía en movimiento. Antes de que los llamara el patrón, estaban a la puerta de la "casa grande", husmeando el viento perfumado de campo y de cielo, como perros de cacería dispuestos a cobrar

su presa. Y se lanzaban al fin sobre la tierra hasta confundirse con ella y empaparse de su ardiente sustancia.

Por la noche, Gutiérrez padre poseía a su mujer sobre los surcos recién abiertos y lo hacía religiosamente, como si ella fuese un pedazo de tierra más, y ella, callada y dócil, era un surco humano sobre el que se desbordaba la simiente como un río crecido. Aceptaba el placer de su marido no simplemente como placer; era una “ofrenda” de esas en que se les ponen velas a los santos o a los muertos para que la vida no desaparezca.

Durante las noches, Gutiérrez padre hablaba de su hijo, el mayor, y se dolía de su alejamiento. No; no era de los suyos. ¿De dónde le venían aquellas ansias que se le quemaban en la ausencia de las pupilas y lo hacían responder a las preguntas con monosílabos? Además, tenía curiosidad malsana de aprender. Se le veía con la maestra de la hacienda y ella contaba a todo el que deseaba oírlo que Simón, para tan poco tiempo de estudio, sabía mucho y que aprendería más, porque tenía la mente ágil y la inteligencia rápida.

Juan Gutiérrez pensaba: ¿Qué aprende Simón? Letras, jeroglíficos, cosas tontas! ¡Como si la naturaleza no fuera una carta con palomitas blancas en todas las esquinas y florecitas color de rosa como orlas de seda ¡Ah!, ¡le hablaría a Simón para reprenderlo y quitarle de la cabeza esas ideas.

Luego pensó que a los niños caprichosos y a las mujeres necias había que pegarles para hacerlos volver al buen camino. Estas eran sus teorías y las dijo; pero su mujer, tímidamente, le hizo recordar que Simón ya no era un niño, que tenía veintitrés años.

Juan sonrió, incrédulo. ¡Se deslizaba el tiempo tan rápido! Pasaban la vida con los ojos clavados en la tierra o en el cielo y todas las demás cosas eran ruedas de ese eje. Giraban y giraban, pero él no las sentía.

Ahora era época en que las siembras estaban encima y se necesitaban todos los brazos, y Gutiérrez padre decidió hablarle a su hijo. Sólo que al encontrarlo, a la hora de la cena, el pudor elemental de sus sentimientos lo hizo callar. Simón estaba ausente, ¡ausente! y Gutiérrez padre sintió un profundo dolor, tal y como si su hijo se encontrarse muerto.

Toda su indignación se convirtió en ternura, en ganas de que dejaran correr los dos el río de las palabras. Sus ojos negros en vano buscaron las pupilas de su hijo que veían sin ver y tuvo que conformarse con no escuchar más ruido que el de la tortilla endurecida al ser triturada por sus dientes. ¡Así quisiera mascar su pena! Gutiérrez padre pensó que era mejor hablar a su hijo no aquella noche sino otro día, por la mañana, a la luz del sol, cuando ambos estuvieran en el campo; allí no tenía que observarle los ojos

¡Mañana! ¡Mañana!

PERO AL DIA SIGUIENTE, cuando Gutiérrez padre llegó al campo, se encontró con que su hijo estaba acompañado de otros peones. Sus caras animadas y sus manos como rehiletes, no engañaban al observador. Se trataba, sin duda, de cosas interesantes. Un hombre desconocido era el punto máximo de la atención y a él se acercaban los campesinos con ansia de cervatillos que acuden a la corriente para colmar la sed.

Gutiérrez padre se aproximó y escuchó las palabras. Se repartiría la tierra del patrón.

Los campesinos oían esta nueva y pensaban en sus familias. ¿Habría muchos muertos por quererse apoderar de la tierra que no era de ellos? A estas palabras el hombre extraño rió, y su risa sonó a sabiduría:

-No; no habría muertos. Era la ley. El patrón poseía demasiada tierra. ¡Cientos de hectáreas!

-Entonces, ¿se la iban a robar?

El hombre extraño torció el gesto. No; la tierra que se le quitaba al patrón sería pagada por el Gobierno y se repartiría entre los peones, que de este modo quedaban convertidos en ejidatarios. Cada uno tendría su pedazo de tierra. Para él y para su familia.

Ante esta perspectiva, hombres que habían pasado su existencia pegados sobre los surcos, sintieron que una nueva emoción les bullía en la sangre.

-¡Gratis! ¡Nos van a dar la tierra gratis! Su malicia de campesinos los hizo desconfiar. ¡Aquello debía ser malo! Cuando

se obsequia algo, pensaron, es porque no sirve. Pero el extraño les dijo que no era un regalo. Tendrían que pagar por la tierra. En sudor, en sangre, en independencia, en caminar por su propio pie.

-Pero, ¿el patrón?

Esta pregunta se posesionaba de todas las mentes: "El", ¿no reclamaría? ¿No protestaría? ¿Iba a permitirles trabajar en paz sus propias tierras?

El extraño habló; un tic nervioso en el ojo izquierdo hacía que sus palabras, por serias que fuesen, sonaran a broma:

-Sí; habría reclamaciones... De distinta índole, en diversos lugares, pero el gobierno no escuchaba las quejas. No era justo que un solo hombre poseyera inmensas extensiones de tierra. Y como no era justo...

Por lo demás, observó, los campesinos debían proteger a los ingenieros agrónomos que llegarían para desempeñar su trabajo. De parte de ellos y de los ejidatarios estaba la ley.

Para convencerlos, dio lectura a varios párrafos de un libro rojo. Los campesinos escuchaban sin entender mayor cosa. Y no lograban convencerse, de acuerdo con su rudimentaria lógica, cómo eran peones hoy y propietarios mañana.

No les convencía mucho que se les diera la tierra como en préstamo, es decir, con la advertencia de que si no la trabajan en determinado tiempo, les sería recogida por el Gobierno.

Ellos hubieran deseado sentirse propietarios auténticos para tirarse de panza al sol y contemplar las nubes, para amar y ser amados por una mujer como ellos, semejante a tierra dura; para jugar con el lodo y hundir los pies en el agua y para dejar pasar la tierra entre sus dedos abiertos y no hundir más sus manos en los surcos...

Hubieran querido la tierra para eso, para que fuera de ellos, sin obligaciones y con el gusto único de saber que sus plantas se posaban en algo que les pertenecía. Amaban la libertad y les asustaban las obligaciones; desearon siempre poco y ambicionaron menos. Por eso durante las épocas de cosecha trabajaban sólo cuatro días y se iban de fiesta tres; porque deseaban vivir la vida que les trepidaba gozosa en las venas y nunca se sentían esclavos de nadie ni de sí mismos.

Todo esto pensaban mientras que el hombre leía el libro rojo. Cuando el extraño terminó su lectura y sus instrucciones, se fué sonriente y satisfecho de su discurso, pero Gutiérrez padre quedó pensativo y descontento. A él no le convencían las cosas escritas en libros ni las palabras de hombres desconocidos.

Esto le sirvió para cambiar impresiones con su hijo, pero grande fué su sorpresa cuando Simón se opuso a su voluntad.

No. El no se iría con el patrón. No estaría de su parte. Gutiérrez padre no pudo contenerse y de su boca indígena de hombre esclavo por siglos; salió una protesta de irredento. El no podía robar al patrón. Con él seguiría. Vergüenza para su hijo que aceptaba aquel despojo que se le iba a hacer al señor amo. ¡Qué pena que su hijo fuese un ladrón!

Simón vibró hasta la médula con el insulto. Sus puños casi se lanzaron contra su padre, pero detenido a tiempo, se conformó con lanzar palabras que eran casi un escupitajo:

-Padre, usted es un tonto.

A Gutiérrez padre se le ofuscó la cara. En la garganta misma se le detuvieron frases duras como piedras, pero no peleó. Ignoraba la violencia y su energía sólo se gastaba en la tierra.

Después de varias palabras, padre e hijo, no queriendo dar su brazo a torcer, regresaron a la casa.

Doña Luz los esperaba. Su presencia cortó toda clase de discusiones.

-Vamos a comer. Y otra vez no tarden tanto. Los niños no pueden pasar hambre. Todos se acercaron a la mesa y después de hacer la señal de la cruz, no se escuchó más que el ruido de las mandíbulas. Al terminar la comida Juan encendió su cigarro y se quedó pensando, pero al ver que la familia intentaba levantarse para continuar las tareas del campo, los contuvo con un gesto. Aun había cosas que discutir. Y planteó la situación que para todos sonó a cosa increíble. Habían trabajado años y años sobre la tierra para saber perfectamente que obtener no ya su propiedad sino su sentido, no era tarea fácil.

Pero Simón, voz y boca hechos fuente, los convenció de que debían aceptar. Si alguien llegara a ofrecerles un caballo a la puerta de su casa, ¿lo rechazarían? ¡No! Habló y habló. La única cosa digna de tomarse en cuenta, dijo, es que la tierra les sería entregada. Y no costaba mucho probar.

Gutiérrez padre objetó que había que respetar los bienes del patrón. Por un instante reinó el silencio.

Doña Luz comentó: -Se hará lo que su padre ordene.

-Madre -contestó Simón-, pero ¿por qué no aceptar la tierra? ¿No ha deseado usted siempre que seamos propietarios? ¿No quiere el bien de todos nosotros?

-Tu madre -dijo Juan Gutiérrez- ha querido el bien de todos pero con decencia.

-No puede ser malo eso que nos ofrecen, pues está de acuerdo con la ley. Lo dice la ley, padre.

-Pues si lo dice la ley, Juan, debe estar todo en orden, en perfecto orden. Y yo quiero que mis hijos...

Postergado en su autoridad patriarcal, don Juan detuvo a su mujer con un gesto y dijo en voz baja:

-Quédense ustedes con la tierra. Yo me iré ahora mismo a la casa grande y allí lo explicaré todo.

La familia enmudeció. Doña Luz no hallaba cómo conciliar intereses entre sus hijos y su marido. E ignorando la fuerza de los argumentos, recurrió a lo que su sentido y su instinto le aconsejaron como inmejorable; llorar.

Viéndola así, enjugándose discretamente las lágrimas con la punta de su delantal, la familia entera dejó de discutir y se dedicó a consolarla y ella, feliz nuevamente de ver a su pollada unida, sonrió en forma placentera; pero después siguió con ojos medrosos a Gutiérrez padre que abandonó silenciosamente el jacal sin que sus hijos lo detuvieran.

Por la noche, lo inútil de su espera la hizo experimentar por primera vez lo horrible de la soledad. En el silencio de la noche recordó la mirada de reproche que el viejo lanzó sobre su hijo el mayor y sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo. Gutiérrez padre, con su sentido de la honradez, era capaz de hacer colgar en nombre de la justicia a todos los que atentaran contra la propiedad.

¿Pero no era la ley la que ordenaba que sus hijos tomaran posesión de la tierra? De acuerdo con esto, el terruño pertenecía ahora a Simón, que era el primogénito. Su marido, indudablemente, estaba equivocado. Ya regresaría. En la confusión que le dolía la mente, tuvo el miedo único de que la tierra, al ser dividida, abriera venas de sangre.

Gutiérrez padre no volvió mas por su casa y doña Luz se conformó con acudir presurosa de un sitio a otro, tan rápidamente como se lo permitían sus viejas piernas, para llevar la comida a los hombres de la casa cuando éstos trabajaban en el campo.

La casa se encontraba sin la autoridad masculina de Juan Gutiérrez. Únicamente los nietos acompañaban a doña Luz en la soledad. Y ésta se le iba colmando hasta desbordársele, incontenible, en el llanto que manaba de sus ojos...

**AL FIN LLEGARON LOS INGENIEROS.** Después de medir, de ordenar, de enfrentarse a los rifles de los peones esclavos del patrón; después de que el campo se abonó con la sangre de algunos hombres que murieron en las luchas provocadas por los que se oponían al reparto, los auténticos ejidatarios se quedaron con la tierra en propiedad.

Cuando pasó el alborozo de los primeros días, surgieron las inquietudes apremiantes. ¿Qué iban a hacer para obtener semilla? ¿Y arados? ¿Y animales? ¿Y del dinero suficiente para vivir mientras las siembras rendían sus frutos?

El campo cuyo cultivo estaba a medio hacer cuando se efectuó el reparto, presentaba un aspecto curioso: la tierra abierta, abonada, vacía, era el bostezo, la desesperación, el deseo.

Otros pedazos ya sembrados pertenecían al patrón. Alguien les dijo que podrían recurrir al Banco Ejidal que les haría un préstamo. Pero ellos, ¿qué sabían de eso?

Así pasaron los meses. El hambre se apoderaba de todos. El viejo Gutiérrez se sentía orgulloso de no haber aceptado aquellos malos negocios. Entregaba a su mujer los pocos dineros obtenidos y esto bastaba para la subsistencia de la familia. En muchos hogares los hombres desesperaban. ¿Para qué se les entregaba la tierra desnuda?

Al fin llegaron nuevos agentes del gobierno y se hicieron las peticiones de préstamo al Banco Ejidal. Una semana, dos semanas... Transcurría el tiempo lentamente y el auxilio no

llegaba. Y ya cuando se encontraron acorralados por el hambre, los políticos del Estado ofrecieron préstamos garantizados con la totalidad de la cosecha. Estas y proposiciones peores hubieran aceptado los campesinos.

Simón Gutiérrez, con los ojos clavados en las lejanías, pensaba: ¿Quién dijo que la tierra es nuestra? Seguía allí, sin pertenecerles, misteriosa y desnuda, llena de secretos y de complicaciones que eran difíciles de abarcar. Ya todos habían aceptado el préstamo y Simón aun vacilaba. Pensó por un instante acudir a su padre y consultó el caso con los hermanos menores que hablaban con Gutiérrez casi a diario. Acudir al padre a pedir consejo... Los hermanos lo disuadieron. El viejo, en cuanto oía que se pronunciaba el nombre del hijo mayor, enmudecía.

Y al fin Simón se decidió y pidió, como lo hicieron todos, préstamos para la siembra. Si la cosecha era buena, saldrían de apuros. Con ansiedad creciente sus ojos contemplaban las semillas al caer en los surcos y el curso que seguían las pequeñas matas.

El día que las hojas recién nacidas rompieron la tierra, Simón sintió que le palpitaba locamente el corazón. Allí estaba nuevamente el milagro. ¡Allí estaba!

Y cuando los tallos subieron apuntando al cielo, fué como si cientos de brazos de los trabajadores del campo se elevaran dando gracias a la tierra pródiga.

Sin embargo, la tierra no es nuestra, se dijo Simón. Llegaría la cosecha. Estaba ya próxima. Se levantaría debidamente y se pagarían las deudas, quedando al fin de la jornada con muy poco, apenas si lo suficiente para comprar algunas prendas de ropa. ¡Los réditos habían sido tan altos! Todos los campesinos

tenían la vida hipotecada. Se tuvo que dar comisión a tantos funcionarios para que gestionaran pronto el préstamo, que el dinero que diera la cosecha no serviría para mucho.

Y si el año próximo la cosecha era mala, nuevos préstamos, nuevos réditos, nuevos compromisos. Y ellos estarían aún allí, desnudos, como Adán en los tiempos primitivos, buscando su paraíso terrenal. Y así vendrían otras primaveras y otras siembras y otros pagos y los títulos quién sabe cuándo se los entregarían.

Simón Gutiérrez se sintió de pronto libre de ansias de posesión y lleno del deseo de sacrificio por los suyos, por la colectividad. Renunciar a su parte. Dejar la tierra en poder de sus hermanos para que el pobre beneficio ayudara a la realización de las esperanzas.

La decisión fué hecha de pronto y tomó la fuerza de la corriente impetuosa que rompe la presa y se derrama en el campo. Su mirada pudo remontarse sin pesadez en los párpados hacia lo infinito, hasta convertirse en agua pura que lavó, al recorrerlo, el verde de todas hojas de los árboles y se hundió en ellos, en aquellas olas verdes que unían en el horizonte el cielo sin distancias.

Se vió de pronto libre de ataduras. Extraño a su padre, a su madre, a sus hermanos; solo con la tierra, escuchando su canto. Y ansioso del milagro de que aquella libertad permaneciera, caminó hecho un ciego que no miraba más que su mundo.

Impulsado por una fuerza interior irreprimible, cruzó los caminos sintiéndose rey, gigante, ave, hombre en su pura esencia. Fundido con la naturaleza, descalzó los pies para sentir mejor, bajo su piel desnuda, la desnudez de la tierra.

Y avanzó con dignidad entre la guardia que le formaban los árboles que a izquierda y derecha entrecruzaban sus ramas verdes. Trémulo, desposeído, encontró que, perdiéndolo todo, se había encontrado a sí mismo.

**NO VOLVIO LA CABEZA:** El mundo estaba ante él, amplio y sin límites. Durmió muchos días debajo de los puentes y gustó del sabor de las hojas de los árboles. ¡Partió leña en algunos lugares a cambio de comida! Pero el agua, el sol, el aire, la vida, le pertenecían: podía tomar de todo esto cuanto quisiera.

Los primeros días pensó en qué forma habrían tomado los suyos el viaje. Apenas si, horas antes de partir, se despidió de su madre sin darle tiempo a derramar lágrimas. A los hermanos les manifestó que renunciaba, para beneficio de todos, a su tierra y a la cosecha. A su padre no le dijo nada.

De nuevo, debajo de otro puente, su cuerpo extendido sintió correr la vida. Estiró las piernas. ¡Cómo sonaba extraño el ruido de los automóviles en la carretera! Semejaba el trueno que anunciaba la lluvia allá, por el mes de julio.

¡Y los pasos de los hombres! Eran espesas gotas de agua cayendo sobre la carretera al mediodía. Hombres cargando canastos, cazuelas, como su padre. ¿Por qué seguirían y seguirían atados a todo lo pequeño con cuerdas más fuertes que con las que amarraban sus mercancías? Era tan fácil dejarlo todo. ¡Y qué ligero el cuerpo! Ahora se sentía flotar y sus brazos se extendieron sobre los lirios que bordeaban el río.

¡Brillaba el sol! Relampagueaba sobre la campiña como si hubiera agua a lo lejos. Pero no, sólo campos de trigo dorado que brillaban desafiando la luz.

De nuevo siguió su camino. Los perros, los asnos y los hombres se mezclaban. Nadie podía sentirse nunca verdaderamente solo. ¿Por qué los hombres no amaban la soledad?

Después de varios días de escuchar la música de la naturaleza, sintió que su lengua le pesaba: era tan silenciosa como sus uñas y tenía la misma vida interior que palpitaba en cada gota de su sangre.

Sobraban las palabras. Eran garfios, con los que el hombre deseaba ascender a la montaña de la vida; pero sólo elevándose sobre sí mismo era como se lograba subir.

Se sentó a la orilla del camino y lo contempló todo. El ruido de las cigarras le llegaba desde lejos, en un suave murmullo. Sus ojos se extendieron a la derecha: yerbas del campo y mariposas de colores; hacia su izquierda pudieron apreciar los altos edificios de la ciudad próxima. ¡Qué graciosos se veían! Eran en su altura desigual, un desfiladero y sus calles anchas y pesadas, desde lejos, no se diferenciaban mucho de los caminos. Sólo que éstos, en el campo, eran una serpentina en día de fiesta; y en la ciudad, las calles medidas figuraban un tablero de ajedrez.

Desde donde se encontraba, tenía el campo y la ciudad. Allí decidió estacionarse y poco a poco levantó su casa: una choza con techo y palos, sin paredes y en la que él contemplaba la campiña como desde un trono. Una casa y semejante a la que hicieron sus antepasados. Pero la soledad no le duró mucho tiempo. A los pocos días vió a una caravana de hombres que invadían el camino y llegaban hasta él. Casi todos vestían traje de overol muy raído y remendado en varios sitios.

-Ey, buen hombre, ha tomado usted posesión del terreno antes que nosotros.

Simón Gutiérrez, desposeído de antemano por voluntad propia que no admite imposición de la ajena, contestó con rapidez:

-Puedo marcharme ahora mismo.

-No, no, contestaron apresuradamente, está usted bien. Venimos a tomar posesión de esta tierra; nos pertenece. Pero a usted también le corresponde.

-¿Es de ustedes?

-No, de la compañía que nos dejó sin empleo hace dos años. Hace tiempo el propietario compró estos terrenos a dos centavos el metro. Tiene hectáreas y hectáreas y no podrá utilizarlas jamás. Por eso hemos decidido invadir las tierras y construir en ellas nuestros hogares. Aquí fundaremos una colonia. -Así, pues, son ustedes propietarios -No, lo somos todos. Usted, yo, nuestras familias. Le advierto que la posesión no será fácil.

-¿Habrá que luchar?

Los ojos de Simón Gutiérrez resplandecieron. El fuego de la explotación que sufrió durante años, en el campo, le subió a la superficie. Si necesitaba pelear para que todas aquellas gentes tuvieran su pedazo de tierra, lo haría.

Era curioso. Hasta entonces él pensó que sólo en el campo se estaba luchando por la tierra; pero ahora se daba cuenta de que la pasión de poseerla reinaba también en la ciudad.

Sus ojos se fijaron en un hombrecillo jorobado, cetrino, que al hablar se agigantaba. Los obreros le llamaban sencillamente Margarito. Y en la confianza y respeto con que lo nombraban, se hacía patente que el tipo significaba para ellos una fuerza.

Algo debía poseer aquel hombre de cuerpo aparentemente inservible y que sin embargo era el alma de los colonizadores. Sus ojos brillantes e inteligentes, sus labios duros y decididos,

habían impulsado, con fuerza interior, a cientos de los desheredados de la metrópoli a la lucha por un hogar.

Obrero y maestro desde hacía años, sabedor de miles de oficios, lo mismo encabezaba los trabajos para levantar una cerca que dirigía las faenas para ayudar en un mal parto.

Margarito no perdió el tiempo. Ordenó a los hombres que lo acompañaban que cortaran árboles y levantaran con la madera, en medio del terreno, un pequeño tablado.

-Ya verán, ¡ya verán ustedes cómo nos vamos a divertir!

Esto decía sonriendo, frotándose las manos y caminando con sus piernas cortas y nerviosas de un sitio hacia otro.

Febrilmente trazó el pedazo de tierra correspondiente a cada familia. En la nueva colonia se levantarían sesenta hogares que darían abrigo a doscientas cincuenta personas.

-Ya verá usted, ya verá usted, dijo Margarito, sonriendo a Simón: Todos somos necesitados; las familias han sido lanzadas de sus hogares por falta de dinero para el pago de renta y llevamos meses durmiendo sobre la tierra en diferentes lugares apartados de la ciudad. ¡Y esto no es justo, habiendo cientos de hectáreas desocupadas!

-¿Por qué no se van al campo?

-Pero, hijo mío, ¿qué sabemos nosotros del campo? La mayoría somos obreros, nunca hemos visto un azadón y algunos ni siquiera conocemos un ranchito. Míreme usted, mírenos usted, agotados por la fábrica y la miseria, completamente inutilizados para reorganizar nuestra vida.

-¿Cuándo vendrán las familias?

-Ya están por llegar. Verá cómo surge rápidamente otra colonia. Los hombres trabajaban afanosamente aserrando con

rapidez la madera y Margarito se unió en el trabajo. Simón lo siguió. La actividad de todos era apasionante.

Como Margarito viera que Simón se encontraba indeciso, le dijo:

-No se preocupe usted.

-¿Con quién lucharemos?

Margarito rió socarronamente. Sus dientes blanquísimos transfiguraban su cara cuando sus labios sonreían, dándole un aspecto fuerte, de fiera. Contestó sencillamente:

-Con la policía. ¿Se asusta usted?

Simón levantó los hombros con indiferencia. Era tipo de pocas palabras. Le gustaba la acción y Margarito lo adivinaba así, porque su experiencia de los hombres le había enseñado a distinguirlos a la primera ojeada. Simón estaría con ellos y sería un elemento valioso. Adelantándose a sus pensamientos, dijo:

-Levantaremos primero el tablado en medio del terreno, porque esto es muy necesario. Vendrán jornadas muy largas, vigilancias cansadas, días amargos.

“Los hombres, las mujeres y los niños no podrán abandonar la colonia porque al menor descuido los obligarían a la desocupación y sería aprovechada nuestra ausencia para que hombres pagados por el propietario nos impidieran quedarnos aquí.

“La vigilancia tendrá que establecerse día y noche y es indispensable un tablado para organizar fiestas en que la gente encontrará manera de divertirse. Además, desde aquí es fácil lanzar discursos.

Simón Gutiérrez sonrió. Ese era el secreto del tablado: los discursos. Allí, desde esa especie de teatro, Margarito

sostendría la fe de sus hombres por medio de palabras de aliento, reanimándolos cuando estuvieran a punto de flaquear.

Trabajaron día y noche. A la luz de la luna que aclaraba las horas, los hombres cantaron mientras terminaban el tablado. Era sorprendente la rapidez. En las primeras horas de la siguiente mañana, el trabajo había concluído.

Pocedieron luego a marcar con piedras y señales de cal los límites de la nueva colonia.

-¿Ve usted? No tomamos más que el terreno justamente necesario.

La voz de Margarito era grave. Su joroba hacía que su blanca blusa resplandeciera desde lejos. Seguía vigilándolo todo.

Ninguno había dormido. Los ojos enrojecidos desafiaban al sol. Y en todas las mandíbulas había un gesto de lucha que obligaba al cierre firme de los labios.

La primera "casa" que tenía que levantarse pertenecería a Margarito.

El, como capitán de los colonizadores, iba a permanecer día y noche casi sin dormir hasta que el rebaño hubiera asegurado su abrigo.

El porvenir era duro: Habría que luchar con la policía y con los colonos "blancos", es decir, con aquellos que, instigados por el propietario, pelearían con los invasores, pretendiendo hacerlos abandonar el campo con sus casas construídas y sus señales marcadas.

La policía podía presentarse en un momento dado y era necesario resistir; y cuando al fin se les desalojara, volver tesonosamente a la invasión, hasta lograr que el gobierno reconociera sus derechos. ¡Los derechos de los parias! No era

fácil la gran tarea de convencimiento, porque no tenían otro argumento que el de su miseria.

Margarito dio órdenes y a las pocas horas los hombres aparecieron con hojas de lámina oxidada, cartones, tablas muy viejas, periódicos. Todo aquello era material utilizable para levantar los nuevos hogares.

La tarea se inició edificando la casa de Margarito: cuatro pequeñas paredes con una puerta. Durante las primeras noches dormirían sobre el suelo; pero esto carecía de importancia.

Como a las diez de la mañana algunos de los hombres fueron por sus familias.

Después de horas de trabajo, una nueva caravana de mujeres, niños y ancianos invadió la colonia. Algunos eran traídos en brazos por los más fuertes. Margarito hizo rápidamente el recuento: ochenta niños, veinte ancianos, ochenta mujeres, setenta hombres.

Ordenadamente, cada uno tomó posesión del pedazo de tierra que le correspondía: apenas si el suficiente para levantar una modesta casa con una pieza y cocina.

Los enfermos fueron cubiertos improvisando una sombra con estacas y periódicos.

Los niños jugaban con tierra y guijarros.

Las mujeres, después de acomodar a sus enfermos, prepararon los diarios y pobres alimentos.

Los hombres trabajaban.

En todas las bocas se repetía un nombre: Margarito, Margarito. Se le comentaba. Era un hombre importante entre los suyos. Las horas no contaban; nadie las sentía. Únicamente la esperanza de haber encontrado al fin el paraíso perdido hacía que hombres y mujeres olvidaran el árbol del bien y del mal.

Al caer de la tarde los hombres se fueron para reaparecer con la noche a cuestas, rompiendo la oscuridad con sus montones de palos blancos.

Y guardaron silencio; en la conciencia estaba el robo cometido, pero nadie se avergonzaba de ello. Quitaron poco de aquí y de allá, y todo serviría para levantar nuevas casas. En otros lugares, uno de aquellos palos significaba apenas la mínima parte de una cerca.

Margarito cuidaba de que nada fuese desperdiciado. Las virutas prenderían las fogatas nocturnas y los palos demasiado chicos eran utilizados como leña.

A la medianoche el campamento estaba alumbrado por el fuego. Pequeños volcanes ardientes ponían su luz en la oscuridad, enrojeciéndola. Los rostros adquirían un aspecto extraño; los hombres dormidos, con los rasgos serenos, los párpados sepultados en el sueño y las facciones iluminadas por el fuego encendido que, sin embargo, no podía competir con el que ensanchaba los corazones rebeldes, tenían una sola fe: encontrar el paraíso perdido, hallar la felicidad y la paz para ellos y para los suyos. Trataban de conseguirla con una sola arma, con el deseo de hendir la vida, arrancándole lo que era de ellos; el pedazo de tierra indispensable para vivir.

Simón Gutiérrez no dormía. Sus ojos estaban cara al cielo. Su cuerpo, destendido e inmóvil, era besado por la noche.

Como otras veces, su oído pegado a la tierra escuchaba su voz. Pero no tenía aquí las mismas calidades que en el campo. Los grillos no daban serenata y el cálido rumor de la vida bullente tenía un tono menor.

Simón pensó que aquella tierra no fué abierta jamás a la vida y que en su seno nadie sepultó semillas fructíferas. Aquella

tierra ignoraba las raíces y sólo conoció el paso de los hombres. Fué hollada y el canto del rápido caminar silenció la voz profunda de la naturaleza.

La tierra tenía diferentes fisonomías, diferentes oleajes. No era igual en el desierto y en la ciudad; no tenía semejanza en el campo y en las zonas baldías no era la misma junto a los ríos y cerca de las playas; pero en todos los sitios sus tonos eran semejantes a los del sol: rojos y amarillos. Y era que el sol, al acariciarla, se fundía con ella y siempre la modelaba a su gusto, le pintaba flores y pájaros, árboles y venados. Le daba la vida para que después ella se la diera a los hombres.

Simón Gutiérrez escuchó. Aquí reinaba el silencio. Únicamente el ruido de los leños al crepitar ponía temblores dorados en la noche.

Así, acostado cara al cielo, invertía las cosas y pudo sentir con júbilo que las estrellas eran apenas guijarros de sus playas y que los desiertos son mares petrificados. Pudo saberlo al ver el sueño de los hombres. Aquello era semejante al desierto y tenía su misma imponderable belleza.

-Los sueños son espejismos -se dijo- pero yo puedo soñar despierto.

Inconscientemente, toda su sangre se agitó ante el sueño de un mundo mejor. Un mundo como él lo deseaba, como él lo sentía, como él estaba dispuesto a merecerlo.

Su oído, sobre la tierra, ya no escuchó. Pero con sus cabellos, sus manos, sus pies, su cuerpo entero, estaba allí, pegado a la tierra, dispuesto a no abandonarla. Y sus labios sonrieron con la misma blancura del maíz que nieva los campos...

COMO UN MONJE que recorriera su breviario, Margarito anotaba pequeños pensamientos. El ignoraba el acicate de la fama y el deseo de escribir se le traducía sólo en descontento para él mismo. Esto era, en la mañana, gota de agua humedeciendo su propia tierra. Leyó sonriente: “El caramelo es un arco iris que acaba con la lluvia en los ojos del niño.”

Sus propias pupilas, dilatadas, atravesaron la oscuridad del amanecer como pequeños soles que aclaraban la noche. Se fundió con la naturaleza y sus dedos escribieron:

“También el día llora al nacer como los niños. Lo atestigua el rocío de las flores.”

Ya a la luz clara, sus manos siguieron un ritmo para fijar el pensamiento: “La rosa es una pupila asombrada ante el milagro del sol.” Escribir estas pequeñas cosas era el vicio ignorado de Margarito. Sentía por ello un extraño pudor y, cuando alguien se acercaba, escondía rápidamente la pequeña libreta entre los pliegues de su camisa. Con la piel quemada por el sol y por los vientos helados de la madrugada, sus ojos lucían azules por la mañana, verdes al mediodía, grises por la tarde y castaños a la hora del atardecer. Eran lo más bello de su rostro.

Sus ojos le sirvieron para muchas cosas: para ser casi atractivo ante las mujeres y para medir a los hombres. Su pelo lacio lo hacía inconfundible desde lejos. Eso y su joroba. Ahora pensó en Simón Gutiérrez. Sobre este hombre tenía grandes esperanzas. Era simple y profundo y poseía un raro don: ignoraba el sentido de propiedad. Era un hombre libre.

Simón le serviría. Organizarían juntos la enseñanza en las colonias, con maestros abnegados y siempre dispuestos al

sacrificio. Había muchos de ellos sin trabajo. Algunos eran colonos también y no ignoraban las penalidades de cada pequeña tribu salvaje que inundaba los suburbios.

Alguna vez Margarito había leído, no sabía dónde, que los cactus eran los pioneros de las plantas. En épocas de sequía ignoraban la sed porque previamente habían acumulado, en los días buenos, la humedad del aire. Si la sequía era ardorosa hasta provocar la muerte, la planta se ocultaba debajo de la tierra y allí vivía hasta que el aire le permitiera salir, hasta que el tiempo caminaba y la vida de pionero se podía volver a empezar.

También los colonos, cactus provistos de resistencia, eran los pioneros de las ciudades; constituían la avanzada de la miseria sedienta de liberación.

Con Simón se harían grandes cosas. Además, conocía el campo. Se organizaría algo en las zonas rurales. Simón tenía el aire inconfundible del hombre deseoso de no permanecer en un solo sitio.

Los colonos empezaron a levantarse. La mayor parte durmió sin desvestirse, pendientes de los asaltos de la policía.

A campo abierto reposaban los hombres, las mujeres y los niños sorprendidos por el amanecer. Gitanos de la pobreza, deseaban sin embargo olvidarse de su gitanería, hincando raíces en aquella tierra para convertirse en árboles fuertes.

Los cuerpos humanos se empequeñecían en el campo desolado en que el tablado construido durante las horas anteriores y el jacal de Margarito adquirían proporciones imponentes. Nada era mezquino porque la vida de los hombres estaba apuntalada por su esperanza.

Las primeras horas del día transcurrieron sin novedad. Los enfermos con sus quejas; los ancianos con su anhelo de descan-

so aferrado a la vida; y los hombres, las mujeres jóvenes y los niños, inquietos con la lucha que se avecinaba.

Margarito dio instrucciones. Como un general, llamó a Simón para desarrollar su estrategia. Si los gendarmes aparecían, era necesario replegar a los ancianos, a los débiles, en el fondo del campo para desalojarlos con rapidez mientras que los más fuertes hacían frente en la lucha.

Y la lucha no tardó en presentarse. A las cinco de la tarde aparecieron los gendarmes acompañados de bomberos. La estridencia de las "sirenas" podía escucharse desde lejos.

Los colonos esperaron a pie firme, armados de palos y de piedras, dispuestos a resistir hasta lo último.

Y tuvo lugar el primer encuentro. El choque fué serio. Los policías se abatieron sobre los colonos y el círculo de las piedras trazó líneas sangrantes en la cabeza de los hombres. Algunos gendarmes cayeron. Por su parte varios colonos no pudieron levantarse más.

Esto despertó la furia de los atacantes y los golpes intensos tuvieron la fuerza del huracán. Los colonos se tambaleaban. Algunas mujeres, con los puños en alto, maldecían; otras hundían sus uñas en los rostros de los guardianes públicos, dejándoles en las mejillas pequeños ríos de sangre.

Los bomberos entraron en acción y el agua, en unión de los gases lacrimógenos lanzados por la policía, abatieron la voluntad y la fuerza de los hombres. En la tierra mojada cayeron muchos de ellos. Poco a poco los cuerpos fueron arrojados lejos del límite de la tierra invadida. Por último, la multitud derrotada, pero no sumisa, fué sacada del campo. La policía ordenó que no volvieran a ocupar los terrenos. Cuantas veces quisieran hacerlo, serían desalojados.

Antes de decir la última palabra, Simón Gutiérrez había podido salvar a los ancianos, a los niños y a los enfermos. Horas más tarde, la tribu se reunió en pleno campo.

Margarito curaba a los heridos. Hizo vendajes con pedazos de camisa y muchos hombres lucieron al aire sus torsos desnudos.

Eran las siete de la noche. Simón recostó debajo de algunos árboles a los ancianos y a los enfermos. Luego habló con Margarito.

-¿Qué hacer?

Los ojos del jorobado brillaron en la semioscuridad. Posesionarse de nuevo de la tierra. Había que esperar a que cayera por completo la noche.

-Pero, ¿los ancianos? ¿Los enfermos?

-Esos se quedarán aquí hasta que estén las casas construídas.

-Nos arrojarán de nuevo.

-Claro que nos arrojarán. Tal vez algunos de nosotros morirán en la lucha. Ya aprenderá usted con el tiempo a sufrir sin resentimiento. Mientras tanto, charlaremos. Cuénteme su historia.

-No hay mucho que decir. Soy campesino.

-Tampoco yo tengo historia larga. Nací como me ve. Para mí es lo mismo que si hubiera nacido en esta forma, porque nunca me acuerdo haber sido diferente.

“Mi madre me tenía lástima y yo me prometí quitársela. Estudié mucho en la escuela, luego inicié mi carrera para profesor normalista y me recibí. Aunque le parezca increíble, en este país hay cientos, miles de niños necesitados de saber; hay muchos maestros sin trabajo y muertos de hambre, pero no hay escuelas suficientes.

“Durante meses visité el sindicato de maestros. Fué inútil. Luego decidí, en unión de otros colegas, hacer el bien como fuera y donde fuera y me dediqué a este trabajo que para mí es un trabajo social. Ya verá a muchos de los compañeros. Están en las colonias, especialmente en aquellas que son más pobres. No tienen sueldo, pero son felices. Ayudan a todos y todos los ayudan a ellos. Entre nosotros hay mucha gente buena, ¿no lo cree? Usted me servirá de mucho.

-Soy muy ignorante.

-Yo le enseñaré lo que sé.

Ambos se midieron con la mirada. Luego sonrieron amistosamente. Simón sentía palpitar el corazón de Margarito, potente a pesar de su cuerpo endeble. Vió las venas hinchadas en las sienas cuya piel finísima parecía pronta a romperse. ¡Cuánta sensibilidad debía poseer con aquella piel tan delicada!

Ambos se contemplaron. Margarito se fijó en la mandíbula ancha, cuadrada de Simón, acusadora de una voluntad suprema. Su frente despejada dejaba al aire sus cabellos negros y lacio. Indio puro. Hecho de líneas verticales, perpendiculares, erguidas sobre la tierra en ariete sin medida.

Los ojos pequeños y vivos eran dos líneas oscuras. La nariz recta y fina. Todo el rostro de Simón respiraba fuerza. Era un hombre tallado en granito, hecho de granito, duro como el granito; al contemplarlo se pensaría que era demasiado duro si sus labios bondadosos no lo hubieran traicionado. Cuando sonreía, la blancura de su sonrisa era como la luna en noches de primavera: iluminaba el cielo oscuro de su rostro.

Entre ambos hombres se impuso el pudor. El silencio no molestaba a ninguno de los dos, que se sentían avergonzados

de haber hablado tanto de haber desnudado su vida al primer cambio de apretón de manos. Pero también se inició una amistad fuerte y duradera que nada podría romper. Simón había hablado menos. ¿A qué decir de su deseo de emigrar, de sus pensamientos, de sus inquietudes? le convertían en serpientes las venas de su cuerpo?

Y Margarito, ¿para qué hablar de su deseo de renunciar, del olvido eterno de sí mismo que lo hacía ignorar a la muerte porque ya la había aprendido en la anulación constante?

Sólo por instinto, al elevar sus ojos hasta los pequeños y vivos de Simón, comprendió que aquel hombre grámico y cuadrado no podría abarcarse nunca; que permanecería libre dondequiera que estuviese y con quien estuviese. No había en él ansias de dominio pero tampoco lo soportaba.

Margarito suspiró. Su cuerpo pequeño apenas se movió para recostarse sobre la hierba. Una multitud de pensamientos le surcaban la mente y ya no tenía deseos de hablar; ya estaba todo dicho. Tal vez ambos tuvieran ideas diferentes pero, igual que los ríos, tenían una sola meta: el mar, es decir, la humanidad. En ella se perdían los hombres con ansias de surcarla, de entenderla, de amarla.

La noche se hacía hosca, pero para Margarito, y Simón había llegado la hora de la reconquista. Silenciosamente se pusieron de pie y ordenaron a los hombres y a las mujeres fuertes que caminaran de nuevo hacia la tierra alcanzada que no debía de perder.

Se deslizaron por el camino. Nadie escuchaba sus pasos. Y al fin volvieron al pedazo de tierra que ya les pertenecía.

En el campo, deseminados, se encontraban los palos que lo mismo servían para el ataque que para levantar pequeños

jacales miserables, y los hombres, febrilmente, se pusieron a trabajar.

Jadeaban los pechos por el esfuerzo, y las manos, lastimadas, tenían una temperatura ardiente.

Simón ayudaba en silencio. Faltaba mucho por hacer y la media noche se encontraba encima.

Los enfermos, los ancianos, los niños, se unieron a los colonos. Fueron inútiles las protestas; ellos deseaban participar en la lucha. Los enfermos, con pañuelos rojos tapándoles la cabeza, tambaleantes, acarreaban madera, lámina vieja, periódicos. Igual hacían los niños. Los ancianos prendían fogatas.

Y la resistencia humana demostró su potencia. De la debilidad se llegó a la fuerza; de ésta al coraje; de aquí a la energía; de la energía al valor.

Y el contagio fué colectivo. Los colonos estaban unificados en su esfuerzo y en su deseo y aquello los mantenía de pie.

Cansados, su frente perlada de sudor, se inclinaban hacia adelante, alargando el cuello con los ojos fijos en un solo objetivo: ¡una casa! ¡Construir su casa! ¡Tener su casa!

En la madrugada la lluvia arreció. Los colonos, con los cabellos y los vestidos empapados, temblando de frío, continuaban su tarea. Trabajaban ahora en lo oscuro, sin contar con las luces de las fogatas. Era magnífico ver aquellos hombres como ciegos en la noche buscando el corazón de su refugio.

Margarito temblando, estremecido, pensó en voz alta: “La lluvia está enamorando a la tierra. ¡Hay que ver cómo la besa!”

-¿Qué dice usted?

Los oídos de Simón, alerta a todo ruido extraño, escucharon las palabras entrecortadas de Margarito. Este enrojeció hasta

los cabellos. Era inconcebible repetirlo. Era inconcebible que él pensara así. El, un pobre maestro de escuela, sin gran sentido de la realidad. Porque era cierto, no tenía este sentido; sus ojos cambiantes y sus pensamientos, al ritmo de sus ojos, flotaban siempre por encima de la miseria, idealizando la vida. Ignoraba el sufrimiento y el dolor por que creía en algo más y tenía su propio mundo; pero luchaba por los colonos y sus casas porque sabía que los que no poseen un mundo se conforman con cuatro paredes. Y él también las tendría, pero con una puerta grande para escapar.

-¿Qué decía usted? -repitió Simón.

-Nada

-Cré que hablaba de algo.

-Puede ser.

Simón enrojeció a su vez. Se sintió como aquel que ha descubierto a otra persona en algo íntimo. Inclínó la cabeza y continuó trabajando.

Recordó que él también, muchas veces, hablaba solo repitiendo sus pensamientos en voz alta. No le hubiera agradado que un extraño los escuchara. Un hombre tenía el derecho de hablar para sí mismo.

La mano de Margarito se posó sobre el hombro de Simón. Una mano asombrada como las alas de los gorriones, tierna y débil, con sus dedos delgados y sus coyunturas nerviosas. Fué un ademán de verdadera amistad, de complicidad en el silencio, de entendimiento mutuo y necesario. Fué como un apretón de manos en medio de la noche.

Después, sin una palabra, Margarito se alejó silbando. Silbaba una vieja canción romántica que ya pocos conocían. La cantaron la madre de Margarito y la de Simón, las mujeres que

arrullaban sus sueños a solas como a niños recién nacidos. Ellas también se hubieran avergonzado si alguien, un amigo, un hermano, hubiera interpretado esos sueños. Y el silbido de Margarito, rodando en el campo y la mano que por un instante se fijó en el hombro, eran algo semejante a la seda que rápidamente envuelve el gesto de una mujer desnuda.

ES DIFÍCIL AMAR CON LA CABEZA, con el sexo, con el corazón... ¿No le parece a usted?

En la noche, aquella voz cálida y suave se le metió hasta las entrañas.

Volvió la cabeza para verla. Tenía esos ojos agradecidos y tiernos que poseen algunas mujeres apasionadas.

-¿Por qué me dice usted eso? -murmuró, un poco turbado.

-Pensaba -contestó ella-, pensaba solamente.

Simón se dijo que por lo regular las mujeres no hablaban así. No las que él conocía, que casi no hablaban. Pero esa era una mujer de la ciudad. También era una mujer del pueblo; sin duda, había luchado. Y él tuvo unos deseos locos de abrazarla. Ella lo adivinó, porque acercó más su cuerpo que, confundido con la noche, tuvo la misma dulzura de ésta.

¿Verdad que es difícil amar con la cabeza, con el sexo, con el corazón?

El asintió y ella dijo, casi con ferocidad:

-Sin embargo, yo quiero amar así.

Simón tornó a mirarla. La estaría mirando sin cansancio. En la penumbra, los contornos de su boca suave tenían la misma belleza de los cerros y los árboles al ser bañados por la luna.

No. No era bonita, pero era hermosa; y, sobre todo, su presencia era para él una fuente de dulzura.

A su lado se sentía aquietar en calmas que sin embargo no destruían sino agigantaban sus corrientes subterráneas en ganas de conquistar, de retener, de poseer. Lo hacía sentirse masculino, hombre hasta apurar su esencia y embriagarse con ella. ¿No debía ser esto, producir esto, una mujer?

Hacía apenas dos noches que él y ella velaban juntos para vigilar los asaltos de la policía y, sin palabras casi, se fundieron

el uno en el otro como una consecuencia natural de sus palabras.

A pesar de su dádiva, ella sentía que aquel hombre no era poseído, que algo rebelde, cortante, se agitaba en su interior y que al fundirse en ella no hacía más que detener su vuelo un instante. Y sin quererlo, casi con amargura, dijo:

-¿Por qué somos tan diferentes?

El la contempló con aquella ternura apasionada que lo impulsó a tomarla entre sus brazos como si fuera un objeto de cristal; y la recorrió como en otras ocasiones recorriera la tierra: lenta y seguramente. Contestó con gravedad:

-Porque la tierra y la semilla deben ser distintas. Si yo fuera como tú, sería tierra sobre tierra y no fructificaría jamás.

Simón le acarició los cabellos.

-Quiero enraizar en ti, tener hijos contigo. Muchos hijos. Y cuando nazca tu primer hijo, sabrás cómo he quebrado tu corteza. Todo debe nacer de la tierra y tú eres parte de ella...Y de mí.

Ella se asió a él. Ansiaba su abrazo porque así pensaba que, aun cuando fuera por un momento, le pertenecía. Después, en balde trataba de hurgar en los ojos semicerrados de Simón sus pensamientos y sus deseos. ¿A dónde huían éstos de repente que lo sentía lejos y apartado?

Sí. Aquello era un hombre. Libre y sin medida, pero deseoso de protegerla, de defenderla, de morir por ella. Por eso se encontraba dispuesta a seguirlo sin murmurar. Sólo un hombre auténtico podía callar confiadamente a una mujer.

-Simón... Es difícil amar.

El rió. Y su risa, ancha y segura, le iluminó el rostro. No levantó las manos para hacerle ninguna caricia y

desperezándose como un tigre joven, puso las manos debajo de su cabeza y sus ojos contemplaron el cielo.

-Te amo con la cabeza, con el sexo, con el corazón.

Ella se recargó sobre el pecho de Simón y paseó las manos por el torso desnudo, lleno de fuerza viril. Su color oscuro tenía un olor particular y fuerte. Cuando ella se le aproximaba, llena de deseo incontenible de abrazarlo, cerraba los ojos y aspiraba aquel olor que brotaba del cuerpo del hombre semejante a canela nueva.

De pronto él interrumpió la cadencia amorosa para preguntar: -¿Cuántos maestros son?

La mujer lo miró sorprendida. ¿Por qué hacía él preguntas inesperadas que demostraban que se hallaba lejos? Pero su rebeldía duró un segundo y su cabeza se inclinó nuevamente sobre el pecho de Simón mientras éste repetía:

-¿Cuántos?

Con un esfuerzo por mantenerse tranquila, ella reinquirió:

-¿En las colonias proletarias?

-¡Claro!

-Muchos. ¡Hay tantos niños necesitados de ayuda y tantos maestros muriéndose de hambre! Algún día visitaremos las colonias, ¿quieres? Así podrás darte cuenta de lo que pasa en los barrios pobres. Tu podrás ayudarnos mucho.

El no respondió. Su brazo ancho y pesado se tendió sobre el cuerpo de la mujer. Ella entonces le dijo:

-Simón...

El no respondió, esperando que ella continuara.

-Simón, ¿para qué deseas que tengamos hijos? Tú... No piensas quedarte conmigo.

-Ningún hombre queda -contestó él- pero permanece. Serán mis raíces. Y tú las quieres, ¿no es verdad? Quieres que permanezca contigo.

Ella casi sollozando se aferró a Simón aterrorizada por el miedo de perderlo:

-Sí, hijos sí, pero no... Las palabras se le quebraron en un sollozo rebelde:

-¡No! ¡No!

Sus manos sin darse ella cuenta, golpeaban el pecho de Simón. Hubiera querido protestar a gritos. ¡El sólo la consideraba tierra moldeable! Había soñado tenerlo junto a ella para siempre. Simón, silenciosamente, la besó en los labios.

-Rosa: en ti permaneceré. En tus hijos y en los hijos de mis hijos. No tengas miedo de vivir. Y aunque me vaya, volveré a ti que eres como la tierra, pura y fuerte. Y en ti me enterrarán cuando me muera. ¿Sabes que eres muy hermosa?

Su mano la tomó por la barbilla y la besó lentamente.

Y en ella fué desapareciendo la tristeza como del cielo oscuro las nubes.

-¿Nunca habías amado a nadie?

Simón sonrió con ternura. Negó con la cabeza.

-¿Me amas?

Ella preguntaba y preguntaba ahora con mimo de criatura. Siempre veía en Simón, en su callada fuerza india, un misterio lleno de encanto inconquistable.

¿Por qué él no tenía necesidad de hablar, de preguntar, de decir? Allí estaba, cierto de sí mismo, seguro de sí mismo, como un arco cuya flecha se lanza a lo infinito.

Y ella tenía que adivinar, más en sus silencios que en sus ademanes, el significado de la ternura. Tenía que estar pen-

diente de su rostro como un libro en el que hay que leer cosas profundas que no se abarcan a la primera ojeada. Así eran leídos los libros religiosos por los místicos que trataban de penetrar en el misterio. Y para ella Simón era el misterio.

Ella lo tomó de su mano de palmas extendidas y duras; de dedos largos y uñas aceradas.

-Simón...

-Di.

-¿Me amas?

El la miró. Sus dedos apretaron la mano femenina con ternura y con fuerza. Y sus ojos devoraban los árboles y la distancia. -Contéstame algo, Simón.

-¿Por qué ustedes los blancos tienen tanta necesidad de hablar?

Los actos reales son sencillos. El viento visita las rosas y les deja el polen. La abeja se lleva la sustancia de la miel y cuando llega al hombre este torrente líquido que constituye el otro de los campos, sólo piensa en la cera que encenderá para velar sus muertos...

-¿Y por qué ustedes hablan tan poco? Las palabras, Simón... Simón la besó en los labios sin dejarla continuar.

-Tus ojos, cuando te disgustas, son los aerolitos de tus cielos interiores, que ahora están oscuros.

La invitó a levantarse y caminaron el uno al lado del otro, tomados de la mano.

La luna había salido. El panorama se extendió desolado y triste ante sus ojos.

Dentro de unos días se levantaría sobre aquel campo yermo la vida llena de la combatividad de los miserables con anhelo de posesión.

Simón se detuvo junto a un charco que brillaba en forma resplandeciente. El ruido de los grillos se hizo musical. Sonriendo, Simón sacó de su bolsa un pedazo de papel y trabajando diligentemente, lo convirtió en un pequeño barquito.

-¿Tú también hacías esto de pequeña?

Rosa sonrió. Se sentía feliz y de nuevo en la infancia. Ella misma colocó el barco en el agua y lo impulsó, como un movimiento de sus delgados dedos para que cruzara el agua. El viento arrastraba el barquito cuya blancura le daba en la noche calidades y gracias de paloma.

Simón lo contempló por breves instantes y sonriendo lleno de alegría y al mismo tiempo con verdadera unción, dijo, besando a Rosa en la raíz de los cabellos:

-Es tu sexo flotando en mis corrientes...

¡VIENE la policía! Esta lleva orden de echar a los intrusos “a como hubiera lugar.” Por medio de su instinto la gente adivinó que el grito, más que de aviso, era de angustia. Cayeron los guardias sobre la grey inerme y ésta no pudo detener la ola arrolladora. Los gases lacrimógenos fueron más poderosos que las piedras.

El agua que salía a torrentes de las mangueras de los bomberos hizo desaparecer, como si fueran de paja, las débiles viviendas formadas y recién construídas con lámina vieja, periódicos, cartones. ¡No había nada qué hacer!

En balde los niños pequeños y los hombres y las mujeres formaban un dique humano. La fuerza bruta era más potente que el deseo de no abandonar la tierra que no les pertenecía.

La gente se arremolinaba alrededor de uno de los jacales. Dentro estaba a punto de acontecer el milagro: una mujer, la esposa de Antonio Díaz, un vagabundo, lanzaba gritos que se confundían en la oscuridad con los ayes de las mujeres golpeadas por la policía, con el llanto de los niños, con las palabras restallantes de los hombres.

Y la multitud, consciente de su deber para con la parturienta, con ese sentido amoroso y colectivo que sólo dan las grandes desgracias, protegía aquel jacal y soportaba a pie firme la corriente impetuosa del agua, de los golpes y de las bayonetas con su defensa pasiva de atormentados y de hombres que habían resistido juntos la angustia, el hambre, y los anhelos de emancipación.

Dentro de las débiles paredes del jacal, la mujer de Antonio Díaz, con el rostro bañado en sudor helado, temblaba llena de angustia. La luz vacilante de una vela le iluminaba débilmente el rostro en el que se confundía el llanto y el sudor; sus manos

se hincaban como garras en el suelo sobre el que se hallaba acostada. Unos papeles sucios le servían de lecho.

De vez en cuando una mujer entraba para asistir a la par-turienta. Era doña María, esa officiosa comadrona que existe en todos los sitios donde reina la pobreza, y entre ambas mujeres se establecía un nexo: el del sufrimiento, en que las mujeres hablan el mismo lenguaje que se les traduce en los ojos en miradas de seres heridos y desgajados en lágrimas.

Doña María esperaba pacientemente a que la mujer diera a luz. No le dirigía una sola palabra. Después del breve examen, le apretaba las manos en forma cariñosa o con el sucio "paliacate" le limpiaba el rostro bañado en sudor.

La mujer, pendiente de su obra vital, escuchaba los ruidos de afuera y deseaba apresurar el parto.

Ya, antes de ella, cientos de mujeres de México, no queriendo evadir sus deberes de productoras, habían tenido el mismo gesto alerta e impaciente cuando daban a luz en los campos de batalla; antes de ella cientos de mujeres habían sabido de esa angustia y no la evadieron porque de este anhelo dependía la vida de los campos y de las ciudades; antes de ella, millones de mujeres en el mundo no lo habían rehuído y habían desafiado valerosamente a la muerte de la que conocían mil rostros todos iguales y distintos.

Al fin, denominando los gritos de las multitudes, un alarido hendió los aires y este alarido se impuso sobre todos: era una mezcla de goce infinito y de dolor profundo; no era un grito de protesta sino de coraje, de vida encajada en vertical sobre un pantano sin medida.

Cuando la comadrona tomó entre sus brazos al pequeño cuerpo acabado de nacer y le dio los clásicos golpes a los que

respondió el niño con su llanto, este fué para la madre, la cosa más importante del mundo; y el dolor, la angustia, el temor, desaparecieron ante aquel llanto que era la primera canción de la vida que empieza que ella sabía que, mientras existiera, jamás podía acabar: que siempre se renovarfa.

La comadrona dio la noticia y la buena nueva pasó milagrosamente a todos los oídos con esa habilidad que sólo se ve en las comunidades perseguidas. La muchedumbre, con estrategia aprendida en el hambre, protegió la retirada de aquella madre que fué sacada en brazos con su niño envuelto cuidadosamente en el rebozo.

Y el éxodo de los sin hogar comenzó otra vez, trasgrediendo la ley según el dictamen de los hombres, pero impelidos por un deseo de paz y buscando algo que todos los seres del mundo han deseado: una casa.

En el campo quedaron algunos hombres heridos que fueron trasladados a los hospitales y otros a la cárcel por haber hecho resistencia indebida a la policía. Algunos caminaron por su pie, ayudados por los amigos que los sostenían por un brazo. Buscaban escapar, no caer en aquella red inmensa lanzada contra ellos por la impiedad de los hombres.

Los seres miserables que huían llevaban en el rostro la impenetrabilidad; pero sus cuerpos, activos como colas de pescados prisioneros, trataban por todos los medios posibles de huir... Sólo que, igual que los peces, se encontraban dentro de una red; la red de la miseria que iba apretando cada vez más la malla a través de la cual podía verse la vida tendiendo entre ellos y el firmamento los cuadros, fuertes como barrotes, de los hilos prisioneros seguramente amarrados. Y sentían que no había escape.

Margarito obligó al pequeño ejército a reconcentrarse lejos de la zona ocupada por la policía, diseminándose en grupos reducidos.

Todos abrigan la esperanza de que los gendarmes abandonaran el campo para invadirlo de nuevo; pero aunque pasó una semana, la policía continuó vigilando la tierra.

Durante la espera angustiada, Simón se enteró de muchas cosas: en la metrópoli llevaban esta clase de vida no menos de ciento cincuenta mil gentes. Todas buscaban el paraíso perdido el hogar.

La ciudad iba creciendo. Como un pulpo extendía sus ramas que estrangulaban a los más pobres.

Los negocios eran buenos y los especuladores tenían dinero suficiente para comprar, para vender, para jugar en esta manera de la oferta y la demanda, el papel del mejor postor. Así fue como esta ciudad, otras ciudades, se iban transformando y la civilización, semejante a un río desbordado, arrasaba con los hombres como si fueran hojas secas.

Margarito analizaba la situación. Muchos de sus hombres habían sido obreros manuales y la máquina los desplazó. Desde entonces, no tenían trabajo y en vano lo buscaban. Si no había dinero para comer, ¿cómo tenerlo para pagar una renta?

Otros más eran obreros pobres, cargados de familia. Vivieron durante años en la misma casa. Pagaban puntualmente. Un día un hombre con dinero suficiente para ser el mejor postor compró el terreno y comenzó la construcción de un lujoso edificio.

Se dieron plazos para que los inquilinos abandonaran las viviendas. Pero, ¿dónde ir? En vano buscaban aquellos des-

dichados. En todas las casas disponibles se les hacía la misma pregunta antes de darles el precio de la renta:

-¿Cuántos niños tienen?

Cuando escuchaban el número, se escandalizaban. No. No podían rentar la casa a familias con hijos, ni con perros, ni con gatos... Sólo las parejas dedicadas al placer eran dignas de albergue en este mundo de la ciudad donde el dar hijos era un obstáculo para el desarrollo natural de la vida. En estos tiempos, el tener hijos significaba ser perseguido como si la procreación fuera un acto criminal.

Simón no sabía de los problemas ciudadanos. Miró a sus compañeros: unos se encontraban sentados, otros dormían. Los más, expectantes. Se dirigió a un hombre que tenía cerca;

-¿No le desespera a usted esta vida?

-Pues, sí...

-Y, entonces, ¿por qué no busca trabajo?

El desconocido lo miró. Luego, despacio, dijo:

-Tengo once niños y mi mujer, ¿sabe? ¡Once hijos? Créame que no estoy aquí por gusto.

Simón calló por un instante. Sabía que los que formaban la dolorosa tropa no eran vagos de profesión. En vano buscaban un escape. ¡En vano!

El hombre, tratando de justificar su presencia, comentó:

-¡Mal haya la miseria! Lo más doloroso del mundo es tener hijos. Me desespera verles el hambre en la cara y no tener dinero para darles de comer.

-¿Hace mucho que están ustedes aquí?

-Meses.

Simón comprendió que el hombre quería hablar, compartir el peso de su miseria con alguna persona. Sin curiosidad, le preguntó:

-¿Por qué se incorporó a nosotros?

-Nos quedamos sin casa. Vivíamos en el primer cuadro de la ciudad. Allí, desde que nos casamos, mi esposa y yo hicimos nuestro hogar. dieciocho años llevábamos en la casa.

-Casi era suya.

-Claro que era nuestra. Ya la habíamos pagado con creces cuando nos llegó el aviso; iban a hacer unos apartamentos lujosos, cuya renta no podríamos pagar. Todos los que allí habitábamos nos debíamos ir.

“No atendimos la orden. Nos fué imposible hallar una casa porque nadie nos la quería rentar. ¿El motivo? ¡Teníamos once hijos!

“Sin consideración alguna, el propietario ordenó que se empleara la piqueta. Con tristeza vimos caer las paredes. El seguir allí era un peligro mortal.

-Pero, ¿por qué no protestaron?

-Era inútil. La ley, que debía ampararnos, se presentó un buen día. Le advertí que durante meses, para llegar a nuestro hogar, los niños tenían que subir cerros de terrones formados por las paredes destrozadas; pero no nos dábamos por vencidos: “Aquello” era aún nuestra casa; abandonarla nos condenaba a la intemperie. Una mañana se presentó un hombre con el actuario del juzgado. Se supo que venían en nombre de la ley. Fué en vano que les dijéramos de nuestro problema: la frialdad se impuso por encima del sentimiento y de la razón. Así, con ayuda de la “ley”, nos pusieron los muebles en la calle.

-¿El de usted es el caso de todos?

-¡No, los hay peores! ¡Si usted oyera las historias! Sólo viviendo entre nosotros se sabe lo que significa, lo que es la miseria. Hay hombres que están aquí porque les pusieron los muebles en la calle; por falta de trabajo no pagaron la renta durante tres meses. Hay casos como el de Liborio Sánchez, que perdió a su madre porque los arrojaron de la casa y como la pobre mujer estaba muy delicada pescó una pulmonía de la que no pudo salvarla nadie.

“Yo quisiera que los malditos que tienen dinero, tan duro como su corazón, padecieran hambre para que sepan lo que es sufrir. Que se encontraran sin trabajo para que conozcan el infierno que significa el no tener un bocado de pan que dar a sus hijos !Malditos! !Malditos!

-Serénese, amigo.

-¡Qué serénese! Cada vez que me acuerdo me dan ganas de estrangularlos. Justifico a los que matan.

-Olvídese de eso. Hay que vivir.

-No puedo olvidar. Parece que fué ayer... Cuando nos arrojaron de nuestra casa, la piqueta echó por tierra nuestras paredes.

“Con los ojos secos, sin fuerza ya ni para llorar, mi familia vió como venía por tierra lo que fué nuestro hogar por tantos años.

“Mi mujer y yo, con los niños alrededor, sentíamos que nos mataban algo de nosotros mismos. Allí, en aquella casa, nos refugiamos al comenzar la vida; allí se nos murió el primer hijo; allí habían nacido otros; allí, allí enterramos nuestros sueños... y apuramos amargas realidades. Allí...

“Esto pensábamos, con los ojos bajos, parados frente a la que fuera nuestra casa, sin fuerzas para alejarnos del sitio en que dejamos pedazos de nuestra vida.

“Cuando levantamos los ojos, la nube de polvo provocada por la piqueta se nos metió en la nariz y en los labios; en los poros del cuerpo...

Mi mujer me cogió del brazo suplicándome que nos fuéramos. Cuando atravesamos la calle, la mayor de mis hijas me dijo:

-Que curiosos nos vemos. Parece como si nos hubieran enterrado.

Simón pensó: Es cierto. Muchos de ellos están muertos, muertos de su propia muerte, escapando de ella, tratando de que no les sepultes antes de morir. Tienen derecho a la vida.

El hombre se quedó silencioso. Fumó su cigarrillo. Luego, dijo despacio:

-Deseábamos vivir. Decidimos buscar otra casa, pero no la encontramos. Y fue así como nos vimos empujados a los suburbios y aquí nos reunimos con otros miles de seres cuyos problemas son iguales o semejantes. Así se ha formado nuestra caravana.

-Y cree usted...

-No hablamos más. Me fastidia hablar tanto para no remediar nada.

-Es que...

-Usted es de los nuevos y no sabe muchos de nuestros problemas. Lo hice para que se enterara, no por lamentarme como una mujer.

El hombre guardó silencio. Simón, pensativo, meditó sobre los problemas que significa vivir. ¿Por qué nadie hablaba de

este infierno de los tiempos modernos? ¿Por qué los hombres se olvidaban de los hombres?

La lucha por la tierra en la ciudad era tan cruel como en el campo. La ciudad se comía a los hombres que no tenían espacio para vivir.

En el campo el problema era distinto: allí la gente necesitaba dinero, agua, refacciones. Se morían de sed. Y se encontraban con la tierra como con un niño enfermo entre los brazos; un niño al que no se sabe qué hacer ni qué decir para que no nos mire con sus ojos melancólicos.

La miseria extendía sus garras lo mismo en el valle del Mezquite que en las zonas desérticas; igual en las sierras de Chihuahua que en las selvas de Tabasco; lo mismo en México que en China. En todos lados la pelea por la vida daba la exacta medida de los hombres y de las cosas... y echaba muchas teorías por tierra. La realidad era otra.

Las horas pasaban, lentas. De acuerdo con Simón, Margarito decidió que era necesario continuar un camino y abandonar la posibilidad de posesión de aquellos terrenos que no servían a nadie, pero que tampoco les servirían a ellos. Era la ley, y no se la podía desobedecer impunemente. Ya existían experiencias amargas.

Hacía años, el problema era distinto. Entonces la propiedad no valía tanto y, sobre todo, no se especulaba con ella. Los dueños de enormes extensiones de terreno no podían recorrerlo todos los días y no se daban cuenta de que en determinada parte se había instalado un gran número de desarrapados. Años después, al enterarse, ya la tropa estaba convertida en ejército y había ido levantando casas con distintos materiales. Fué

entonces cuando se tuvieron arreglos de venta; y ésta se hizo por medio de la intervención del gobierno.

Pero los tiempos cambiaron. Ya la propiedad era un tesoro y la tierra, que es la fuente de riqueza máxima, tenía un precio cada vez mayor. Mientras la plata, el oro y otros metales se estancaban y algunos hasta sufrían bajas de precio, la tierra subía de valor y el hombre la necesitaba más y más. Esto sucedía en las grandes ciudades. Meditando todo esto Margarito dijo en voz alta:

-Lucharemos por la tierra, pero por hoy, es necesario esperar... El pequeño ejército se dirigió a Tacubaya, a la colonia Garza. Esta era una vieja colonia formada en un terreno con depresiones y sus casas chaparras y miserables era otra clase de sepulcros que se levantaban al lado del viejo panteón de Dolores.

Al caminar, la tropa confundía el rojo de las heridas de sus soldados con los colores encendidos que desafiaban al sol en los puestos de flores que ponían notas alegres en la puerta del panteón.

Allí estaban las flores para adornar las tumbas de los muertos como en la frente, en la boca, en las manos, brillaban las flores rojas de la sangre para demostrar que los hombres estaban vivos, que habían obtenido esas heridas en la lucha heroica por subsistir.

Eran hombres con sangrías costantes de enfermedades, de sudor, de lágrimas, de venas abiertas y generosas; eran hombres que por la lucha y para la lucha se sostenían en pie. Y eran más hombres que otros porque sus potencias se desarrollaban en esta lucha ignorada y primitiva en que ellos tenían que man-

tenerse de pie. Margarito estaba disgustado. ¿Era posible aceptar la derrota?

Todos sonrieron complacidos. Su sonrisa era igual a los dientes de la fiera.

Viendo que sus caras recobraban la alegría y la combatividad, Margarito bromeó:

-Hemos hecho otra diablura.

De esta suerte bautizó los intentos de posesión que no llegaban a fines concretos.

-Bien; en lo sucesivo nos volveremos metódicos y sólo tendremos ocasión de pasear, como determinadas personas, los sábados. Entonces nos permitirán tal vez, diabluras menos ofensivas, como la de emborracharnos.

-¿Qué opina usted de esto? -preguntó Simón. Y al decir "esto" abarcó con su ademán la gente que iba llegando a la colonia Garza.

Opino, dijo Margarito con socarronería, que el día que las gentes tengan un concepto más humilde de sí mismas sufrirán menos o lo aceptarán todo sin suficiencia. Siempre he compadecido a los hombres por su condición perversa, los vergudos no merecen nuestro odio. Tiene demasiado arraigo el mal.

Simón escuchaba en silencio. Desde que conoció a margarito éste era una fuente de alegría insospechada para su vida. Tal pareciera que en él se habían fundido la fuerza indígena y la audacia española. Margarito era contradictorio, pero Simón lo entendía; entendía sus cosas ilimitadas y limitadas; adivinaba lo que quería decir en sus sonrisas. Y sabía que, en un momento dado, encontraban su propia identificación al devenir hacia los sentimientos naturales en el hombre sin desearlos complicar con cosas inútiles.

Para ambos los prejuicios eran algo inentendible, como para ciertas gentes son inentendibles las cosas de la naturaleza. Margarito estaba convencido de que el hombre es un animal dañino. Y las sociedades, partiendo de esta base, estaban mal, muy mal.

Simón dijo sonriendo: -Yo no creo al hombre un descendiente del mono.

-Por eso espera de él cosas mejores, ¿no?

-Efectivamente. Pero si usted es tan pesimista, ¿por qué lucha por esta gente?

-¿Y quién le ha dicho que lucho? ¡Vivo! Y ellos tienen que vivir también. Creo que una de las formas de la locura -y por eso me parece tan absurda la religión- es querer instituir la virtud sobre la tierra. Eso es desconocer a los hombres que son malos y buenos y por eso merecen nuestra compasión. Compadecerlos a ellos es compadecernos y no se compadece aquel que juzga sin medida, porque todo le parecería despreciable.

-Así, pues, para usted el mal y el bien...

-Existen, claro está. ¿Cómo no? ¡Si lo vemos todos los días! Pero las situaciones dependen de la lucha que se emprenda para que las cosas salgan a flote. Simón, tenga usted miedo de los débiles. Son la gente más dañina del mundo; pero no los desprecie. Se habla mucho del derecho del fuerte. Nadie habla del derecho de los débiles y son temibles. Mire este rebaño. Son capaces de dar palos de ciego en la oscuridad por un solo motivo: el miedo.

-Quiere usted decir...

Margarito miró a los colonos que presentaban un aspecto sucio, lamentable. Después, despacio, contestó:

-¡Claro está! ¡Claro está! Estos infelices son débiles, pero más débiles son los que nos enviaron a la policía y a los bomberos.

“¿Y sabe usted por qué tienen miedo? Porque los ricos han acaparado tanto que temen perderlo todo. Pero mientras no se dé a la gente la oportunidad de adquirir lo que necesita, existirá la inquietud. Nadie puede detenerla para mantener en paz a los hombres hay que darles de comer.

-En el campo las gentes se conforman con poco.

-Es verdad. Pero anhelan más. Vivir no significa ser propietario; esto usted y los suyos lo han comprendido. ¡La vida ardiente y simple! Qué pocas gentes tienen este verdadero sentido de posesión! Bien, acomodaremos a la “tropa”.

Margarito habló con el jefe de la colonia. Sí, se les podría dar albergue por varios días y tal vez, si en la asamblea no había oposición, si los colonos lo aprobaban, el rebaño desvalido podía quedarse en Tacubaya para siempre.

-¿Perdieron muchos hombres?

-No los hemos perdido. Unos están en la cárcel, otros en el hospital. Todos nos reuniremos dentro de poco. No, no les hemos perdido, ¿verdad, Simón?

Simón, contemplando al niño que apenas tenía unas horas de vida, contestó:

-Al contrario: tenemos un ciudadano más...

ROSA SE VIO LANZADA a la colonia proletaria como tantos otros maestros, por los deseos de trabajo; pero también, y esto era lo más bello, porque cada maestro joven se sentía un nuevo pionero de las fuerzas vivas intelectuales y abrigaba dentro del pecho la misma llama que impulsó a los misioneros a desafiar el peligro para implantar la luz.

Había cientos de maestros como ella en las colonias proletarias. Algunos tenían su título en regla; eran maestros normalistas con una determinada instrucción y cultura y durante meses, algunos durante años, no supieron qué hacer con su relativa sabiduría.

Acudían con frecuencia al Sindicato y allí algún compasivo les entregaba dinero para los pasajes, es decir, para que volvieran a su lugar de origen con el título en la mano, la cabeza llena de ideas y el estómago vacío.

No había escuelas donde buscarles acomodo: pero sí cientos de niños que no sabían leer.

Rosa decidió, en unión de otros maestros, que se trataría de resolver el problema. Y así se hizo. Los maestros se distribuyeron en las colonias proletarias, donde la pobreza tenía su asiento y comenzaron a impartir la enseñanza al aire libre, sentando a los niños sobre ladrillos y sobre adobes. En otros lugares, durante el día, los niños ocupaban el establo convertido en escuela; en la noche, las bestias ocupaban el lugar que perteneció a los niños.

El problema era tan angustioso, aun fuera de las colonias proletarias, que muchos maestros de los que contaban con sueldo fijo compartían éste con los niños pobres, que no era raro que asistiera a sus clases sin desayunar y menos raro aún que con frecuencia dolorosa se desmayaran; el hambre los volvía débiles y perezosos.

Y se llegó a un arreglo en las colonias proletarias: los padres de familia contribuirían por turno a la manutención del maestro, que no gozaría de sueldo, y le proporcionarían sus pasajes, o bien, una modesta cama dentro del pobre hogar. El trato fué admitido y de este modo encontraron su sitio de lucha muchos de los maestros que durante años siguieron su carrera debido a su enorme deseo de apostolado.

Ninguno de ellos pensó jamás en ser rico. Todos sabían perfectamente que la carrera de maestro, larga, tediosa, no ponía punto final a la lucha al recibir el título, y que el problema comenzaba al iniciarse la carrera. ¿Qué de extraño tenía, pues, la inquietud, la nerviosidad, la neurosis que invadía a los maestros y los hacía discutir durante horas en las asambleas, entrometerse, tímidamente, pero con gran pasión, en política y agitar sin el más mínimo motivo cosas inenabrigables? Todo era la consecuencia lógica de muchas cosas frustradas.

Luego se encontraron ella y Margarito y se entendieron en sus ideales. Ninguno de los dos creía en la virtud como base, porque sabían a los hombres perversos por naturaleza. No confiaban en el agradecimiento y menos esperaban la reciprocidad; sin embargo, estaban seguros de que las acciones bondadosas fructificaban.

Rosa pensaba que la mejor mística consistía en vivir y en vivir plenamente; hay una dosis de valor que para casi todos

escasea y que sólo tienen los decididos, a morir. Pocos saben de la ciencia de vivir y morir.

Jamás se había enamorado de nadie. Cuando encontró a Simón Gutiérrez fué una revelación. Allí estaba un hombre. ¡Un hombre en toda su potencia: callado, profundo y al mismo tiempo, fuerte! Aquel hombre nunca pediría protección.

Rosa desconfiaba de los hombres débiles. Los sabía dañinos y malévolos. Deseaba, siempre deseó, un hombre que supiera lo que quería y a dónde iba; pero era difícil de encontrar.

Trató a muchos maestros, algunos de ellos inteligentes, otros guapos y atrevidos; pero todos ocultaban dentro de ellos esa debilidad que a ella le era repelente y la obligaba a mirarlos con desdén. Y es que en Rosa gritaba la hembra primitiva y oscura que desea ser violada y poseída no sólo físicamente, sino en todos los órdenes de la escala humana.

Cuando se encontró a Simón Gutiérrez supo que a él pertenecía y lo hubiera seguido desde el primer instante, sin vacilaciones y sin dudas. Ella era mujer.

Y las cosas sucedieron tal y como las había deseado: sin palabras. ¡Lo amaba! Lo amaba desde sus silencios hasta su sutileza india.

Por amor a Simón tuvo una ternura por los indios que, inclinados en los caminos, saludaban el paisaje desde sus campos de maíz; tuvo una dulzura maternal por todos los niños indios que desde pequeños sabían de la gracia del silencio y rara vez lloraban; tuvo una piedad inmensa por las mujeres que envolvían a sus pequeños en el rebozo y con este símbolo de esclavitud, como cadena alrededor de los hombros, se enfrentaban a la vida con los pies descalzos.

El rebozo, pensó Rosa, ¡cuánto se había dicho de él, pero qué poco se le había interpretado!

La mujer lo tenía para refugiar sus besos pudorosamente de las miradas ajenas, siendo en realidad una prenda de trabajo; lo mismo servía para acarrear leña que para llevar a los niños colgando de las espaldas. El rebozo contribuía a que la mujer, con las manos libres, duplicara sus tareas y, por ende, su esclavitud.

Rosa estaba enamorada y sabía que aquel amor lo sentía porque Simón jamás sería poseído, sólo lo retendría un poco con su humildad; pero también la amaba, de eso estaba ella segura y como él le dijo, retornaría a ella una y otra vez, como los ríos vuelven al mar.

Un hombre, pensó, es la cosa más bella del mundo y la más inaccesible. Tiene la majestad del cielo, de las montañas, de los desiertos y de las cosas desmesuradas de la naturaleza. Los hombres que no se dan cuenta de esta profunda y elemental dignidad, en verdad no merecen ni el sexo ni el título. ¡Qué difícil, se dijo Rosa, qué difícil es ser un hombre con sentido completo! Luego añadió con un gozo infinito: Simón lo es. Lo repetía en voz muy baja, saboreando las palabras: Simón lo es. Y entre las obligaciones de un hombre está la de nunca cometer un fraude. Tener el valor de su verdad, de su humanidad, de su miseria y su grandeza. El nunca la defraudaría. Quizás se fuera de su lado, pero esto no era lo más terrible: lo terrible es que un hombre no sepa serlo.

La colonia se dió cuenta de los amores de Rosa y de Simón y los aprobó, aceptándolos sin hacer preguntas, con esa discreción que sólo poseen los pobres de solemnidad, las gentes bien educadas y los indios.

Margarito, por su parte, se sentía feliz. La grey había sido acogida en la colonia Garza y todos parecían contentos.

-¿Qué dice usted, Rosita, acondicionamos el establo?

Esa fué la señal de la iniciación del trabajo. Rosa pensó no únicamente en los niños que los nuevos colonos llevaban consigo, sino en los pequeñuelos que ya estaban en edad de aprender y que eran los legítimos moradores de la colonia Garza.

-¿Con cuántas maestras y maestros contamos aquí?

-Déjeme usted preguntar a don Toribio González, que es el jefe de la colonia.

Margarito se dirigió a don Toribio que en unión de otros colonos había salido a una de las calles para conversar, cambiando impresiones, sobre los problemas de la colectividad. Don Toribio contestó:

-Tenemos dos maestros.

Margarito dio orden de que se limpiara el establo y se acondicionara el salón de sesiones del sindicato a efecto de poder colocar en ambos sitios a los numerosos niños de la colonia.

El "acondicionamiento" consistió en barrer, regar y colocar ladrillos que sirvieran de asiento y pupitre a los pequeños educandos.

Rosa manifestó que después de un prudente descanso y un ligero alimento, era indispensable comenzar las clases.

Las mujeres de la colonia, todas pobres y resueltas, prepararon frijoles y tortillas y la comida se les llevó a los maestros hasta la propia escuela.

Rosa pensó que si hubiera espacio, los niños tendrían terrenos para cultivar una pequeña huerta u hortaliza; pero tal

cosa no pasaba de ser un sueño, pues si en las colonias no se contaba cuando menos con un local para escuela, tampoco se les podía proporcionar un espacio para dedicarlo a cultivos de beneficio general.

Simón ayudaba a la joven maestra al arreglo del salón. Ninguno de los dos hablaba mucho.

-¿Tú me ayudarás en las clases, verdad? Simón contestó:

-Las nubes creen que traen el agua, Rosa, pero si no fuera por el viento, jamás tendríamos lluvia.

Ella sonrió. Estaba ya acostumbrada a esta forma de hablar de Simón, siempre indirecta, y le agradaba.

-Bien, Simón, ayúdame.

-Rosa...

-Mándame.

-Tú estarás con los niños como un árbol.

-¿Por qué?

-Como un árbol cargado de mil hojas. Siempre he pensado eso cuando te miro dando clases y veo los párpados inquietos de los niños que desean seguirte en las explicaciones. Tienen el mismo temblor, tú y ellos, de los álamos que crecen junto al río.

Rosa dejó por un instante la escoba y lo miró largo rato; pero Simón no pareció darse cuenta de esta mirada, dedicado como estaba a quitar cuidadosamente las telarañas que eran abundantes en el establo y que él iba acumulando pacientemente alrededor de sus dedos. Después de un instante, se volvió y le dijo, señalando las telarañas: -Son para curar las heridas de los niños...

¡QUETZALCOATL! ¡Quetzalcóatl! ¿Cuándo dejarían de tener su espíritu? El, Quetzalcóatl, el dios indígena ancestral, había bajado hasta el mundo de los muertos para recoger los huesos de las generaciones pasadas. Tal decía la leyenda. Quetzalcóatl recogió estos huesos y regándolos con su propia sangre creó la nueva humanidad. ¿A quién extrañaba, pues, esta simiente trágica? ¡La sangre flotaba en el aire!

¡Quetzalcóatl! ¡Quetzalcóatl!

Simón Gutiérrez pensaba en el sentido vital que hacía que durante muchas horas las manos se tendieran impacientes para tomar los frutos, hurtarlos y oprimirlos hasta que los jugos de la sangre se vertieran en lágrimas, en gritos de placer, en heridas abiertas, en campos cuyos olores hacían que las aletas de la nariz se agitaran y el hombre tuviera, en su inmovilidad contenida, un arranque salvaje, temeroso del primer impulso.

Allí estaban todos ellos, descendientes de aquel Dios que vivificó a los muertos y no cederían, no morirían.

Dejaron el sudor y el cansancio sobre cada tabla, sobre cada pedazo de jergón que formó su modesta casa; parecieron, durante años, hormigas que luchaban por construir... y ahora un viento frío iba a demolerlo todo. Antes que eso, la sangre de Quetzalcóatl vivificaría a los muertos y éstos exigirían como los antiguos dioses, la sangre de todos los miembros de las colonias proletarias para mantener la vida.

¿Que ellos querían robar? ¡Mentira! Deseaban robar a los que teniendo demasiado no cedían un poco.

Todos estaban agitados. El viejo litigio que puso en entredicho a la colonia Garza había sido fallado por los jueces.

No importó que cada colono llevara hasta la oficina el comprobante de la renta del terreno, pagada religiosamente durante años.

Tampoco pudo conmover a las autoridades la ingenuidad de los que, impelidos por su deseo de obtener un pequeño pedazo de tierra, compraron ésta a un hombre que después resultó no ser el propietario; fiados en su deseo volvieron a comprar, ahora a otro estafador, tierra que no era suya y así pagaron su confianza y su anhelo en cuentas que sumaron hasta cuatro veces el valor de un terreno que sólo porfiaban en obtener por lo mucho que habían batallado para amar.

¡No querían una nueva emigración! Aquellos adobes, aquellos jacales misérrimos, ¿cómo abandonarlos?

La voz se corrió una vez y otra. Y alguien sugirió pedir amparo como remedio provisional para los males.

El juez lo negó.

Trescientas viviendas reverberaban al sol, mostrando la insolencia de su miseria.

Los pedazos de lámina se confundían con los pedazos de camisa que ondeaban al aire con la desolación con que la ansiedad de los náufragos se aferra, pidiendo auxilio, a cualquier signo de humanidad desesperada.

Los niños, mezclados con los cerdos, ahondaban sus pies en el barro y de cada choza salía la humanidad doliente que en vano trataba de hallar el paraíso perdido.

El sol iluminaba aquel lugar donde los hombres se aferraban a la existencia aun cuando ésta se les tradujera en agonía.

¡Quetzalcóatl! ¿Cuándo bajaría de nuevo a la tierra para dar vida a los muertos?

Simón Gutiérrez pensaba esto, pero sus labios se encontraban silenciosos. Sus ojos semicerrados y pequeños, su cara ancha y vertical tenía en esos instantes las mandíbulas endurecidas y los labios secos. En él gritaba la raza, pero no se imponía.

Escuchó durante horas el clamor de su gente, de aquella que consideraba suya, en la cual la sangre y los nervios se encontraban mezclados como el dolor y la rebeldía; vió cómo los hombres, semejantes a bestias heridas, recorrían durante horas su calvario y buscaban de nuevo el pedazo de tierra prometida para no perderlo ya más.

Alguien dijo que en otras colonias pasaba lo mismo: se habían vendido los terrenos tres y cuatro veces y los dineros así robados a los miserables, nadie sabía dónde estaban.

Ahora los legítimos dueños de la Colonia Garza deseaban los terrenos para llevar a cabo un fraccionamiento. La ciudad se hinchaba como un sapo y los hombres eran arrojados a sitios misérrimos, lejos de la civilización. Esta era necesario pagarla y los que no tuvieran el dinero para la compra eran sus víctimas. No podían alabarla.

Algunos se preguntaban: ¿Qué crimen hemos cometido? ¿Vendrán también aquí a la Colonia Garza los gendarmes y los bomberos para obligarnos a desalojar la tierra?

Margarito endurecía el gesto. No habían cometido otro crimen que el de la pobreza. No. No los desalojarían.

¡Ah, si pudieran resolver el problema! Este de la Colonia Garza era el de otras muchas. Algunos de los inquilinos tenían residiendo en ellas veinte, veinticinco años, pero el terreno no les pertenecía; eso, aunque hubieran pagado por él a compañías que sólo existían en el membrete de los recibos; eso,

aunque hubieran edificado sus jacales en los terrenos baldíos; eso, aunque la necesidad les hincara toda su urgencia.

El miedo de ahora, de ser atacados por la policía y los bomberos iba a traducirse en los colonos en la práctica de casas absurdas. El miedo inspira esto.

Y sin meditarlo más viendo la necesidad de todos, un hombre tomó la resolución de prender fuego a las chozas e hizo que la pólvora estallara en varios lugares; pero antes hizo correr la noticia: todo era obra de los propietarios. Sin compasión para los pobres de solemnidad, incendiaban las casas como la más rápida forma para obtener su desalojo. ¡Era injusto! ¡Era injusto!

De trescientas viviendas se levantaron las llamas que iluminaron Tacubaya. Todas las bocas repetían: ¡No es justo! Las mujeres y los hombres, apremiados por la rapidez del incendio rescataban, a costa de su propia vida, sus modestos enseres.

Margarito dictaba órdenes que eran ejecutadas con rapidez. Se puso a salvo a todos los niños; las mujeres y los hombres, conscientes de su miseria, intentaban detener el fuego.

A medida que sus casas se iban convirtiendo en pavesas, la indignación crecía hasta convertirse en tempestuosa cólera. Sobre las cenizas de los jacales se levantaron los puños amenazadores. Y los hombres, las mujeres, los niños, formando un ejército incontenible, se lanzaron en protesta por las calles: ¡Deseaban una casa! ¡Se les había quemado su casa! ¡Justicia! ¡Justicia!

Llegaron frente al Palacio del Distrito. La multitud agitaba en el aire, con las manos en alto, pedazos de su hogar con-

sumido por el fuego y pedía que se solucionara el problema rápidamente.

Y se llegó a un arreglo: a todos los colonos viejos, el propio gobierno les entregaría los terrenos para que fueran liquidados a precio de catastro, en la oficina de Colonias.

Los hombres se mostraban satisfechos. Regresaron sonrientes a lo que fuera la Colonia Garza y no se empañaron sus ojos por el humo que se elevaba de los jacales destruídos por el fuego.

Simón Gutiérrez guardaba silencio. Se había sentado al borde del camino y fumaba, abarcando con sus ojos el horizonte. Era indiferente al correr de sus amigos y ni siquiera ayudaba a Rosa a controlar a los pequeños.

Margarito preguntaba: ¿Quién prendió fuego a los hogares? Simón no respondía. Rosa acostó a los niños unos junto a otros para que se dieran calor con sus propios cuerpos; y todo el mundo hizo lo mismo, olvidándose del humo que aún ponía nubes oscuras en la noche.

Margarito se acercó a Simón. ¿Había visto al que prendió el fuego?

Simón sonrió.

-Yo, no. ¿Y usted?

-Me pareció, dijo Margarito, que un hombre de cuerpo muy semejante al suyo se deslizó con todo sigilo, pero no tanto como para que yo no pudiera notarlo, hasta prender fuego en dos o tres casas; el viento hizo el resto.

-¿Y por qué no lo detuvo?

-Porque pensé que a grandes males...

-¿Y si lo hubiesen descubierto otras gentes que no usted?

-El ya sabía lo que le esperaba... ¿o no?

-Ahora tendrán al fin una casa... y un terreno.

-Y no solamente éstos, sino también otros... muchos otros. Bien, quisiera encontrar al hombre que incendió las casas, para felicitarlo; el sabía que la indignación impulsaría a los hombres a la exigencia, ¿no es verdad?

Simón miró a Margarito directamente a los ojos que le brillaban con el mismo fulgor de las pequeñas llamas que se elevaban de las cenizas. Ambos rieron alegremente.

-¿Quiere un cigarrito?

Simón tomó el cigarro y dijo, señalando a Rosa;

-Parece una gallina con sus pollos.

-Es una mujer para usted.

Simón cambió de conversación. -¿Esta seguro de que el gobierno cumplirá lo que ha ofrecido?

Margarito contestó: -Tengo poca fe en las cosas de los gobiernos. Salen unos tiranos para que vengan otros, que son peores; sin embargo, lo de ahora parece que va en serio.

-Yo tengo mucho sueño, ¿y usted?

-Voy a conversar un momento con Rosa.

En la oscuridad se escuchó la voz de la muchacha, que sintió la presencia del hombre amado:

-¡Simón!

Un sonido suave y dulce le contestó. Era la llamada y la respuesta de dos gentes que se pertenecen.

Simón sentose junto a ella y la estrechó en sus brazos. Siempre, cuando él la abrazaba así, ella se sentía pequeña y protegida, femenina y tierna, como un niño acunado en los brazos de su padre.

-Rosa: no importa para la garza blanca la oscuridad del paisaje. Siempre se distinguirá ella, como potente luna.

-¿Piensas alguna vez en tus padres, en tu casa, en tu tierra?

-Pienso en ti.

El silencio se hizo ancho entre ambos. Ella sentía que la inundaba y que nada poseía sin él; que si él dijera en un momento dado: sígueme, era capaz de seguirlo con los pies descalzos, a fin de no turbar la paz de sus silencios.

-¿No quisieras volver a los tuyos?

Simón sonrió apenas.

-¿Quiénes son los míos?

-¿Entonces, te quedarás junto a mí?

Ella esperaba, anhelante, la respuesta. Sus ojos brillaban; sus manos temblorosas se aferraban al brazo de Simón con un deseo de retenerlo para siempre. ¿Cómo él no se emocionaba ante “su” entrega? ¿Cómo no se daba cuenta? ¿Por qué permanecía indiferente como joven dios que recibe el sacrificio de sus súbditos?

-Rosa, ¿oyes la tierra?

-No. Te oigo a ti. ¡Quisiera que me dijese tantas cosas!

-El ruido de todos los insectos no basta para expresar la voz de la naturaleza.

Diciendo esto, la acercó hacia él y la besó. Allí estaba su fuerza primitiva y oscura. “Como la semilla y la tierra.” Sin más meditación y sin más promesa. Todo se cumplía, todo se revelaba y las noches y los días eran fundidos en este lazo invisible.

-Somos parte de la tierra, Rosa -le dijo él dulcemente, cuando poco después la apartó para empaparse en su rostro-. Tu cara tiene la suavidad de los lagos.

-¿Nunca has tenido ninguna otra mujer?

Simón Gutiérrez la miró. Luego pasándole la mano por los ojos atormentados, le dijo:

-¿Te he preguntado alguna vez si has tenido tú algún otro hombre?

-¡Pero te pregunto ahora!

-¿Les importa a los ríos colmados si sus aguas vienen del cielo o van al mar? Un día de estos me darás un hijo él te colmará entonces de preguntas que tú no podrás contestar. Te asombrarás de su sabiduría...

-¡No! Le contestaré. Mira ese pajarito... o toma esta flor. Le diré, le explicaré.

-No, Rosa. No explicarás. Las cosas que te llegan hasta la sangre, jamás tienen explicación. ¿Ha explicado nadie la vida ni la muerte? ¿Explicaría yo por qué te quiero? Acaso te contaría alguna fábula que es lo que tu harás con tu hijo. Pero siempre, Rosa querida, siempre, me asombrarán tus preguntas, como me asombran las sabias preguntas de de los niños y nunca podré contestarte.

-Simón: ¿te irás algún día de mi lado?

-Estoy junto a ti.

-¿Pero estarás siempre junto a mí?

-¿Has visto alguna vez que la muerte se separe de la vida?

AL AMANECER DEL DÍA SIGUIENTE, Margarito, Simón y varios hombres se dirigieron a las minas de arena.

Los hombres caminaban con ese aire que tienen particularmente las gentes que han sido humilladas y están impotentes para rechazar las cosas que más hieren su dignidad; pero Margarito y Simón, a la cabeza de estos hombres en derrota, ignoraban el cansancio y sabían de la fuerza del orgullo.

Durante dos horas caminaron a pie hasta que llegaron a la carretera, cerca de la cual se encontraban las minas de arena, oscuras y pesadas, y cuyo polvo se metía, como una lija que cortara los pulmones, hasta lo más profundo del cuerpo de los parias.

Allí, en aquel lugar, tenía Margarito viejos amigos. Esos trabajaban a veces en las minas, pero los más buscaban abrigo, ya que sobre la arena muelle y cálida no se necesitaba más que sueño para dormir.

Durante horas los hombres miraban al cielo y al horizonte, tendidos panza arriba, con las piernas flexionadas, desangrándose por dentro en aquella indolencia; desangrándose de tal modo de la voluntad, del pensamiento, del deseo, que al fin lograba tener una actitud de muerte; perdida su humanidad en el montón de arena, como si su cuerpo fuera un saco más...

Y era en aquel sitio donde Margarito y sus hombres buscaban albergue y posiblemente hallarían nuevos miembros dispuestos a secundarlos en la lucha por la posesión de un pedazo de tierra.

Al llegar los visitantes, nadie se levantó para recibirlos. Todos continuaron inmóviles, sumergidos en la indiferencia.

El paisaje se extendió ante los ojos multiformes y magníficos: las hondonadas y los valles, todo desenvolviéndose en azul como si el mar se hubiera remontado hasta la sierra y descendido después en oleajes de verdes ramas.

—Sí, pensó Simón, este verde maravilloso era el oleaje de la tierra; la que él tanto amaba.

Margarito habló con los hombres más próximos. Su bondad, su comprensión y su leve ironía, obligaba el amor de todos.

Conversaba en aquel instante con un maestro alto y delgado, de nariz puntiaguda y dientes amarillosos por el tabaco. Fumar y fumar era la forma con que este infeliz mataba el hambre... y se mataba a pausas. Un golpe seco de tos le dejó hilillos de sangre sobre la barbilla.

Margarito recordó cuando este individuo llegó a una de las colonias. Era un maestro normalista, como tantos otros. Tenía una suficiencia infantil que le hizo gracia porque no llegaba a la pedantería; iba con la cabeza repleta de sueños y de ambiciones; tenía inteligencia, pero no era un luchador.

—Esto de luchar es otra cosa, pensó Margarito. Se necesita tener madera de gladiador para enfrentarse a la vida y no todos la poseen; ni siquiera aman la lucha. Creen que para ésta basta el cerebro, pero también hace falta corazón y estar dispuesto a morir a diario.

—¿Qué opina usted de nuestros problemas? —le había preguntado entonces el maestro.

—Que siempre son los mismos.

—Y, entonces, ¿para qué luchamos?

Margarito se quedó mirándolo por un instante, fijamente.

-¿Nunca ha sentido usted ganas, por exceso de energía, de echar maromas? ¿Sí? Pues esto es lo que me pasa. Por eso lucho.

-Entonces, el ideal...

-¿Le gusta a usted jugar al ajedrez?

Al hombre le brillaron los ojos. Efectivamente, él amaba el ajedrez. Esto no le costaba un centavo; antes al contrario, a veces ganaba algún dinero. La realidad era que en el fondo no tenía ningún deseo de preocuparse por los problemas de la vida.

Desde entonces, cada vez que deseaba hablar de cosas que Margarito sabía muy bien que en su boca eran inútiles, lo invitaba a jugar al ajedrez.

En esta forma, ambos mejoraron; el maestro, en su juego, y Margarito, en sus pensamientos, pues mientras movía las piezas meditaba sobre los problemas de sus hombres.

-Sabe usted, le dijo a Simón, es una vergüenza que nuestros maestros ganen tan poco y sepan tan poco. Salen de las escuelas normales con un montón de ideas en la cabeza y con débiles conocimientos prácticos. Debían de ir a las zonas rurales y contestar todas las preguntas que les hicieran los campesinos y los hombres de trabajo. Da pena ver cuántos maestros llenos de sueños mueren asesinados por la tuberculosis o por el paludismo. Da pena ver cuánta energía perdemos constantemente. Somos un país despilfarrado, desorganizado y maravilloso. ¿No quiere usted dar un paseo?

Margarito terminaba sus peroratas en esta forma, un poco avergonzado de haber hablado en serio. Sonreía de todos y de él mismo. Le hubiera indignado profundamente que cualquier persona se riera en forma grosera.

-Odio las cosas vulgares-, había dicho una vez. Y luego, como para hacerse perdonar su actitud orgullosa, agregó: -Llega a tanto mi horror por la vulgaridad, que tal vez por eso estoy jorobado; así soy diferente de los demás hombres... y veo lo que otros no pueden o no quieren mirar. Y es que la joroba, la enfermedad o alguna otra cosa que deforma un poco lo material, es como una montañita desde la cual se abarca la vida de arriba hacia abajo, en miradas verticales y en actitud de rebeldía. ¡Si la gente aprendiera a refr!

Simón aprobaba, pero casi nunca respondía. El también pensaba. Pero sus pensamientos, hermanados más a la naturaleza que a los hombres, lo hacían ajeno a muchas miserias.

Las gentes de las minas se acercaron a Margarito para plantearle sus problemas. Habían tenido que cavar otras cuevas para albergar a los visitantes, cada día más numerosos. La miseria arrojaba a todas horas sus marejadas de hombres hacia las minas de arena.

El que hablaba con Margarito era un individuo cetrino, de bigotes lacios. Tenía los ojos pequeños y la nariz chata.

-Todos los días, todas las noches, dijo, viene más gente... No es que ustedes me estorben; pero quisiéramos advertirles que los que llegan pelean como verdaderas fieras por su pedazo de terreno. Son como perros riñendo por un hueso. Ya lo verán. Sólo les deseaba advertir esta situación.

“Aquí peleamos por todo: por el trabajo, por el pedazo de arena para dormir, por el sol que nos corresponde y que se reparte, a pesar de nuestros disgustos, completamente por igual entre los hombres; pero nadie quiere caminar unos pasos; estamos tan rendidos, tan destrozados, que deseamos un sitio

en el que el sol llegue por la mañana y nos acaricie, sin esfuerzo, librándonos del frío...Usted comprende, ¿verdad? Ya hace mucho que nos conoce. Sólo que ahora la cosa ha empeorado.

-¡La miseria! No hay nada como ésta, dijo Margarito a Simón, para tornar a los hombres en salvajes. Los hombres siempre serán egoístas, ambiciosos y estúpidos. Los egoístas son los que hacen menos daño. No dan ni esperan que nadie les dé... ¡Ah, pero los ambiciosos! Esos trastornan las cosas creyendo que las salvan.

“Mire usted qué hermosas tunas. No sé por qué estas gentes padecen hambre. Venga, vamos a cortar un buen número de ellas y una vez que hayan comido, será mas fácil hablar con todos.

Simón y Margarito cortaron las tunas. Mientras les quitaban la cáscara, Simón le dijo:

-No importa que uno ponga hilos largos en los papalotes... el viento siempre se los llevará lejos. Pero, alégrese: usted se quedará con el hilo.

Margarito sonrió. -Simón, usted siempre habla en forma indirecta, pero no importa, sé muy bien lo que desea decirme.

“¿Qué es lo que nos ha hecho congeniar a usted, a Rosa y a mí?

Usted amigo, es diferente a nosotros. No habla nuestro mismo lenguaje. Su actitud ante la vida es de una belleza y profundidad que nosotros no tenemos; principalmente profundidad.

-Las olas del mar son diferentes, y sin embargo, iguales. Están formadas de la misma sustancia y en ellas nadan los mismos peces.

-¿Eso quiere decir, mi querido Simón, que nuestros pensamientos son idénticos? Sí; no hay duda que usted quiere decir eso. Sin embargo, yo tengo una cualidad: sé lo que deseo y a dónde voy. Usted, sin embargo, nos ganará siempre la partida.

-¿Quién habla de ganar ni de perder? La flor no tiene más que un perfume y de él disfrutaban todos los que están cerca.

-¿Quiere usted que demos estas tunas a los hombres?

Ambos se dirigieron a las cuevas. Allí estaban tumbados los usuales habitantes de las minas de arena, que aceptaron la dádiva sin mover el cuerpo. Después de comer, los hombres dormitaron un poco, sumergiéndose en el sueño.

Un hombre flaco que olía a pulque se acercó a Margarito.

-Ustedes tendrán que irse.

-Otras veces hemos permanecido aquí.

-Pero ahora no podrán. Al caer de la tarde llegarán los dueños de estas cuevas y los echarán a ustedes, porque no son de los nuestros; no son vagabundos ni hombres que trabajan en las minas. Dentro de unos instantes vendrán los camioneros por arena. Algunos de nosotros llenaremos los sacos, otros, mirarán. Ustedes pueden largarse.

-Pues esperaremos a que lleguen los que nos tienen que echar, dijo Margarito.

Los hombres los abarcaron con aire hostil. Después de una especie de gruñido, guardaron silencio.

A las cuatro de la tarde llegaron los trabajadores. Iban por los últimos costales de arena. Los que desempeñaban esta labor pusieron manos a la obra, no permitiendo que interviniera en la misma nadie más. Defendían ferozmente su trabajo, que siendo sencillo, a la larga les causaría la muerte.

Como a las seis de la tarde llegaron a buscar su puesto dentro de las minas los hombres que las consideraban como de su legítima propiedad. Entonces resultó que muchos de los que ya se encontraban allí eran tan intrusos como Margarito y los suyos. Esto se notó por la forma agresiva con que fueron tratados por los que acababan de llegar.

Margarito, haciéndole una seña a Simón, optó por la retirada honrosa, y ya desde fuera vió, en unión de sus hombres, cómo los habitantes de las minas de arena se empeñaban en una refriega a bofetón limpio, luchando para arrojar de sus terrenos a los que estimaban como invasores.

Los puños caían pesadamente sobre el rostro, el pecho y el vientre de los hombres que se revolcaban sobre la arena, que levantaba pequeñas nubes de polvo al ser removida por la pelea de seres humanos convertidos en fieras. Los hombres lucían labios partidos y ojos morados, y tan pronto como el agresor consideraba ganado el terreno, en vez de compasión, les entraba una porfiada saña de exterminio que los obligaba a golpear y a golpear, sin límites ni medida, hasta que el contrincante quedaba como muerto. Entonces se iba acabando la fiereza y el hombre adquiría la actitud de los luchadores profesionales que hacen prácticas de box sobre un pelele que no responde, sino que recibe golpes.

-¿Ve usted, Simón? Son peores que las bestias. ¿Ha visto en alguna ocasión que un perro o un tigre se comporte en esa forma, ensañándose contra el caído? Bien, cuando hayan gastado suficientemente su fuerza, podremos hablar con ellos.

Al calmarse los ánimos, Margarito gritó desde lejos:

-¿Quién es el jefe de la cueva?

Se acercó a ellos un hombre bajito y rechoncho, de cuya nariz brotaba la sangre a raudales. El hombre tenía una curiosa apariencia: con su figura de barro cocido y sus cabellos agitados por el aire de la noche, semejaba un espantapájaros.

-¿Qué deseaban? Díganlo pronto.

-Pronto lo diremos. ¿Quisiera usted, buen hombre permitirnos dormir en la cueva? No venimos a pedir el favor a secas, sino a proponerles un negocio que terminará con esta vida que ahora llevan, tan a salto de mata.

-Hable.

El tono se había hecho solemne. Ahora el hombre había adquirido cierta prestancia. Su voz se enronqueció y perdió agresividad.

-Somos miembros de las colonias proletarias. Usted habrá oído hablar de ellas, ¿no es cierto?

-Algo...

-Bien, nuestra misión es buscar a todos los que no tienen un hogar y reconcentrarlos en determinado sitio, por ejemplo un terreno largo tiempo desocupado y allí pelear y pelear hasta en tanto el gobierno trata con nosotros el asunto y legaliza nuestra situación. En esta forma hacemos lo posible por que todos los pobres y desheredados tengan un hogar.

-Suena correcto.

Y lo es. Únicamente que tenemos que luchar. Viendo cómo peleaban ustedes hace unos instantes, hemos pensado invitarlos a que formen parte de nuestro grupo. No obraremos al margen de la ley. Verá usted: hay gentes que tienen terrenos con exceso y jamás nos los venderían si les propusiéramos tal cosa; en estas condiciones, es indispensable ocuparlos y si no nos da esos terrenos el gobierno, nos entregará otros, pero nos

resuelven el problema. Así se han solucionado ya varios casos. Usted sabe, hay que forzar las situaciones...

-Entiendo, entiendo...

-Y bien, ¿qué dice usted?

-Aceptado. ¿Con todos mis hombres?

-Con todos.

-¿Qué terreno vamos a invadir?

-Hoy por hoy nos permitirá usted invadir el suyo.

Ante el gesto fiero del hombre gordiflón, Margarito dijo:  
-No se alarme, sólo por esta noche. Mañana planearemos qué terrenos vamos a invadir y esto lo podremos hacer juntos.

-Pues bien...

-Estamos dentro de la ley, ¿sabe usted? Tenemos derecho a exigir garantías... la garantía de vivir.

Después de esta plática, los hombres se dirigieron a las cuevas y allí se acostaron vestidos, en busca de un merecido descanso.

-Simón...

-Diga usted...

-¿Qué le parece? Estamos aquí y sin la pelea consiguiente. Mañana invadiremos algunos terrenos. Hemos estado logrando algo, últimamente, contra toda esa cáfila de especuladores y de sinvergüenzas que no hacen más que explotar a los pobres... Ya verá usted.

-Margarito.

-¿Qué?

-Por más que la jirafa estira el cuello, nunca logra sobrepasar al elefante.

-¿Qué dice usted? Ah, de nuevo con sus malditas metáforas. Conque ¿no lograremos superar al elefante...? ¡Váyase usted al diablo!

La risa suave de Simón fué la única contestación al disgusto de Margarito.

Los dos hombres se quedaron callados. En la oscuridad se oían ruidos equívocos.

“La marejada,” como los hombres de las cuevas se autonombraban, se movía... En promiscuidad indescriptible, en solidaridad nunca igualada, hombres podridos antes de morir, atacados por el incurable mal de Lázaro; mujeres corroídas por la sífilis; desechos de la sociedad en arribada forzosa de la miseria hasta el mundo primitivo de las cuevas de arena, buscaban en el abrazo desesperado un olvido momentáneo...

El alcohol era consumido por todas las bocas, que bebían en la misma botella.

Margarito, con los ojos cerrados, seguía las palpitations del infierno.

No pudiendo remediarlo, dijo en voz baja:

-Simón... ¿Oye usted?

-Sí.

-¡La vida! ¡Es, a pesar de todo, la vida! Cómo salta, se desborda y aniquila a los hombres. Es un río, Simón, un río...

-¡Bueno!

-No conteste así. Además, no puedo dormir. ¿Y usted?

-¿Acaso me permiten tal cosa?

-Bah, también usted está nervioso.

-¿Quiere que salgamos?

-Qué miedo le tiene a su imaginación.

Salieron. A pleno campo respiraron el aire. Margarito sonrió.

-Nunca podré acostumbrarme a tales cosas.

-No tienen importancia.

-Era inevitable pensar... Se veían en la oscuridad... yo le aseguro que estaba viendo esa orgía asquerosa de sífilis y pus, devorándose unos a otros en besos de carroña. Hice mal en invitarlos. No podemos llevar a esta gente con nosotros. ¡Enfermos! Eso es lo que son. Lo contaminarían todo. Nuestra gente está pobre, pero no muerta, y ellos, Simón, éstos de aquí, están muertos... ¡Y apestan!

-¿No cree que lo mejor será irnos ahora? Porque, mire, ¿qué explicación les daremos mañana?

-Ninguna. Hay cosas que no tienen explicación. Es asqueroso pensar en ello. ¡Vamos!

Los dos hombres se prepararon para abandonar el lugar.

-Hay que llamar a los nuestros, dijo simón.

-Lance un pequeño silbido. Ellos entenderán.

Simón lanzó dos breves silvidos. A los pocos instantes los siete hombres que los habían acompañado se les reunieron.

De la cueva de arena salieron gritos agudos:

-¡Nos tienen asco!

La voz corrió. Se agigantaba, era semejante a un aullido frenético de protesta.

-¡Vamos! ¡Vamos a llenarlos de pus!

En la oscuridad, Margarito y sus hombres se estremecieron. Los enfermos del mal de Job se preparaban, con los puños en alto, amenazantes, a inocularles la enfermedad. No vacilarían en arañales el rostro, en hacerles beber en las mismas llagas el contagio inminente...

-Hay que detenerlos.

La voz áspera de Margarito, breve, fué una orden. Los hombres tomaron piedras y las arrojaron contra la cueva. Lanzaban los proyectiles en lo oscuro, a ciegas, tratando de atemorizar a la horda salvaje

Simón y Margarito al frente, ordenaron a los hombres tomar el camino, ganr terreno.

-¡Escapen!

En el silencio, el jadeo de la respiración se escuchaba ronco; el olor de muchos cuerpos era penetrante en el sudoroso desgaste del ejercicio. Nadie hacía comentarios.

De pronto se escuchó un ruido fuerte, igual en su potencia al trueno que anuncia la tempestad.

Simón levantó los ojos al cielo. No había nubes. Margarito, sonriendo, les dijo:

-Es un derrumbe en la mina.

-Tendremos que darles ayuda.

-¡Bah! ¡Ya es tarde!

En efecto, era tarde. Toneladas de arena habían caído, al derrumbarse, sobre el cuerpo de los hombres que hasta hacía poco se encontraban, muchos de ellos, dedicados aún a la orgía de la carne podrida, en un deseo de olvidar, buscando afanosamente en el abrazo efímero.

Después del estruendo, la arena, silenciosa, seguía cayendo, llenando el aire con su polvillo fino.

-Algunos podrían salvarse, dijo aún Simón, tratando de convencer a Margarito; pero éste, con tono seco y firme, sólo respondió:

-¿Para qué? Ya los muertos están sepultados.

ERA NECESARIO CONQUISTAR PROSELITOS. Para lograrlo, Margarito y sus hombres se dirigieron a unos corralones situados en San Pedro de los Pinos y en otras colonias. A estos sitios, según supieron, asistían clientes regulares que pagaban diez centavos diarios por el alquiler de un pedazo de suelo para dormir. Al lugar antes dicho llegaban con frecuencia los compradores de botellas y vestidos viejos, y, naturalmente, los pobres de solemnidad.

Margarito, Simón y sus compañeros llegaron al corralón, y lograron entrar en él sólo mediante el pago del precio que tenía el suelo en que iban a sentarse para conversar. Aquí aprendió Margarito que había tipos pintorescos y graciosos. Todos llevaban en la sangre la aventura y despreciaban en absoluto en concepto de propiedad. En el corralón de San Pedro de los Pinos las palabras redentoras no tenían mucho eco. Cada quien administraba su vida a su manera y aun cuando no había cuartos y las casas de unos y otros se encontraban sobre el suelo, nadie “invadía” los terrenos. Así, pues, las teorías de Margarito sonaban absurdas.

Allí conoció margarito a un hombre llamado Pilar. Este, según sus compañeros, se encontraba un poco chiflado, pero aun en su manera de sonreír se veía que era una persona con cierta conciencia de su propio valer.

Margarito quiso conocer la historia de este hombre, y por labios del aludido, que previamente tomó una botella de tequila, supo que había sido boticario en su pueblo y que hasta

hizo algunos estudios de famacia. Por este motivo, “por sus conocimientos,” era el curandero de los desamparados de El Gavilán, que así se llamaba el corralón, y todos acudían a sus saberes y entenderes para obtener remedio para sus males. Al interrogarle sobre este punto, Pilar contestó:

-Casi todo puedo curar, menos la falta de dinero.

-¿Y está seguro de que sus medicinas son las que los alivian?

-No, señor. Estoy en la misma situación de los médicos que son tan charlantes como yo. Lo cierto es que los enfermos se alivian porque su pobre cuerpo resiste cualquier cosa. ¡Ah, no sabe usted cuánto puede soportar un hombre! Se lo aseguro, he pasado por cosas indecibles. Lo que hago cada vez que veo a un compañero enfermo, es aplicarle determinadas dosis de esperanza. De esperanza, sí, señor. Porque las “medicinas” que les doy son siempre las mismas: yerbas cocidas y azúcar en pildoritas.

Era fama que Pilar se permitía el lujo de tener quien le aseara “su cuarto.” El ayudante era un muchacho también vagabundo que barría con ramas de árbol el pequeño pedazo de tierra donde Pilar (que casi siempre tenía a su lado una botella de tequila vacía, por haberse tomado el alcohol antes de acostarse) “capitalizaba” la mercancía diciéndole al jovenzuelo:

-Ey, tú, vende la botella.

-¿En cuánto, don Pilar?

-¡Tienes la manía de que te repita diariamente lo mismo! A cinco centavos, imbécil, ¿quién te pagará más?

Después de que el muchacho desempeñaba su cometido, Pilar tomaba las monedas y con gesto de gran señor entregaba al muchacho un centavo, que tal precio tenía su trabajo.

Una mañana el muchacho le entregó a Pilar un centavo, y le dijo: -Señor: no deseo sueldo, mejor quiero una propina. Mi trabajo no puede valer más de un centavo, y éste se lo obsequio a usted; pero me quedo con el cambio de los cinco centavos en que fué vendida la botella

Lo anterior hizo mucha gracia a Pilar, según dijo a Margarito, quien comentó: -El pilluelo irá lejos. Será, con el tiempo, un hombre, hábil, tal vez un político.

Simón también sonrió. Al mirar en distintas direcciones vió a varios hombres espulgándose, otros leyendo pedazos de periódicos viejos, los más, tirados al sol, con otro sentido de la independencia del que tenían los hombres de las colonias proletarias, pero también respetable. No era una simple pereza la que los obligaba a tumbarse al sol. La mayor parte de ellos tenía pequeños oficios, pero gustaban de trabajar poco y disfrutar plenamente de la vida. No deseaban ser esclavos del dinero, ni de la propiedad, ni de sí mismos.

Muchos de los hombres tenían familia; pero eran gente libre que no quería sujetarse al carácter de los hijos ni a las imposiciones de los yernos. Eran gente que a nadie tenían que dar cuenta de su vida.

Que formas tan diversas en su significado tienen los hombres tumbados cara al sol, pensó Margarito. Uno pasa por un camino y ve a una gente acostada o sentada a la luz del día... Y su sentido en este acto es completamente diferente en una y otra vez puede ser un campesino, cansado de las tareas, que dormita un poco; en las cuevas los hombres recostados significan otra cosa: la miseria y el hambre traducidos en pereza; en las colonias proletarias, la espera vigilante para contener los ataques de la

policía; aquí, en El Gavilán, la libertad de los pobres de cuerpo, pero no de espíritu.

-Tenemos entre nosotros algunos ejemplares raros, dijo Pilar; ¿quiere usted que se los presente?

-¡Cómo no!

-¡Ven! ¡Ven! -gritaba Pilar, poniéndose la mano sobre la boca, a manera de bocina, hasta que el aludido se acercó sonriendo con franqueza.

-Este es Rómulo, el Siete Vidas.

-Bonito nombre, dijo Simón.

-¿Es que tiene alma de gato? -preguntó Margarito.

-Pues poco menos: ha escapado de la muerte en forma milagrosa.

-¡Cómo!

-Sí, dijo Pilar, una vez le dieron el tiro de "gracia." ¿Quieren ver la cicatriz?

Como Margarito y Simón asintieran, Pilar dijo orgullosamente a Rómulo:

-¡Enséñala! ¡Enséñala!

Todos observaron con curiosidad cómo el hombre se levantaba la camisa y señalaba con el dedo las pequeñas cicatrices rojas que tenía en el cuerpo.

-Miren ustedes -dijo-, estos tiros me los dieron cuando "me fusilaron."

Su voz sonaba irónica. -Este tiro estaba a la altura del corazón, éste fué en el estómago, éste por poco me parte el hígado... y por último, aquí está el mero bueno: el que me hizo hablarle de tú a la muerte. Diciendo esto, inclinó hacia un lado la cabeza y mostró la sien izquierda.

-No sé -comentó- cómo semejantes cosas no me mataron.  
¡Ya de que no le toca a uno!

-¿Por qué lo llevaron a usted al paredón?

El hombre los miró sonriente, porque el que ha estado a punto de morir, tiene derecho a burlarse de todo.

-¡Pues por qué iba a ser! ¡Por andar de revolucionario!  
¡Tonterías!

-Cuenta, cuenta cómo te salvaste.

-Bah, no tiene importancia. Y, además estoy cansado de repetirlo.

Simón y Margarito, viendo que no tenían mucho que hacer en aquel sitio, se dispusieron a marcharse.

-Quédense un poco más, dijo Pilar, y tómense un traguito.  
¿Los hemos tratado mal en esta casa?

Margarito sonrió. ¡Su casa! ¿De dónde sacaban aquellos hombres que “eso” era su casa?

-Es increíble, contestó, que ustedes no quieran secundarnos en este asunto. Hasta me parece imposible.

-Pues no lo es tanto, respondió Pilar. Y no es por el peligro,  
¿Verdad, Rómulo?

-No. No. es por eso.

-Pues, ¿por qué?

-Mire, dijo Pilar, acomodándose sobre sus piernas cruzadas al estilo árabe, creemos que el tener propiedades causa muchos engorros y cuidados. ¿Para qué desean los hombres una casa? La mayor parte de nosotros estamos al final de la vida, ganamos nuestra propia subsistencia y vivimos libres y felices. Muchos llevamos aquí más de seis años y ya ni de la familia guardamos especial recuerdo. Ciertamente carecemos de cobijas, pero nadie se ha muerto aún de pulmonía. El dormir al aire libre y cara a

las estrellas es completamente higiénico. Algunos han muerto de viejos, y, claro está, a esos pobres les afectó mucho el frío; pero dicen que esta clase de muerte casi no se siente y entre morir de frío a morir de otra cosa...

Simón tenía una gran simpatía por esa gente vaga y libre, sin arraigo y sin venta de su yo. Pero en él había otra cosa: un deseo de caminar, de descubrir, de penetrar en la vida y en las gentes, sin quedarse en nada ni en nadie. No tenía, no podía tener esa conformidad magnífica que tal vez adquiría -él así lo esperaba- al llegar a la vejez.

-No es que les reprochemos el que se apropien de la tierra, dijo Rómulo, pero para nosotros la propiedad es sagrada. Aquí todos nos respetamos y cuando alguien se roba un objeto, le formamos un tribunal de honor; si no accede a entregar la prenda, la condenamos al exilio y todos vivimos a gusto; deseamos conservar nuestro terreno lleno de sol y lo demás no cuenta.

-Perdone usted -dijo Simón-, pero no es un robo...

Pilar interrumpió: -Yo creo que lo que ustedes hacen es noble, pero tal cosa deben emprenderla los que tienen familia. Nosotros ya estamos al final y vivimos felices. Aquí no hay más gente joven que mi criado y éste dudo mucho que los quiera seguir.

-¿Por qué lo supone usted?

-Porque pertenece a esa raza que es compañera de los canes callejeros y que ama la libertad. A esa raza de pequeñuelos del arroyo que duerme en las aceras y se cobija con periódicos.

-Ah, esos niños necesitan ayuda, dijo Margarito.

-Pues no lo crea usted, son libres y felices. Muchos de ellos ganan más dinero que sus padres. Varios venden periódicos,

otros piden limosna, pero usted no sabe cómo se mira la vida desde el punto de vista de la vagancia; como un sobrio no entenderá jamás por qué un hombre bebe hasta quedar inconsciente. Muchas gentes no saben que hay distintas clases de embriaguez, porque nunca han sentido ni la más elemental, que es la producida por el alcohol.

Simón pensó que el hombre tenía razón. ¡Ya lo creo! Había, en la actitud de vivir, cosas que constituyeran diferencias palpables; y el error era querer formar un patrón. Por eso todas las teorías fracasaban. Los hombres no asumen patrones, ni los siguen, ni los entienden, a veces los escuchan y se los aprenden de memoria; pero sólo es para romperlos.

-¿Otro tequilita?

Simón aceptó gustoso. Bebía rara vez, pero deseaba brindar ahora con aquellos hombres con los cuales se sentía identificado en muchos aspectos. Él amaba la belleza de la meditación, porque durante muchas horas se abandonó a la potencia de sus alas, y esto lo obligó a detener sus trabajos en el campo; a interrumpir sus labores en la ciudad.

Recordó: durante aquellas horas su pensamiento en lento fluir era como una gota cristalina que llenaba sus vasijas interiores de agua fresca que le quitaba muchas clases de sed. Indudablemente, se dijo, pocos hombres saben lo bueno que es meditar. Y él se extrañó en más de una ocasión, cuando escuchó a varias personas quejarse de la soledad, por qué él nunca se sentía ni solo ni cansado de vivir.

Rosa imaginó más de una vez que él estaba hastiado por refugiarse en el silencio en el que permanecía hundido durante horas; pero sus ancestros tampoco hablaron mucho y sin em-

bargo eran gente alegre y armoniosa que amaron profundamente a la vida y la bebieron despacio, paladeando su sentido.

-¿No desea usted escuchar las historias de todos nosotros? ¡Son divertidas! Tenemos aquí hasta a un loco -dijo Pilar-. Claro que es un loco inofensivo. Mire, es aquél.

Margarito y Simón volvieron la cabeza. La voz de Pilar continuó:

-¡Tiene ideas más raras! Colecciona mariposas, es propietario de cientos de mariposas. ¡Intente usted quitárselas! Las defiende porque dice que estos animalitos se encuentran en estado de gracia y merecen la canonización.

-¡Cómo!

-¡Ya lo creo! Y él, como ustedes suponen, es el supremo sacerdote que les concede semejante gracia.

“Saben -me ha dicho- no sé por qué la gente considera santos a los que escapan de la pudrición y, sin embargo, niega esta categoría a las mariposas y a otros bellos animalitos que, aun muertos, jamás son devorados por los gusanos. Cuando tal comenta, me enseña su colección de coleópteros.

“Fíjate en las alas, me dice, tienen la misma brillantez, el mismo fantástico colorido de siempre; parece que la mariposa no se hubiera muerto. Hay otro detalle: cuando las mariposas mueren, jamás pliegan las alas; siempre quedan así, con ellas extendidas, en la posición de un maravilloso y último vuelo. Estos animalitos han sobrepasado la realidad de la muerte al descubrir el secreto de la eterna belleza. No te quepa duda; las mariposas se encuentran en estado de gracia.

-En su locura, dijo Pilar, el hombre ha “santificado” las mariposas y las llama: Santa Mirtala, Santa Estrellópolis y otros

nombres raros. Con las mariposas él se ha formado su propio cielo.

Margarito y Simón contemplaron al poeta loco. Era un muchacho de porte distinguido.

Pilar, siguiendo la mirada de sus visitantes, dijo: -Se pasa el día de pie, en medio del corralón.

-¿Por qué causa?

-Ah, dijo Rómulo, es que, ¿sabes?, él es el “pararrayos del sol.”

Todos rieron, pero Simón, en vez de reír, pensó que aquel pobre loco tenía un gran sentido de la vida: porque el día que todos y cada uno de los hombres fueran depositarios de la energía solar para asumir su fuerza, las cosas tendrían mayor profundidad y la existencia se tornaría luminosa. Luego dijo en voz alta: Es razonable que se ame al sol y a las mariposas. Aquél es el corazón del mundo, las alas de las mariposas son iguales a los párpados de las mujeres...

DESPUES DE TRES DIAS DE AUSENCIA, Margarito y sus gentes regresaron a la Colonia Garza. Aquí la vida seguía su mismo ritmo, es decir: construfan, trabajaban, pero esta vez sobre bases firmes; pronto les entregarían sus títulos de propiedad. El gesto de Simón al quemar las pocilgas, fructicaba en casas mejores.

Simón fué al establo donde Rosa impartía clases a los niños. Conversaron a media voz, por breves instantes. Después de las clases, Rosa se encontró con Simón y sus manos se estrecharon.

-Simón... Siempre comenzaba sus frases así, repitiendo su nombre una y otra vez, como algo sólido que la ataba a él.

-Hay que hacer algo. No podemos seguir así.

-¿Por qué no hacen un censo?

-¿De qué serviría el censo, Rosa? Las gentes sin casa son tantas como las gotas de lluvia en primavera.

-Todos queremos un hogar. Simón...

-Habla.

-¿No deseardas tú que nosotros tuviéramos un hogar?

-Te tengo a ti. Tú significas mi hogar.

-Pero, una casa... algo que sea nuestro... -Luego, en tono decidido: Debemos luchar para obtenerlo.

-Los hombres defienden las piedras del camino pero no cuidan de sus árboles... Sin embargo, las flores silvestres adornan los campos.

-Yo quiero una casa. Si no es por una casa, ¿por qué te encuentras entre nosotros? Y si antes no deseabas u hogar,

ahora ya no estás sólo, somos dos, y después vendrán nuestros hijos; debemos tener una casa para ellos.

-Son muchos los frutos del árbol y no es más que un solo árbol el que los produce. Las ramas tienen razón de agitarse si las mece el viento; pero si los troncos se agitaran, Rosa, el árbol se vendría al suelo, ¿no lo crees?

Viendo que él intentaba encender su cigarro, Rosa le quitó los cerillos y le acercó el fuego.

-Tienes los ojos húmedos, Rosa.

-Es el humo de tu cigarro. El humo y que a veces me desconciertas. ¿Por qué te encuentras entre nosotros?

-¿Y por qué no me habría de encontrar?

-Pero, ¿qué finalidades persigues?

El sonrió, siempre lo hacía cuando ella luchaba consigo misma y entraba en callejones sin salida ante cuya pared final Simón volvía la espalda y regresaba sobre sus pasos. ¡Ah! Para él los callejones sin salida no significaban el muro de las lamentaciones. Mirándola con unos ojos serenos y casi compasivos, dijo:

-Las finalidades nunca serán personales, Rosa. -Luego de un segundo de silencio, le acarició la mejilla y le comunicó en secreto: -Voy a pintarte una sillita que estoy haciendo para ti; desde hace tiempo noto que estás cansada y ya es justo que te sientes un poco; el estar de pie no siempre queda bien a las mujeres.

Ella lo contempló. Se encontraba irritada pero no quería molestarlo. No ignoraba que sus lágrimas, su disgusto y sus palabras, chocarían contra Simón, pero no le pasaban de la superficie, de la epidermis; y ella se encontraba llena de estupor ante la ignorancia de sus profundidades.

Simón caminó hacia el establo y de lugares que constituían su escondite, sacó una silla de ocote blanco. Luego echó mano de la pintura y se dedicó a la decoración: flores rojas, pájaros azules, figuras caprichosas. Pintaba y pintaba sin levantar los ojos de su trabajo, mientras Rosa, a su lado, lo contemplaba en silencio.

-Nunca he sabido -dijo ella después de un largo rato-, por qué ustedes gastan tanto tiempo en decorar las cosas. Ya no trabajos más.

-Esto para mí no es un trabajo. ¡La silla será tan bonita de ver!

-La has hecho para que me sienté con ella, no para mirarla, ¿no es cierto?

-También para “mirarla.” ¿No te gusta?

-Sí; es muy hermosa.

-Siéntate en ella. Pero, contemplémosla primero.

Simón se sentó en cuclillas y encendió nuevamente su cigarro. No la invitó a que se sentara a su lado. Rosa permanecía de pie, mirándolo con ojos curiosos.

Ahora sabía por qué los indios después de hacer una silla no la utilizaban. La decoración era una fiesta para los ojos. El sentido de la estética estaba por encima del sentido de la comodidad. Después de unos minutos, le dijo con tono a la vez cariñoso y autoritario, tan peculiar en él.

-Siéntate.

Pero Rosa comprendió que no pensaba en si la silla era buena o cómoda: soñaba despierto qué calidades de flor y de pájaro tenía ella al apoyar su cabeza en el respaldo y al acariciar sus manos blancas el tejido delicado del asiento.

Los ojos de Simón, entrecerrados, la seguían en su figura y en su línea. Y él gozaba como nunca de que su belleza fuera un motivo más de la decoración de la silla.

-Rosa... ¿quieres que vayamos a una fiesta?

-Ella lo miró sorprendida. Era la primera vez que Simón deseaba divertirse.

-¿Y se puede preguntar dónde es la fiesta? -Aquí cerca, muy cerca... en Los Remedios.

Ella no conocía ese pueblo, tampoco sabía dónde quedaba; pero contestó sencillamente:

-¡Vamos!

Simón la ayudó a ponerse de pie. Tenía ahora ese gesto tierno y seguro, tímido y fuerte que la conmovía siempre que la tomaba del brazo con una semicaricia presta a retirarse. Simón la trataba a ella en la misma forma que a las mariposas: cuidando de que no se le cayera jamás el polvo de las alas.

-¿Quieres que invitemos a Margarito?

-Preferiría que fuéramos nosotros dos, solos...

-Está bien, Simón...

Ya casi había anochecido. Las estrellas iniciaban su ascensión brillante. Todo el paisaje era desolado. Pero a medida que se avanzaba en el camino, la gente, en grandes grupos, iba poblando el valle. Los azules de distintos tonos y los árboles que pertenecían a la familia de los pinos, lucían la opulencia de sus ramazones con igual categoría ondeante que las faldas de las mujeres que cruzaban las distancias.

¿De dónde había salido tanta gente? ¿De dónde venía toda aquella multitud silenciosa vestida de brillantes colores, con la sola preocupación de asistir a la fiesta?

La vestimenta blanca de los hombres que lucían los sarapes sobre el pecho y la espalda; los niños con sus fajas de color rojo y sus pequeñas huaripas besándoles la frente; los ropajes femeninos con categoría de ala y el rebozo lleno de ondulaciones semejantes a las de los cerros, ponía en las cosas una suavidad de mundo primitivo; de rfo humano cuya corriente besaba las piedras y la tierra y el polvo de las estrellas que se despedazaban en los ojos de todos aquellos seres encendidos por el entusiasmo de la dicha de vivir.

Caminaban conscientes de su rito. Sobraban las palabras, pero cómo se aristocratizaba el gesto! No importaba la prisa, pero sí la distancia que era indispensable cruzar. Y sus pies, con sentido verdadero de la tierra que tenían el mismo color de sus dedos descalzos, de las plantas endurecidas al batir el polvo, lo cruzaban en forma ligera, sin apoyar completamente el pie; cruzaban la tierra con el cuerpo hacia adelante, un poco hacia adelante, hendiendo el aire y bebiéndose el perfume de los campos; cruzaban la tierra... y a ella pertenecían. Eran hombres de barro. Hombres que olían a humo... Hombres que estaban aquí y allá, conscientes de su destino: no hechos de carne, sino convertidos en “copal” y llevados hasta lo infinito en su espiritualidad de incienso.

Simón caminaba también como ellos. Rosa le seguía, no pudiendo igualar el paso; era sorprendente contemplar cómo aquel cuerpo duro y nervioso de Simón era capaz de semejante actividad sin dar sensación exacta de ella. ¡Parecía que caminaba tan calmo!

Miles de gentes iban en peregrinación hacia la fiesta. Miles. ¡Qué ansiedad de vida! ¡Qué capacidad de alegría! ¡Qué consciencia absoluta de que las distancias poco importan si al

final de la jornada se ofrece ante los ojos la estética pura del placer perseguido en el color!

Todos caminaban en orden. Era un ejército en lucha contra el cansancio y el tedio y todos llegarían a Los Remedios hacia el amanecer.

Durante la noche, la luna besó los cuerpos y las sombras se alargaron. Los árboles adquirieron nueva forma y el cansancio hizo que muchos de los hombres, de las mujeres, de los niños, durmieran sentados debajo de un árbol, sin recostar el cuerpo totalmente, sino prestándole el necesario apoyo que requiere un ligero estacionamiento. Luego continuaron, lavándose los ojos con la luz de la luna y soñando despiertos, como sonámbulos, perdidos en su dicha perseguida desde hacía tanto tiempo; perdidos y encontrados siempre en sí mismos; conscientes de la meta alcanzada porque eran hombres sin ambición, sin perversidades, sin deseos de invadir los derechos de otros seres; por esta consciencia, no preguntaban a nadie si estaba cansado o si quería descansar; no preguntaban, no comentaban... Callados y solemnes, con la belleza de su alegría silenciosa, llegaron a Los Remedios. Ya allí sus ojos se abrieron en asombro. Los danzantes con sus plumas de vivos colores, sus espejos relampagueantes, los vestidos en que se desgajaba el arco iris al compás de sus danzas ancestrales, hacían que ondearan en cada movimiento de cabeza los penachos ardientes a la luz del sol. Danzantes de diferentes lugares se habían congregado para festejar aquella orgía de color. El pretexto era religioso: el día de la Virgen de los Remedios.

El río humano se detuvo en la gran explanada, en el atrio de la iglesia, desde donde se dominaba el valle envuelto en la luz del sol. Con los hombres, con las mujeres, con los niños,

llegaban los vendedores ambulantes con la loza del lugar; con las frutas de los contornos; con la impaciencia y la paciencia de siempre...

Simón y Rosa entraron en la iglesia. Esta se encontraba iluminada por miles de luces, adornada con flores blancas y gasas de color azul pálido. El olor del incienso perfumaba el ambiente.

Afuera, la algarabía de la música rítmica y monótona, segura como el palpitar de las venas, agigantaba los pasos de la danza.

En medio del patio se levantaban las figuras hechas de madera y de papel de china semejando animales, palomas y pájaros.

La multitud, cansada de su larga caminata, se sentó blandamente sobre el suelo, Eran como el río que desemboca en el mar y allí se pierde.

Nadie hablaba en voz alta. Todos contemplaban en silencio a los danzantes, los juegos de pirotecnia que serían encendidos en el momento oportuno, los cirios pálidos de la iglesia, la luz...

Simón invitó a Rosa a sentarse, esta vez como él, sobre el suelo. Luego consiguió una poca de comida para ambos. Ella lo miraba en silencio. Amaba los instantes en que nada podía apartarlos. Habían sido pocos, pero tan inolvidables, que de ofrecerle las más grandes felicidades a cambio de esta humilde y recién nacida dicha, las hubiera rechazado sin vacilar. Algunos de los hombres lanzaban al aire globos de brillantes colores que se perdían en la distancia desafiando el valle con sus tonos verdes, azules, rojos... Los globos, al quemarse, dejaban escapar las palomas que cruzaban los aires como nuevas estrellas.

Al fin llegó la hora de encender los fuegos artificiales. La multitud, formando un círculo alrededor del gran monumento, esperaba, llena de impaciencia expectante.

La rueda gigantesca empezó a dar vueltas hasta adquirir un giro rápido y fué en este momento cuando la primera luz se desgajó, cegando con su luminosidad los ojos de todos. Luego fueron cientos de luces más. Eran rosas deshojadas, abiertas en mil pétalos de colores brillantes e inigualables, arrojadas a los cuatro vientos.

Colores y más colores, confundidos con el rojo ardiente de los plumajes de los danzantes, con los listones de papel que enjoyaban el patio, con el sol del valle, con las colinas azules, con el cielo claro...

Y Rosa volvió a comprender, oprimiendo emocionada el brazo de Simón. Allí estaba él, su amado, envuelto en la estética pura, desarrollando en ella su sensualidad; esclavo de su gusto por la luz, por el color, por la belleza de la forma y de la línea.

Para los indios, se dijo, para toda nuestra gente del pueblo, es indispensable ver, ver antes que nada. Después, sentir. Pero ver es la parte básica de su sensualidad. Nunca podrán amar lo feo.

Pensó que aquellas gentes habían gastado todas sus economías de un año para contribuir al pago de los fuegos artificiales, a los adornos del patio, a la música de los danzantes... ¡pero no les importaba! Los sacrificios de trescientos sesenta y cinco días eran muy poco, no valían lo que unas horas de orgía de color, de luz, de alegría. Si a eso dedicaban los dineros de un año, ya se explicaba por qué causas podían caminar durante una noche para asistir en peregrinación casi mística a esta apoteosis de belleza.

Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Ahora entendía los pies descalzos y los trajes destrozados; las caminatas con rutas fijas y las flores que temblaban su ternura en la cabeza de los animales o quienes los hombres hacían participar de esta orgía inenarrable.

Todos estaban allí, humildes y desnudos en su humanidad; puros como acabados de nacer; buenos y sencillos, frugales y solemnes...

Pero después del mediodía, el tequila corrió a raudales. Era el fuego que quemaba las gargantas dejándolas sin palabras.

Rosa quiso regresar. Su cuerpo blanco y delgado no estaba hecho para las largas caminatas, para permanecer tres noches y tres días gozando de la fiesta, del color...

Simón admitió de mala gana. Silencioso y hosco, consiguió un burro para que la llevara a cuestras. Sus ojos se perdían en la distancia. Ella le miraba las espaldas anchas, no atléticas, sino firmes y magras.

-Camina más cerca de mí, Simón.

El acertó el paso. La miró con ternura. Siempre lo hacía así cuando su voz le besaba los oídos.

-¿Estas cansada? ¿Quieres recostarte un poco? La ayudó a descender y le puso el sarape debajo del cuerpo para que se encontrara más a gusto. Se sentó a su lado. Inmóvil y oscuro, y sin embargo cerca de ella en espíritu y en presencia, todo él entregado a la delicia del campo y del cuerpo de ella, tan amado.

-¿Cuánto tiempo permanecerás con nosotros, Simón?

-Uno no puede marcarle al tiempo compases de un ritmo que ignora.

-Me inquieta a veces el que te puedas marchar, y tú lo harás un día o el otro... Por eso no quieres una casa, ¿no es verdad?

-¿Y crees que una casa podría retenerme? ¡Una casa!

Rosa calló. Nada podría retenerlo. El no se sentía extraño ante ninguna cosa; era un hombre para todas partes; un hombre sin fronteras, y, por lo mismo, ignoraba las que existían en el mundo.

-¿Qué opinas de Margarito?

-No sé... Casi nunca escucho lo que dice.

-Pero, podrías opinar.

-Lo que yo pienso no es importante para lo que él hace.

-¿Por qué no pedimos plazas de maestros rurales? Quiero estar entre los tuyos, conocerlos.

-Aunque la rosa retrate su imagen en el lago, no lo transforma en jardín.

-Dime sí o no.

-Es difícil aprobar o negar, cuando las rutas de los hombres no las trazan sus pies.

-Yo quiero ir...

-Bien, los deseos siempre lo llevan a uno lejos. Lo malo es que cuando el hombre empieza a desear con exceso es como cuando saca tierra de un pozo; al llenarlo con los deseos cumplidos, siempre le sobra espacio y le falta tierra.

-Tal vez tengas razón. Pero de todos modos, quiero ir. Simón, debemos vivir más tiempo juntos, no deseo separarme de ti. Sólo mezclando nuestra sangre, nuestro sudor y nuestras lágrimas, podremos pertenecer realmente el uno al otro, ¿no lo crees?

-Yo creo todo lo que tú me dices, porque dudarlo sería como negar la luz y tus palabras son para mí motivo de alegría. El

sonido de tu voz es melodioso aunque a veces tus palabras no tengan sentido.

-¡Ten paciencia!

El la miró largamente a los ojos. Luego, despacio, le acarició los cabellos.

-Háblame, dime algo, Simón.

-La voz no significa mucho junto al sentimiento.

-¿Harás lo que te pido?

-Tus deseos son persistentes, mujer mía y casi siempre pequeños y fáciles de complacer.

-¿Entonces, iremos? Dime: ¿Cuándo partimos?

-Si tú lo has decidido todo, ¿a qué preguntarme nada a mí?

¡DIOS! ¡ES BELLA LA VIDA! Esta convicción tenía Rosa aquella mañana en que se dedicó a la tarea de enseñar a leer a muchos niños. Las venas le palpitaban y cada gota de su sangre era como soldado en el ejército de su alegría. ¡Qué milagro existir! Un milagro nunca bien ponderado ni sentido. Sus ojos y sus dedos, las pequeñas partículas de diferentes partes de su cuerpo lleno de materia viva y la ternura de la naturaleza tan bien representada en los árboles, las flores, los niños...

No le pesaba su tarea; nunca le había pesado. Su campaña educativa se extendía de una colonia a la otra, incansablemente, porque eran miles los hombres necesitados de pan; pero también eran innumerables los niños con urgencia de aprender.

¡El pueblo! Allí estaba: en las caritas sucias de los pequeños, en sus encías pálidas, en sus ojos melancólicos. ¡Qué cantidad de sapiencia desesperada daba la miseria! ¡Y qué ansiedad! Todos aquellos niños tenían la rebeldía de las fieras perseguidas.

En los bolsillos de sus pantaloncitos sólo llevaban juguetes inventados por ellos mismos: corcholatas sucias, pedazos de hilo, animales muertos.

Margarito llegó trayendo una noticia que conmovió a la comunidad: El Secretario de Educación Pública iba a visitar la colonia para darse cuenta de los problemas del sector escolar.

¡Qué noticia! ¡La vida era bella! Ahora, se dijo Rosa, con la visita del ministro se solucionarán muchas necesidades.

Con rapidez increíble la maestra preparó a los niños. Deseaba que aparecieran limpios; humildes limpios. Ayudada por los mayores, empezó a lavar los rostros de los más pequeños. La operación se efectuó en forma simple: colocaron en medio del establo una cubeta con agua y allí mismo las manos ágiles de Rosa sepultaban la carita en olas de jabón que se metían en las orejas; corrían en hilos delgados por el cuello; se extendían por la cara y, por último, dejaban el rostro reluciente.

Pronto se terminó la tarea. Los niños, si no muy limpios de sus ropas, tenían ahora, después de lavados, un rostro distinto; sin embargo, la limpieza de las caritas y de las manos contrastaba dolorosamente con las ropas hechas jirones, entre las que asomaba la carne morena que se entallaba a los huesos. ¡Qué pobres eran todos! Pobres en su deseo, en su esperanza, en su inercia por hambre.

Al mediodía la colonia se estremeció: el ministro de Educación había llegado. El coche reluciente del que descendió fué dejado frente al panteón. Seguían al ministro un grupo de gentes. El iba a la cabeza, sonriendo con placidez y comprensión; era un hombre bueno y amaba a su pueblo. Su mano cariñosa se posó en la cabeza de los niños y sus ojos, empañados por el dolor de su gente, destilaban tristeza. ¿Era un apóstol? No. Era un hombre; un hombre dispuesto, con las disposiciones auténticas que da la hombría, a cumplir con su deber; era un hombre como Margarito, como Simón, como tantos otros encadenados por su deseo de superación y por el ansia de servir a la colectividad.

Llegó á la escuela. Rosa lo esperaba de pie, a la puerta del establo. Los ojos del ministro brillaron humedecidos.

-Mucho gusto en conocerla. Los colonos ya me hablaron de usted. La felicito por su labor.

Miró el establo, los adobes que servían de asiento, los niños, la pared pintada de negro, pared que hacía las veces de pizarrón ya un poco desteñida en distintos lugares.

Rosa seguía las miradas del ministro. Sabía lo que estaba haciendo en todo el país. ¡Pero el problema era tan enorme! ¡Faltaba tanto dinero para solucionarlo! Y mientras, en forma viva, allí seguía la realidad: la mayor parte de los hombres, de las mujeres, de los niños no sabían leer ni escribir. Era necesario enseñarlos; por eso el ministro hizo un llamado a los voluntarios, que fueron muchos; muchos fueron los hombres de buena voluntad que deseaban enseñar gratuitamente a leer al que no sabía. El problema escolar tardaría años en solucionarse. Mientras tanto, el espíritu obligaba a continuar una lucha útil.

-Le hace falta a usted un edificio escolar.

-Sí, señor. Hacen falta en muchas colonias. La población aumenta, las colonias pobres se multiplican. Se construye una escuela en un sitio, pero se necesitan en cientos de lugares.

Los labios del ministro temblaron. Sobraban las palabras. No se podía hacer literatura ante problemas inminentes.

-Dígame, ¿qué cosa desea? No habla el funcionario, habla el hombre. Quisiera premiar la labor que gratuitamente ha desarrollado durante años. Reconozco el idealismo de gentes como usted.

-¡Ah, señor, si pudiera pedirle algo!

-Pues, dígalo. Los ojos del ministro sonrieron.

-Quisiera lápices, cuadernos, gises para los niños, desayunos escolares. ¡Si supiera cuántos chicos se desmayan por la falta de alimentos!

Bien. Ese es mi deber, proporcionarle los medios para el cumplimiento de la enseñanza. Conmigo traigo todo lo que me pide. Ese ha sido el objeto de mis recorridos, no sólo aquí, sino en la República; pero, dígame, ¿qué desea usted?

Rosa lo miró con estupor. Jamás se le había ocurrido pensar en algo para sí misma.

-¿Qué desea? -repitió el ministro ansiosamente. Los niños contemplaban la escena con curiosidad. Todos levantaban la cabeza para mirar a su maestra. Algunos de los vecinos rodeaban al ministro y a Rosa y estaban pendientes de sus palabras.

Rosa se ruborizó. No era de su agrado aquella contemplación de niños, de mujeres y de hombres que estaban oyendo la conversación.

Bajó los ojos y se miró los pies. Sus manos, temblorosas acariciaron a un niño que se encontraba cerca de ella. Luego, levantando los párpados, fijó sus ojos directamente en los del funcionario, francos, leales, y dijo, en voz muy baja:

-¿Puedo hablarle a solas?

El ministro se apartó del grupo. ¿Qué iría a pedirle aquella maestra? Probablemente un puesto; alguna gratificación por haber servido, sin cobrar, durante más de dos años, enseñando a leer a los niños de las colonias proletarias. Y él estaba en la mejor disposición de entregarle, de su propio dinero, una cantidad que la compensara en algo por su esfuerzo; maestras como ella merecían un puesto de categoría, eso era cierto; se hallaba, pues, inclinado a colocarla en un sitio en que sus

conocimientos fueran remunerados; dos años de servicio gratuito eran más que suficientes para calificar el espíritu humano de una gente. Lleno de curiosidad y del deseo de servir, el Ministro esperaba la palabra de Rosa.

Ella miró a su alrededor. Ya no podía escucharlos nadie. Habló:

-Señor ministro: me daba pena hablar delante de los vecinos por temor de avergonzarlos. ¡Són tan pobres! ¿De verdad puedo pedirle a usted algo?

-Diga...

-Pues, verá: al iniciarse las clases, algunos vecinos proporcionaron pintura negra y dos o tres de ellos me ayudaron a pintar el muro que sirve de pizarrón; pero resulta que el establo está expuesto al viento, a la lluvia... La pintura no duró mucho y ya ve usted, ahora la pared muestra un aspecto lamentable. Yo quisiera... Si no es mucho pedir... Que me proporcionara pizarras para los niños, porque les economizarían cuadernos que no pueden comprar.

“Deseo también que, dadas las circunstancias, en vez de pintura para la pared, me obsequie un pizarrón grande, hermoso, donde los niños aprendan sus lecciones. Este pizarrón podemos guardarlo y protegerlo, durante la noche, en sitio seguro.

El ministro la miró asombrado. Tanta bondad, tanto desinterés, lo emocionaban. Sus manos temblorosas cogieron un pañuelo con el que se limpió el rostro. ¿Lo había afectado el calor? ¡No! Es que estaba a punto de llorar. ¡Y él deseaba tanto ocultar su emoción!

En aquel instante el ministro tenía los mismos pudores de Rosa: no deseaba que los vecinos se avergonzaran de pedir

inútilmente la solución a los problemas; tampoco podía escapar él, el ministro, a la vergüenza de no tener millones, suyos o del Gobierno, para costear la educación de México. ¡La miseria de todos era tan evidente! Pero, ¿era una vergüenza la miseria? Había otras clases de miseria que la gente soportaba sin cansancio: el egoísmo, la mentira, la mezquindad la pequeñez... Pero allí, en los barrios, donde la gente luchaba a diario con la pobreza, el egoísmo se aminoraba; la mentira no existía; la mezquindad era una palabra ajena al conocimiento. Nadie era pequeño; todos eran grandes: grandes en su desnuda soledad, en su cuerpo curtido por los vientos, en sus lágrimas bebidas interiormente; en su estómago vacío y en su derecho de pensar y de sentir con más anhelo que los que tenían el estómago lleno.

-¿Puede usted proporcionarme el pizarrón y las pizarras?

-Le repito, señorita maestra, que es mi deber entregarle, hasta donde me sea posible, los medios para que trabaje. Pero, dígame algo que usted quiera, que necesite, que personalmente le sirva.

Rosa se quedó pensativa. Los dos temblaban en su ternura. Miró al ministro:

-¿Algo que necesite yo? -Su voz sonaba un poco en asombro.

-Sí, que necesite con urgencia, o que ardientemente desee.

El anhelaba que ella pidiese cualquier cosa. Conmovido, abrumado por la generosidad de aquella joven maestra que había padecido durante dos años, que había enseñado a leer, sin esperanzas de remuneración ni en metálico ni en lo moral, a cientos de niños en las colonias proletarias, él quería escuchar su petición y cumplirla.

Rosa permanecía pensativa. Su falda, su blusa, toda ella respiraba humildad. Humildad, desprendimiento, modestia.

-Le advierto, dijo el ministro, que lo que le voy a dar no tiene que ver con mi cargo. Soy yo el que, amistosamente, desea servirla.

-¡Ah, sería tanto pedir!

El ministro sonrió. ¿Qué iría a solicitar aquella maestra? Sus ojos la abarcaron: era joven y hermosa. Probablemente deseaba unas vacaciones bien merecidas, una comisión en el extranjero, algún puesto técnico. Era una maestra normalista cuya cultura, cuyos años de estudio y de trabajo merecían indudablemente el estímulo.

Lejos, se escuchaban las risas de los niños, el ladrido de los perros, la actividad febril de los hombres... De pronto, como si le faltara el aliento, Rosa dijo:

-¿Cuándo nos construye usted la escuela?

-Ah, no es eso lo que deseo que me pida. La escuela se construirá este año. Ya está incluida esta colonia en el programa de edificaciones que se está llevando a efecto. ¡Pídame otra cosa; una cosa para usted!

-Pues verá, señor ministro... Tengo que resolver urgentemente un problema, un problema muy serio para mí.

-Ya le digo que puede contar con mi ayuda, no como funcionario, sino como amigo.

Dulcemente, Rosa extendió su petición:

-Todos los días tropiezo con este problema...

-¿Es algo que la afecta a usted?

-¡Mucho! ¿No le molestará lo que voy a pedirle?

-No. Ya le dije que no. Me complace que existan gentes como usted. ¿Qué es lo que quiere?

Rosa, agitadamente, tomó aliento:

-Deseo que me obsequie un pedazo de riel.

-¿Del riel?

-Sí, señor. De riel. Me es muy necesario

-Perdone, pero si no fuera indiscreción, me atrevería a preguntarle: ¿para qué necesita el riel? Si le hiciera falta varilla en razonable cantidad para construir una casa...

-No, señor. No tengo casa que construir. Sólo necesito un pedazo de riel.

-¿Y... Se puede saber para qué?

-Todos los días debo llamar a los niños a clase. Como hacer una campana cuesta algún dinero y los vecinos no lo tienen y pedírsela a usted sería algo excesivo, puedo sustituir la campana con un pedazo de riel que me servirá para llamarlos a clase. Así todos llegarán a tiempo...

El ministro la contempló en silencio. Su garganta se negó a externar ninguna palabra. Su voz, muda, empequeñecida, se le agigantaba por dentro, conmovida el alma por esta generosidad, esta falta de egoísmo en la humilde muestra de escuela que pedía, cuando le estaban ofreciendo cosas para ella, algo que pudiera ser útil para los demás...

EL REPARTO DE TITULOS se iba a efectuar. Títulos de propiedad: sueño dorado de los hombres que buscan un hogar para ser felices. Simón entrecerró los ojos. Aquello significaba que había que marcharse, tal como lo decía Rosa.

Aunque el trabajo había terminado, era necesario emigrar. Extendió sus ojos por la tierra: el horizonte se encontraba limitado por casas lujosas. Era el principio de una época nueva. La gente, sin embargo, tenía tanto miedo de vivir, de la vejez, de la enfermedad, que empleaba la mayor parte de las veces su dinero en casas. ¡Casas! Eran la obsesión del hombre con alma de caracol; pero él no la deseaba, la felicidad no dependía de esto. Al menos, su felicidad.

Siempre llevaba por dentro, en su esencia de hombre libre, el paraíso jamás perdido. Sintió sus ojos ágiles abarcarlo todo con indiferencia, sin que el peso de los párpados le impidiera el vuelo. Se encontraba abierto, como ala. Tenía alas.

Cerca de él, los rumores crecían: “Se entregarán los títulos.” Se construirán casas para trabajadores por cuenta del Gobierno. “Al fin, decían, tendremos cuatro paredes nuestras.”

El escuchaba. Los gritos de júbilo de los “propietarios” caían sobre sus oídos como las olas sobre la playa. Poco a poco salió de su indiferencia y se alegró con la alegría de los demás. ¡Pobres! ¡Eran tan pobres! Podían, por eso mismo, permitirse el lujo de soñar despiertos.

Simón pensó en los hogares del mundo en donde los hombres albergaban su inquietud, su deseo y su pequeña ansia

de posesión; pero el hombre verdaderamente feliz no tenía camisa, ni ataduras, ni deseo de posesión.

Su alma cantaba. ¡Este era el fin! Nuevamente estaba en marcha y por anticipado rompía las amarras. Era indispensable cumplir la misión de lucha en otra parte, allí donde hubiera más necesidad de amor. Se dijo: “Alguna vez mi planta se posará en una tierra en que mis pies tengan calidad de raíces? ¿Este impulso de caminar es sólo mío?” Recordó que sus antepasados vivían pegados a la tierra y que nada más peregrinaban para ir al pueblo el día de mercado o a una fiesta. ¿De dónde, pues, le nacía aquel deseo sin ligaduras? Más allá, para él, siempre más allá, existía la tierra; pero no la sentía extraña ni lejana ni limitada a lo que abarcaba su visita, ni tampoco deseaba reducirla al terreno que pisaban sus pies. ¡Cuántas veces en las noches de luna su cuerpo desnudo se tendió a pleno campo, libre, sin la prisión de un hogar! ¡Cara al cielo! Fundido todo él en la dulzura de la noche...

Respiró con satisfacción. Sus ojos se posaron en los hombres gozosos de la colonia, hombres que andaban y desandaban el camino con la premura de organizar el acto de la entrega de títulos.

La música llegó y en unión de ésta, cirqueros ambulantes con sus perritos amaestrados y el hombre maravilloso y fantástico que “comía” fuego.

Daniel, el propietario de los perros amaestrados, era amigo de todos los niños de la colonia. Viejo amigo. Y sus animales, tan conocidos como su dueño, hacían la delicia de los grandes y los pequeños habitantes de aquellos sitios en que reinaba el hambre.

Las gentes de otras colonias empezaron a llegar. Eran habitantes de barrios tan pobres, que durante las épocas de lluvia, para atravesar los caminos, tenían que hundir las piernas en el lodo y vivir, como los cerdos, chapoteando en él. Algunos de los colonos habían hecho casas de lámina y piedras, apenas si con el suficiente espacio y altura para dejarlos salir a la luz del sol, cruzando de rodillas el umbral; pero por encima de la desesperanza, los hombres deseaban un hogar, cuatro paredes para que éstas aprisionaran sus deseos y los enseñaran a morir antes de tiempo en una anticipada sepultura.

Cuántas veces Simón, al verlos salir de las cuevas-jacales que volvían a los hombres a épocas primitivas, pensaba: “¡Allí están con sus sueños enterrados en vida!”

Largos años de miseria, de lucha, tenían unidos a todos. Pero Simón se decía: “Aquí y en el campo se pelea por un pedazo de tierra, pero no se tiene la tierra; porque la tierra es algo más que unos metros cuadrados que se obtienen en propiedad.”

Y como rasgón que le rompiera el cerebro y la voluntad, se abrió paso el descontento que ya sufría desde tiempo atrás, y se dijo: “Hay que luchar por otra cosa: porque los hombres tengan alas y no cadenas en las plantas de los pies ni pequeñez en el deseo.”

Los títulos empezaron a ser repartidos. Los representantes del Gobierno entregaban a los habitantes de la Colina Garza pedazos de papel en los que se les acreditaba propietarios. Con esto, el problema llegaba a su fin.

Ya, en otras partes de la ciudad, se había hecho lo mismo, pero se advirtió: no más invasiones. El gobierno lo arreglaría todo, legalmente, tomando en cuenta las necesidades sociales.

Simón, con los ojos cerrados, escuchaba las palabras. No significaban mucho para él, porque él amaba toda la tierra y los hombres

Simón, con los ojos cerrados, escuchaba las palabras. No significaban mucho para él, porque él amaba toda la tierra y los hombres y jamás se sentiría extraño en ningún sitio; pero a cualquier parte que fuera sus alas tropezarían contra las murallas del deseo de posesión y su vuelo sería cortado, como el de un pájaro ciego. Y él estaba desnudo por dentro. desnudo en su melancolía, sin harapos y sin temores, bellamente desnudo, como el hombre primitivo que tenía su verdadero paraíso terrenal, el paraíso sin limitaciones y sin posibilidades de expulsión. Simón mantenía su fervor ardiente y la pasión de ser le consumió hasta hincarle hondo la convicción de que sólo la muerte podría detener su impaciencia.

Después del reparto de títulos comenzó la fiesta. El payaso y los perros amaestrados se movían en diversas direcciones, luciendo sus vestidos de colores brillantes. Daniel, con el aro en la mano hacía brincar grotescamente a los perros. La faldilla roja que adornaba el cuerpo de los animales, cintilaba como una argolla de fuego.

¡Curioso! Así vió de pronto Simón a muchos hombres: saltando por un arco reducido. ¡Curioso! Cómo se parecían estos perros (en que el mestizaje arrojaba fisonomías y pelambres raras) a esa multitud hambrienta, famélica, que lucía en la cara los mismos ojos dulces y tristes de tantas bestias. Y sintió amor: eran todos tiernos, hombres y animales; desamparados los unos y los otros; inteligentes y mansos de corazón; suaves de ánimo y sedientos de libertad... ¡Pero saltaban por el aro?

Y él sentía el fervor de afirmarse, de continuar, porque los ríos no se detienen y el viento no se aprisiona en el sonido, sino que retumbaba en el vuelo de los aires.

Sonó la música. Música llorona de hombres que paseaban sus guitarras y sus instrumentos de cuerda, viejos y gastados como ellos. La melodía, triste unas veces, alegre otras, tenía en todos los casos un furor de lágrimas contenidas pugnando por salir. Y simón sintió que aquellas lágrimas le corrían por las mejillas. Lloraba por él y por las profundidades de la raza humana, de la tristeza humana, de la desesperada ansia de vivir y del miedo de morir; por la agonía dolorosa y necesaria. Sus lágrimas se secaron rápidamente al sol; fueron dos gotas de lluvia perdidas en el barro suave de su cara.

Todos estaban alegres: eran propietarios, gentes con un pedazo de tierra que podían llamar, al fin, después de las penalidades, con aquel vocablo duro y preciso que significaba tanto para ellos: ¡Mío!

Margarito se acercó. Traía los ojos brillantes y húmedos. El también estaba alegre. Se contagiaba de la dicha de su gente.

-Simón, ¿se divierte usted?

Simón afirmó con la cabeza. Su rostro digno y severo ignoraba en aquel instante la sonrisa; la melancolía le achicaba los ojos. Sus pupilas se posaron en el hombre que comía fuego. ¡Qué prodigio!

Era un muchacho delgado, de piel oscura, con el pelo lacio, sin ninguna apariencia particular y, sin embargo, “comía fuego”.

Con toda naturalidad, sentado sobre sus piernas, lanzaba por el aire, con destreza, los palos encendidos. Cuando dos de las tres se encontraban en el aire, él introdujo rápidamente la

tercera en su boca abierta, lanzando después al espacio la llama reverberante para pescar, al milésimo de segundo, otra de las teas con la que hizo lo mismo que con la anterior: llevó el fuego hasta el fondo de su garganta... Pero el fuego no se apagaba y la boca no tenía quemaduras. Era algo portentoso. Tal vez los hechiceros podrían explicarlo. El jamás descubriría el secreto de la inmunidad de aquel muchacho. ¿Sería el dios del fuego su protector? Si el indígena Simón no se hubiera encontrado entre tanta gente, sus deseos de postrarse ante aquel joven flaco no hubieran sido impedidos por nadie. "Comer fuego," era como dominar el sol...

Volvió la cabeza a todos lados, tembloroso con sus emociones. Es muy extraño, se dijo, cómo todos los colonos platican unos con los otros desentendiéndose de semejante espectáculo. ¿Alguno de aquellos hombres comunes y corrientes había intentado siquiera una vez comer fuego? ¿Cómo les quedaría la boca a todos si se atreviesen a colocar cerca de su lengua una tea? Y allí estaban, indiferentes ante el milagroso acontecimiento. Simón respiró con fuerza. Esto de comer fuego era más importante que cualquier título de propiedad.

El pequeño terminó su número y no pareció darle ninguna importancia, porque se conformó con pasar el sombrero ante todos los espectadores, pidiendo unos pocos centavos de compensación, para él, para Daniel y para los perritos amaestrados.

Rosa se acercó al Simón y a Margarito y él comprendió, por primera vez, que era semejante al muchacho que comía fuego, por que Rosa era una tea y significaba la llamarada de su existencia; se dijo que aun cuando la llevaba muy hondo, jamás le quemaba las entrañas... pero sólo murmuró en voz alta:

-¿No sientes calor?

Margarito, sin esperar la respuesta de Rosa, se dirigió a Simón:

-Tengo una sorpresa para usted.

Rosa, levantando los ojos que se fijaron en su amado, preguntó:

-¿Oíste?

-¿Una sorpresa?

-Ah, usted no podría adivinarlo.

-Los deseos mejores no son los que se ven realizados, contestó Simón, gravemente.

-También tengo una sorpresa para ti, Rosa.

-Verdaderamente, Margarito, éste es un día de fiesta.

-¡Y tanto! ¡Bien, se lo voy a decir: Simón, aquí tiene su título de propiedad. No quise que fuera con los otros colonos a recogerlo; pero usted se lo ha ganado. Tiene derecho a un pedazo de tierra en esta colonia; es un pedazo pequeño, el suficiente para levantar una casa. En ella vivirán usted y Rosa, ¿no es verdad?

-¡Oh, Margarito, qué bueno es usted! ¿No te parece, Simón? Nunca soñamos con que se preocupará tanto por nosotros. Acéptalo, Simón.

El la miró con estupor. No deseaba un terreno, no deseaba ponerse linderos y señales, atarse a ningún sitio. Siempre podría dormir debajo de los árboles, beber el agua de los arroyuelos, comer flores y animales; pero no sabía qué decir. Su vieja cortesía indígena la prohibía externar sus palabras y callaba.

-Bien, Simón, acéptelo usted.

Margarito estaba ante él, con el título de propiedad en la mano extendida, y Simón se encontraba con su silencio, anonadado ante aquella bondad que le inundaba el corazón como un torrente de fuego vivo y sin embargo, le llenaba de protestas la boca cerrada. ¡No! ¡El no deseaba ninguna propiedad! ¿Qué haría con ella? Instintivamente miró el camino y por él deseó huir como un animal acosado.

-Simón, diga usted algo.

Haciendo un poderoso esfuerzo, Simón levantó la cabeza y sin mirar a Margarito, contestó:

Déselo a Rosa. Ella será feliz con un terreno para construir una casa. A ella le pertenece todo lo que yo tengo. A ella o la comunidad.

-Pero, Simón...

-Rosa -interrumpió él-: la miel siempre terminaría por convertirme en mosca.

Rosa bajó la cabeza. Nunca pensó, nunca soñó que el deseo de Simón de no permanecer, fuera tan arraigado. Margarito, viendo su desolación, le dijo:

-Ahora, la sorpresa para ti.

-¿Será tan buena como la del título de propiedad?

-Tú deseabas...

-Bien, estoy impaciente.

-He conseguido para ti el puesto de maestra rural. Mientras que ustedes marchan a su destino, yo me encargo de construirte la casa, porque sé que algún día volverás, volverán, y que aquí, en este sitio donde tanto hemos luchado juntos, tendrás tu primer hijo...

Rosa se ruborizó. Simón, impasible, parecía ajeno a la conversación.

La maestra tomó el nombramiento y lo extendió ante sus ojos, pero éstos, inquietos, interrogaron a Margarito. Luego dijo:

-No, no es a la zona del yaquí donde yo deseaba ir. Quería... Agitada, sentía palpar su pecho. Al volver la cabeza hacia Simón, éste continuaba imperturbable; pero la sonrisa de Margarito era una sonrisa cómplice.

-Sí. Deseabas ir a otra parte a conocer a los padres de Simón.

-Eso pedí. Simón, ¿tú no quieres llevarme con los tuyos?

Simón no contestó. ¡Cómo decirle tantas cosas! ¡Cómo expresarle sus sentimientos! Sí, deseaba llevarla, pero más tarde, cuando ya no sintiera aquellos deseos de cruzar las tierras; cuando ambos estuvieran viejos y pudiera encontrarse entre los suyos, hincado con ellos en la tierra de sus mayores; cuando estuviera medio muerto y fuera posible contemplar impávido los sepulcros de sus abuelos... Pero, ¡cómo decirle estas cosas! ¡Cómo decirle que no tenía a qué regresar, para qué volver!

La indignación de Rosa crecía por instantes. El había dicho: "¿Si tú lo has decidido todo, a qué preguntarme nada a mí?" Y allí estaba la respuesta. ¡Qué hipocresía! ¿Cómo podía haberla engañado de ese modo? ¿Cómo podía haberse burlado?

Margarito, prudentemente, se alejó. El no deseaba que aquellos amigos se disgustaran. No estuvo de acuerdo, en principio, con el proceder de Simón; pero era el hombre de Rosa y él mandaba. ¡Si él lo hubiera sabido! Jamás, voluntariamente, habría herido a Rosa. Pero Simón se acercó un día después del que ella solicitó que Margarito le consiguiera la plaza de maestra rural y simplemente le dijo:

-Margarito, las aves cambian de rumbo de acuerdo con sus estaciones. Consiga usted para Rosa la plaza de maestra rural en la zona del yaqui.

-¿Y usted, Simón?

-La tierra siempre correrá como arena entre mis manos. A ella pertenezco. A ella volveré.

Y aquello fué todo. Ahora, lo mejor era no intervenir.

Rosa miraba a Simón. Sus ojos, disgustados, esperaban que Simón explicara su conducta. ¡Si solamente le dijera el por qué de aquello! Pero, callado, ni siquiera la miraba.

Y perdió completamente el control. Habló en forma desesperada de los días amargos de observación, de las horas en que trató de amoldarse a su callada seguridad india, de las noches de insomnio en que pasó cavilando la forma mejor de entenderlo, de su amor...

-Explícame, Simón, explícame...

Pero cuando esta súplica final fué hecha, ya las palabras, llenas de reproches, habían caído como piedras, en golpes intensos sobre el alma.

Y él pensó: ¿A qué decirle nada? ¿Cómo explicarle lo que no siente? ¿Cómo decirle que la amo sobre todas las cosas? ¡Cómo!

Para él era difícil hablar; pero aquellas palabras duras de Rosa le habían descompuesto su sensibilidad y sentía los nervios rotos.

-Explícame, Simón...

El la miró en silencio, y luego dijo, despacio: -Hay cosas que no necesitan explicación.

Ahora ella lloraba. Sus lágrimas y sus palabras, entrecortadas por los sollozos, no aminoraban la violencia. Le pesaba

El se dijo: Aún es tiempo de detenerla. aún es tiempo de pedirle que se quede, que no se marche, que entienda... Luego, pensó: Ya se le pasará. Mañana por la mañana hablaremos. Hoy será mejor ausentarme. Así la situación será menos violenta.

Esa noche Simón no durmió en su casa, lo hizo bajo las estrellas y allí apuró su dolor al que mantenía una sola fe: el fervor eterno de lo verdadero. Rosa reflexionaría, porque sin explicaciones debía existir la comprensión.

Por primera vez en mucho tiempo Simón añoró una casa. Aquella donde la mujer que él amaba, esperaba inútilmente su abrazo...

Cuando Simón regresó del campo ya no encontró a Rosa; ésta se había marchado.

Simón abarcó la soledad: ¿Era posible que un capricho rompiera el amor? ¿Era posible? Esta palabra se repetía dentro de sí y solidificaba la soledad. Se sintió de pronto en la casa como dentro de un pedazo de hielo, prensado, muerto.

Cuando salió un poco de sí mismo, sólo se pudo decir: "Es imposible seguirla. No debo seguirla."

Durante más de una semana Simón se ocultó en el monte y allí permaneció sintiendo su dolor. Después, durante muchos días, se negó a hablar y se hundió en sí mismo. "El dolor verdadero, se dijo para disculparse, no admite compensación".

aquel silencio que otras veces admiró tanto. Le pesaba y lo odiaba.

Y vino lo definitivo: -Si no me contestas, me iré sin ti.

Simón sintió que algo se le desgarraba por dentro. ¿A qué venía aquello? ¿Por qué Rosa le hablaba así?

Un dolor hondo le atenzó la garganta y allí ahogó su grito. Perderla, ¡no! ¡Pero si sólo encontrara las palabras! ¡Cómo decirle que si lo amaba era igual un sitio que otro y que todo era lo mismo si permanecían unidos! ¡Cómo decirle que exigía su silencio porque la dignidad herida le obligaba a cerrar los labios! ¡Cómo hacer que la boca amada se acallara y que él, durante horas de intimidad, le fuera explicando con pequeños gestos, con pequeños ademanes, cosas infinitas que le brotaban por dentro! ¡Ella debía saber todo esto! ¿Por qué obligarlo a romper su pudor? Quiso hablar y una gran vergüenza le paralizó la lengua. Además, aquel dolor insano, estúpido, que lo tenía inmóvil, como muerto...

-Simón, si no me explicas lo que te pasa, me iré sin ti. ¡De nuevo la amenaza! De pronto lo invadió la cólera y sus labios, ahora endurecidos, permanecieron callados.

Luego, vino lo máximo:

-¡No me amas!

Simón volvió los ojos hacia ella y la miró con una tristeza y con una ternura infinitas; pero Rosa cegada por la cólera, no paró mientes en la elocuencia de aquellos ojos que lo decían todo. Repitió despacio, y con una rabia intensa:

-Me iré sin ti a la zona del yaquí... Y sucedió lo que Simón jamás esperaba. Ella le volvió la espalda, se perdió entre las casas... ¡Se marchó!

CUANDO SIMON VOLVIO A SU TRABAJO, Margarito le entregó una carta. Era de ella. Por un instante, vaciló: Debería abrirla? Se recató de todos y pudo leerla.

Rosa le decía: “Simón: He iniciado este viaje a solas conmigo misma y así continuaré para pensar en ti y en mí, con la desolación que me es necesaria para saber hasta qué punto me acompañas. Sé que la meditación no basta; es indispensable la frialdad y ésta se vuelve difícil cuando siento el corazón como una piedra que se hunde en el río de emociones que me ahoga.

“!Me has humillado mucho! Pero pienso que más humillante que todo hubiera sido una generosidad de la cual siempre te he creído capaz; hubiera sido peor, porque me inhabilitarías, en mi agradecimiento, para luchar; me habría convertido, entonces sí, al servilismo de estar hincada a tus pies.

“Con esto de ahora, no. Me siento en paz y comprendo que aunque yo no te conceda justicia, no interesan mis sentimientos sino los tuyos y el admitir no importa mucho, porque el dar nunca es negativo. En esta especie de anulación, sé que te amo.

“Las gentes tienen miedo de amar porque ello significa olvidarse de uno mismo y tal cosa es semejante a la muerte. Nunca había sido capaz de morir por el miedo que le tenía; pero en estos últimos tiempos en que me siento sola como en una tumba, veo que no es tan difícil y, sobre todo, no es desagradable. Es como la ascensión de nuestras propias montañas para fundirse con la naturaleza.

“Me pregunto qué es lo que me une a ti en forma tan definitiva que cuando pienso en tu presencia, la siento tan dentro que está más allá de lo material y me hace creer en lo infinito.

Y viendo estas cosas de frente, aunque como el sol hagan un poco de daño, creo que es tu desolación la que se une a mi desolación superada, la que produce esta chispa que me diviniza.

“Ni tú ni yo admitimos el conformismo; de allí nuestra desolación ante el constante fracaso en busca de lo perfecto. Pero siento que si continúo así, por mucho que lo deteste, terminaré por morirme. Ya he sobrepasado el miedo a la muerte, y cuando se ha muerto uno de muchas maneras, poco importa la última, que es la menor.

“En ti, en tu negación, encuentro mi equilibrio afirmativo. Por eso, cuando estamos juntos, soy feliz. Sé que no podré vivir en el sentido amplio más que contigo. Lo demás es vegetar.

“Mi desolación, al superarse, me vuelve descontenta y me hace despreciar a la gente. Pero tú logras sacarme de mi soberbia para hacerme descender a lo humano y voy sonriente al encuentro de mi ternura: esto es lo que tengo que agradecerte. Y mi femineidad siempre hallada y nunca perdida contigo, hace que se me hinque la urgencia de tu permanecer en mí y yo contigo, para toda la vida.

“Por eso mismo terminaré por comprenderte; porque en cada mujer y en cada hombre que de verdad se aman, existe la pareja primitiva del mundo en sus orígenes, ante los cuales el resto de la humanidad ha desaparecido para que ellos se inicien en la creación. Y sé, estoy segura, que para ti soy la única mujer, como para mí tú eres el único hombre. Si me escatimas lo que

sientes, caeremos en el vacío; por eso, humildemente te pido, te ruego, que no me niegues, que no me limites lo que me pertenece.

“Te ama, Rosa.”

Simón leyó varias veces la carta. Ella lo destrozó al irse... ¿Qué significaba tanta palabra? Aquella carta era una lamentación, pero no un llamado. Decidió no contestar.

A los pocos días recibió otro mensaje:

“Parece mentira que piense tanto en ti y sufra ahora como en el primer momento de nuestra separación.

“He querido seguir prendida a todas las cosas amadas que han mantenido colmada mi vida.

“¿No has sentido tú a veces pesadez, inquietud de soledad en las estancias desiertas? En la noche son como un párpado cansado y grueso que anhela cerrarse sobre la inmovilidad de la pupila. ¿y el silencio? ¿No sientes tú el dolor de esa música triste, inacabable del silencio?

“Tengo la ignorancia de saber vivir sin ti, de saber vivir contigo. Tal vez sea lo mismo un gesto cobarde... Pero, ¿qué importa? De todos modos, siento la suprema debilidad de amarte, de seguirte amando. Al principio quise olvidarte, y me fué imposible. Estoy ahora débil y triste, sin fuerzas para luchar más... Fué un largo desmayo del alma, del cuerpo, encerrados en cuartos sin luz, en días sin luz, sintiéndome horriblemente miserable.

“Mi tristeza puede causarte dolor aún hoy, después del desgarramiento del primer olvido. Porque, ¿qué duda cabe? olvidarás, cuando pase cada año, mi manera de sonreír, mi manera de mirar, las palabras primeras, y se te irá cayendo el recuerdo a pedazos, como se caerá de mi alma.

“Ah, pero lo que ignoras tú, es que cada día que nos aleja, te amo más dulcemente; tan dulcemente como una madre a su niño muerto.

“En algunas ocasiones he intentado llegar hasta ti y decirte: ¡aquí estoy! y, de nuevo, como otras veces, el miedo de que ya no sepas amarme, me ha detenido.

“Antes, eras la sangre de mi vida. Hoy, eres mi único pensamiento. Todo lo presente se borra ante tu recuerdo. Me siento débil y enferma. Sin embargo, hay que vivir a pesar de mi debilidad, de mi desgano, sintiéndome profundamente indiferente a lo que me rodea.

“Todas las cosas me parecen brucas para la llaga del alma y las he retirado del camino, las he apartado. El alma está muy lastimada y he preferido callar, cerrar los ojos a toda visión, a toda palabra, a todo efecto.

“No he podido ser humilde repartiendo mi vida en miles de afectos bondadosos. La misma soberbia, la misma altivez antigua, están intactas. No he podido amar sino lo que ya amaba. ¡No he sabido vivir sin ti, no he sabido vivir contigo!

“Alguna vez comprenderás, ¿no es cierto? Perdonarás a esta cobarde que por amarte demasiado quizás no supo amarte. Hoy, no. Nos falta mucho de piedad, nos sobra mucho de tristeza.

“He perdido la noción del tiempo. No sé los días ni las fechas. Evoco tus palabras, las más dulces, los más bellos momentos pasados junto a ti y, sin desearlo, borro tu imagen con mi llanto. Esto me pone mal...

“Sí cuando menos tuviera para arruinar mi dolor una palabra tuya, enviada en un mensaje dulcemente sincero. Pero, no, estoy extraviada y la única palabra que es posible pronunciar es

la de olvido, pero el solo pensamiento de quedar con el alma en un vacío más terrible que este de la distancia, me da dolor... olvidarte, ¿por qué? Quedarme sin el recuerdo... ¡No puedo!

“Fué ayer cuando me separé de tu lado sin el valor de mirarte, sin el valor real de la distancia... Fué ayer cuando nos separamos y no puedo separarme de ti, te traigo en las venas y en los huesos; en el pensamiento y en los nervios.

“No he querido callar todo esto. A tu egoísta le falta valor. ¡Valor para el sacrificio de callar! ¡Eso qué tú sabes hacer tan bien! He sido cobarde para amar, para vivir, para sufrir, y me acojo miedosa en tus brazos para ser aliviada, aun a distancia con un recuerdo de ternura; de la ternura que fué por tanto tiempo tu más terrible encanto.”

¿Por qué le enviaba ella esas cartas vacías, sin palabras concretas? Simón Gutiérrez arrugó la hoja de papel que respiraba en el fondo tanta frialdad y lo tiró sobre la hierba.

El nunca entendería eso. Siempre podría asomarse al cuerpo y al espíritu de la gente blanca quedándose fuera, mirando al interior como quien ve tras una rendija.

No, no entendía. Si Rosa lo hubiera amado, jamás se habría ido. A él nunca se le ocurrió semejante cosa; nunca pensó que pudieran separarse. Cuerpo y espíritu de ambos eran uno solo y al haberse separado algo sentía muerto dentro del corazón.

Pero, ¿para qué escribirle? Simón Gutiérrez aspiraba su dolor y en él se adormecía hasta el desmayo, hasta la muerte. Por eso no hablaba; por eso le eran indiferentes las palabras y las lágrimas y el hablar de su pena... Ante la magnitud de su corazón desgarrado no le quedaba más que la magnitud de su silencio. ¿De qué iba él a hablar si se sentía vacío por dentro?

Y llegó una nueva carta:

“He soñado todos estos días con escribirte y, al fin lo hago para contarte de la ternura que es inmensa; de la piedad alejada de los sentimientos, que se encuentran ahora como cielos nublados sin la luz de tu cariño.

“He tenido muchos días sin sol y muchas horas sin luz... Ahora, ya está llegando la convalecencia, el mirar un poco maravillado de la vida, con un poco de asombro también. Y palpo el viejo rencor que te guardara por haberme hecho amarte, y ya no siento el dolor. Estoy un poco asombrada de verme reír y llorar tan dulcemente, que ignoré cuándo comenzaba a reír, cuándo rompía en llanto la emoción. ¡Hoy! Me repito muchas veces la palabra para acostumbrarme a su significado.

“He pasado sobre los ojos, varias veces, aquel pañuelo con que enjugaste mis primeras lágrimas, ¿recuerdas?, y en este momento me sirve como sudario para la ternura que se escapa de los ojos.

“He querido recordar, revivir la primera emoción y no he podido. Aún tu rostro va escapando de la memoria y vagamente recuerdo que tus ojos se iluminan al sonreír. ¡Después, nada! Ya ves: algún tiempo sentí una tristeza enorme. Hoy, no puedo precisar el estremecimiento de la carne maravillosamente miserable de aquel instante. ¡Todo va pasando!

“Hace algún tiempo nos separamos... Siento una honda tristeza; una grave tristeza. Es decir, me he vuelto mala. La tristeza no hace nacer otro sentimiento del corazón. he sido amarga para los demás y para mí misma y esto que al principio fué un intenso dolor, se ha convertido en una actitud salvaje, rencorosa para las almas que se mueven felices a mi alrededor.

“He soñado todos estos días con escribirte y, al fin lo hago para contarte de la ternura que es inmensa; de la piedad alejada de los sentimientos, que se encuentran ahora como cielos nublados sin la luz de tu cariño.

“He tenido muchos días sin sol y muchas horas sin luz... Ahora, ya está llegando la convalecencia, el mirar un poco maravillado de la vida, con un poco de asombro también. Y palpo el viejo rencor que te guardara por haberme hecho amarte, y ya no siento el dolor. Estoy un poco asombrada de verme reír y llorar tan dulcemente, que ignoré cuándo comenzaba a reír, cuándo rompía en llanto la emoción. ¡Hoy! Me repito muchas veces la palabra para acostumbrarme a su significado.

“He pasado sobre los ojos, varias veces, aquel pañuelo con que enjugaste mis primeras lágrimas, ¿recuerdas?, y en este momento me sirve como sudario para la ternura que se escapa de los ojos.

“He querido recordar, revivir la primera emoción y no he podido. Aún tu rostro va escapando de la memoria y vagamente recuerdo que tus ojos se iluminan al sonreír. ¡Después, nada! Ya ves: algún tiempo sentí una tristeza enorme. Hoy, no puedo precisar el estremecimiento de la carne maravillosamente miserable de aquel instante. ¡Todo va pasando!

“Hace algún tiempo nos separamos... Siento una honda tristeza; una grave tristeza. Es decir, me he vuelto mala. La tristeza no hace nacer otro sentimiento del corazón. he sido amarga para los demás y para mí misma y esto que al principio fué un intenso dolor, se ha convertido en una actitud salvaje, rencorosa para las almas que se mueven felices a mi alrededor.

“Sin embargo, hay en mí una calma, casi un desprecio enorme que no tuve en los días más felices y he encontrado agradable el sillón apartado en la oscuridad del jardín, el libro amigo y la tarde dulce. He intentado recordarte con la pasión que me hizo imposible por tantos días la vida sin ti y no he podido. He soñado, he sentido, sin quererlo, la locura del amor, que es tan grande y de la ternura, que es inmensa.”

Simón Gutiérrez miró aquella carta con estupor. Los renglones bailaban ante sus ojos.

¡Así que ella había olvidado! ¡Después de tanta palabra! En cambio, para él continuaba su presencia viva, en llamarada perpetua. Rosa sería siempre su mujer, aquella en la que un hombre ha dejado no el alma, sino parte de sí mismo y sólo con la presencia amada se complementa.

Margarito nunca escuchó de Simón una palabra de queja y cuando al acaso nombraba a Rosa, Simón endurecía el gesto y cambiaba la conversación.

Un día Margarito le dijo: -He recibido carta de Rosa.

Simón guardó silencio. Margarito se inhibió un poco, pero animado nuevamente por el deseo de servir a su amigo en quien adivinaba el dolor, comentó:

-Dice que lo extraña mucho.

Simón volvió la cabeza. Sus ojos se perdieron en las nubes. Sin saber por qué, aquella frase: “Dice que lo extraña mucho” se le había metido como un hilo de agua que taladra la roca, humedeciendo de llanto sus ojos. ¡Era ridículo! Aquella estúpida frase lo emocionaba más que todas las palabras dichas y que no eran otra cosa que la hojarasca que se pudre en invierno sobre los campos amarillos y muertos.

¡Dice que lo extraña mucho! Y él. ¿Acaso él no la añoraba en cada gota de su sangre y en cada pensamiento que le cruzaba por la mente?

-Simón...

Viendo que no respondía, Margarito continuó: -Dice que le pregunte si quiere que ella regrese a su lado. Mire la carta. Me pide esto porque usted no ha respondido a ninguno de los mensajes que le ha enviado. Dígame, ¿qué le contesto?

Simón permanecía silencioso. Sus manos descansaban sobre la tierra. Sus labios, endurecidos, se plegaban en un rictus doloroso. Sus ojos eran la única cosa viva.

-Dígame, Simón, ¿qué le contesto?

La urgencia de Margarito era evidente y arrojándose en ella, Simón respondió con unas palabras que sonaron a golpe despiadado.

-No le conteste usted nada.

-Pero, Simón...

Simón se levantó sin decir palabra y dejó a Margarito con los labios abiertos para expresar una nueva súplica.

Margarito lo vio cruzar el camino y perderse en la distancia. Quedó clavado en su inquietud. ¿Cómo escribirle a Rosa de aquella entrevista? ¿Y cómo mentirle?

Simón rompía a su paso las hierbas y arrojaba lejos de sí los guijarros que se cruzaban con sus pies; sentía una rabia intensa, un dolor agudo que le destrozaba el pecho, unas ganas enormes de reír, de reír a carcajadas de todo lo que él era, del amor que se aposentaba como huésped único en su cuerpo oscuro, de la tristeza que se había convertido en señora de su alma.

¡Rosa! La ternura de este nombre se le derretía en los labios. ¡Rosa! ¡Qué poco lo entendía! ¿Por qué ella se portaba así? Sin

más techo que el cielo, Simón Gutiérrez se quedó contemplando la tierra. Hacía tiempo que no la miraba. Estaba allí oscura, con sus hormigas inquietas, con sus guijarros, sus hierbas y sus partículas de polvo fino agitado constantemente.

¡La tierra! A ella pertenecía y de ella se alejaba, como Rosa se alejaba de él.

Simón tomó en sus manos un puñado de tierra y se sintió cerca de sus profundidades; de esta tierra y de otras tierras, sin separación y sin distancias. Aun cuando no la trabajara, aún cuando no la modelara en su arcilla, aun cuando no recogiera sus cosechas, la llevaba en el espíritu, en una fraternidad siamesa y en ninguna parte le sería extraña; por eso encontraba natural la muerte, el dolor y otras cosas que a los demás hombres los ponían temblorosos e inquietos. El, no. El estaba dispuesto a aceptar todas las podredumbres, a morir cada día para resucitar al día siguiente, a renacer al abrir los ojos después del sueño, a quemar su piel en lágrimas y su boca en palabras no dichas. Quería que todos escucharan su grito como él escuchaba la voz de la tierra. ¡Su grito! ¡Rosa! ¿En dónde estaría que no proporcionaba más que su sordera? Únicamente la gente sorda podía hablar tanto y con tan poca sustancia.

Durante varios meses Simón Gutiérrez recibió otras cartas; pero sólo logró conmoverlo, y lo obligó a moverse, un breve mensaje, urgente como un grito:

-“Ven. No puedo vivir sin ti. ¡Ven!”

Dos horas después llegó otro telegrama: “Si no vienes, lo dejo todo y estaré a tu lado dentro de tres días”

Pero Simón no esperó que ella dejara todo. ¡Todo! ¡Qué extraña palabra! “Todo,” para él era nada.

Cuando Rosa hacía sus velises para reunirse con Simón, llegó éste, y con su presencia oscura y fuerte se entregó como él sólo sabía hacerlo: íde cuerpo entero!

¿QUE OBLIGO A ROSA a enviarle a Simón Gutiérrez aquel mensaje desesperado?

Cuando ella llegó a BÁCUM, se encontró con Herlinda Gómez, la maestra rural que puso en sus manos la escuela del pequeño pueblo. Con ella tuvo una interesante conversación:

-Al principio extrañará usted las comodidades de la ciudad. Luego se irá acostumbrando y gozará del ambiente y de la compañía de los indígenas; son buenas gentes, honrados y leales.

-¿Tropezaré con muchos problemas?

-Al principio, la desconfianza que las gentes de aquí sienten por los "yoris" o sea los blancos, la molestará. Naturalmente, los yaquis prefieren un maestro de su propia raza. Esta será una de las tareas que tiene que realizar: entrenar a un yaqui para que él sea después el maestro.

-Tendré, pues, que ganarme su confianza.

-Efectivamente.

Rosa miró a la maestra. Era una mujer ya entrada en años: tenía los cabellos blancos, los ojos hundidos y la nariz un poco aguileña; debió haber sido bella, cuando joven.

La señorita Gómez sorprendió la mirada de Rosa escudriñándole el rostro y sonrió levemente, con suave ironía. Luego, dijo en voz alta:

-Usted no tendrá las dificultades que tuvimos que vencer los maestros hace veinte años, cuando yo empecé a trabajar difundiendo la enseñanza en zonas hasta entonces vírgenes.

Herlinda Gómez entrecerró los ojos y recargó la cabeza sobre el respaldo del sillón. ¡Hacia años de eso! Años terribles en que vió morir, sacrificados, a muchos de sus compañeros. Un leve estremecimiento le recorrió el cuerpo. ¿Por qué ella emprendió entonces una tarea que ahora se le antojaba fácil y en tiempos anteriores era pesada y llena de riesgos? ¿Fue su amor por el ideal? ¡No! Fue simplemente la desesperación que le provocó un amor que, aunque correspondido, le resultaba imposible, atada como estaba por deberes económicos hacia los suyos. Entonces, temerosa de casarse, de abandonar a su madre y a sus hermanos, que necesitaban de su pobre salario para vivir, escribió una carta de la que todavía se avergonzaba; en ella renunciaba al matrimonio prometido por una sola razón que no dijo: la pobreza del que iba a ser su esposo y que lo imposibilitaba para asumir obligaciones que no le correspondían.

Se le presentó el dilema: él o ellos. Los prefirió a ellos. Era su “deber”. Se aferró a esta palabra como un punto preciso, una meta de la que no podía apartarse.

Temerosa de flaquear, de dejarlo todo para seguir al amado, pidió que la trasladaran de la escuela capitalina a las zonas rurales más peligrosas: a la selva pura. Buscaba la muerte y ella se le rehuía; quería desaparecer y la razón de su persistencia en esta idea se traducía en trabajos agotadores.

La mensualidad para los suyos la enviaba puntualmente; pero cada puñado de dinero significaba el precio de su propia felicidad, de su propia vida. Llegó a odiarlos a todos: a su madre, a sus hermanos y a él, que la había hecho amarlo tanto.

Cientos de familias, se decía, se encuentran en las mismas condiciones: dependen del trabajo de uno de los hijos que

soporta la carga, que cumple con su deber. ¿Cómo explicar estas cosas a Federico? ¿Cómo abandonar a los suyos?

De zonas bravías llegaban las noticias: los maestros rurales habían sido “desorejados” por grupos de fanáticos que odiaban la educación, otros maestros habían sido crucificados en pueblos de la sierra. El salvajismo, el fanatismo, la ignorancia, se enemistaban con aquellos que expresábanse en libros y no en rezos; que explicaban, científicamente y no con superchería, el misterio de muchas cosas. La luz que les llegaba en el libro era cegada con el relámpago de los puñales que asesinaban a los maestros.

El cacicazgo de los pequeños pueblos de la sierra, de la selva, veía peligrar su reinado al borrar los maestros las fronteras entre la ignorancia y la instrucción; a gentes que sabían mucho se les podía engañar poco; no era posible mentirles más, sisarles las cosechas, limitarles los mundos... Y fueron cayendo muchos maestros rurales: con las orejas cortadas, con el corazón atravesado, con el cuerpo colgante de una cuerda que les ahorcó la vida.

La maestra Herlinda Gómez pensaba en todo esto. Los recuerdos de su lejana juventud se sucedían con rapidez. Ahora el viejo amor había desaparecido y en su lugar quedaba una fila interminable de recuerdos, de melancolías, de deseos jamás confesados, de agonías nunca dichas...

Miró largamente a la joven maestra que venía a sustituirla. Ella encontraba el camino allanado. Ya otros maestros, unos muertos y otros envejecidos, habían abierto la brecha; ahora todo era relativamente fácil.

-No tropezará usted con muchas dificultades.

Le caía bien la nueva maestra. Al ver su juventud desafiante, se acordó de sí misma, de tiempos idos... ¿También estaría enamorada como cuando ella se lanzó a la lucha sin piedad, buscando la muerte, el dolor y el olvido como cauterios para su amor? Sí, debía estar enamorada.

Sonriendo, le enseñó la escuela. El salón, vacío, resonaba curiosamente en las pisadas de las mujeres.

Se miraron con una comprensión mutua. Amaban su profesión. Soñaban, en los salones vacíos, con la algarabía infantil, con el ruido de pies inquietos de pequeñuelos anhelantes de vida, con las cabezas oscuras en que germinaba el pensamiento puro...

Tomando a Rosa de la mano, Herlinda le dijo con voz semejante a un murmullo:

-¿Hija, está usted enamorada?

Rosa tembló. Sus ojos, elocuentes, aprobaron, contestaron la pregunta.

-¿Por qué se ha separado de él?

A Rosa se le inundaron los ojos de lágrimas. Se confió a la mujer que le acercaba a su corazón.

-¡Tonterías! El amor propio es una tontería. Usted lo ama. Escríbale, no lo pierda.

-¿Cree usted que debo?

-Aunque no le conteste, hágalo. Y si de veras lo ama, borre las distancias, haga desaparecer su orgullo, vaya a su encuentro. ¡Nada vale tanto como un gran amor!

-¿Cómo lo sabe usted? ¿Ha estado enamorada alguna vez?

-¡Una vez! ¡Soy de las mujeres que aman para toda la vida! Por mi familia, por el deber para con mi familia, puse entre él y yo la distancia y busqué la muerte. Y la encontré un día.

Estaba entonces en el pueblo de Jalisco. La vida de maestra era peligrosa por el fanatismo de la zona. Al llegar supe que habían matado a varios maestros en distintos lugares. Así, pues, la gente estaba contra nosotros. Y un buen día la horda de vándalos llegó a mi pueblo y a mi escuela. Los niños, espantados, corrieron en todas direcciones. Los fanáticos se arrojaron sobre mí. El jefe ordenó a dos de los bandidos que me cortaran los senos...

La voz de la maestra se hizo opaca. Su respiración revivía el horror del momento, de aquel terrible momento.

Rosa miró con respeto a la maestra: su cara perlada de sudor, tenía el aspecto de una máscara imponente: ni un solo músculo de su rostro delataba dolor.

-No podía escapar. Nadie podía proporcionarme ayuda. Gritar hubiera sido inútil. ¡Cómo pudo usted sobrevivir a ese horror!

Buscaba la muerte... Busqué la muerte porque amaba mucho a un hombre y no podía vivir sin él. En lugar de la muerte encontré el martirio más espantoso que pueda sufrir una mujer.

Todavía recuerdo aquel infierno. Los hombres se acercaron a mí y deteniéndome por la fuerza, entre carcajadas salvajes, cercenaron mis senos. Veo el relámpago del cuchillo en el aire y aún siento el tajo sobre mi torso del que brotó la sangre a raudales. Mi blusa, desgarrada, caía en jirones sobre la cintura. De mis labios, que mordía hasta hacerme sangre, no salió una queja, de mis ojos no brotó una lágrima. Una cólera profunda me agitaba. Era tal mi indignación, que mi desprecio se sobrepuso a mis penalidades. Enfurecido por mi actitud, el jefe de la banda ordenó a los hombres que me violaran y sufrí la mayor vergüenza que puede vivir una mujer: la posesión

asquerosa, brutal, de hombres hechos bestias. Todos aquellos hombres pasaron sobre mí. El dolor fué más intenso que el asco y me desmayé; no supe más de mí misma ni de la vida salvaje que me rodeó en aquel instante... ¡No supe más! Cuando volví de mi desmayo, algunos vecinos piadosos me habían recostado en un camastro y colocaban lienzos de agua caliente con vinagre sobre mis heridas...

¡Toda yo era una herida! ¡Una herida interior y exterior, dolorosa, inacabable! Hubiera querido morir, desaparecer, no abrir más los ojos. Y entonces las lágrimas que habían sido rebeldes, salieron a raudales y lloré todos mis sueños perdidos, mi amor vilipendiado, imposible ya para la realidad de la existencia; mi dignidad de mujer ofendida... Lloré por horas, por días...

Por meses odié a los hombres. Los odié con toda mi alma. No los hubiera creído nunca capaces de tal cantidad de maldades.

Pensé en el que amaba tanto y al cual ya no podría ver nunca... Y mi amor se convirtió, se transformó en un afán de servir, de educar, de hacer de los niños hombres mejores para el mañana... ¡Hombres mejores! Por primera vez en muchos años, hablo de este episodio salvaje que cambió mi corazón. Yo había ido en busca del olvido o de la muerte; el dolor puso en mi carne y en mi alma su bautismo de fuego y dediqué desde entonces mi existencia a crear una humanidad mejor.

Rosa se sintió empequeñecida junto a aquella mujer cuya dignidad humana se traducía en majestad. Desaparecieron del rostro de la vieja Herlinda las arrugas y las canas y sólo vió en su cara el reflejo de la sinceridad, del sacrificio, de la resignación, del ideal...

-¡Cómo es posible que usted reaccionara así después de lo que le pasó! ¡Cómo es posible tanta nobleza!

La vieja maestra tuvo un temblor en los labios y en los ojos una gran melancolía.

-Sí... Deseo hombres mejores, dijo. Y todo niño puede ser con el tiempo, un hombre mejor...

-¿Los ama usted mucho?

-Amo a los niños: son todo lo que tengo en la existencia.

¡Me siento infinitamente cobarde ante usted! ¡Me avergüenzan mis pequeños problemas!

-Cada uno tiene que llevar a cabo su tarea. usted ama a un hombre. Nunca lo pierda.

Una mano de la vieja se posó maternalmente en los cabellos de Rosa y los acarició. Luego, mirándola con tristeza, llevó sus manos al pecho, desnudó su torso sobre el que lucían los dos costurones de las cicatrices y dijo, muy despacio:

-Amo a los niños porque yo nunca pude amamantar a un hijo. La frase sonó como un latigazo. Rosa lo sintió en el alma y en el sexo; y la urgencia de Simón se le hizo tan angustiada, que le envió cartas que terminaron marcando el deseo incontenible de su presencia en aquella palabra que conmovió a Gutiérrez: ¡Ven!

Rosa cubrió el pecho de la vieja Herlinda y le dijo, besándola:

-Usted tiene muchos hijos... ¡Todos los niños son suyos!

Herlinda, avergonzada de su emoción, de sus confidencias, compuso los blancos cabellos y contestó:

-Mañana la abandono a usted. Salgo a las ocho para Rahum.

EL PEQUEÑO PUEBLO SORPRENDIO a la maestra por su orden perfecto, por el amor que al trabajo tenían los indígenas. Se encontraba ante ellos como ante las puertas del misterio.

La última mujer blanca, Herlinda, partió dejándola a solas con las almas para descubrirlas, para aprehenderlas siempre y cuando siguiera aquel ritmo desconocido que adivinaba grandioso.

Aunque las gentes la saludaban al pasar, las barreras entre su mundo y el de ellos se hacía cada vez más extenso. Si con Simón se sintió muchas veces anulada, aquí, en Bécum, todos sus deseos de aproximación eran estériles: la cortesía indígena le marcaba la línea divisoria con una sonrisa helada. "La yori" no tenía acceso a sus almas; su mundo impenetrable era defendido en silencio, pasivamente, quebrantando todas las disposiciones de Rosa, cuya iniciativa se despegaba constantemente en ansias de vuelo, para después caer, lastimosamente, sobre su propio deseo.

Muchas veces otros maestros le contaron sus experiencias en diferentes lugares de la república: en Yucatán y en Chiapas; en Coahuila y en la zona del Mezquital... La experiencia era inacabable y la mano humana se escabullía con sus componentes contradictorios, incomprensibles... Los mestizos, los criollos, los indios... Se encontraban en el país como en un crisol, y aunque no lo desearan, el calor de la tierra los fundiría a todos.

Sin embargo, a pesar de las diferencias la raza crecía, con sus raíces, en el corazón de los criollos que odiaban al indio que también aborrecía al blanco con ancestralidad jamás borrada, con ofensas que no se liquidaban nunca... Pero estaban, seguían unidos por la tierra y por el espíritu.

Casa por casa, Rosa instó a las familias a que continuaran la educación de los hijos en la escuela del pueblo.

Primero se dirigió a la casa principal, la de Julio Tócil, llamado entre los suyos "Pluma Blanca". La casa no se distinguía en nada de las otras, con su apariencia de la tienda de campaña móvil como si los habitantes fueran a emigrar de un momento a otro. La estructura interior estaba formada con horcones de mezquite plantados en el suelo y ramas verticales y horizontales del propio árbol, sujetas unas a otras por medio de lazos. Las paredes, de carrizos fuertemente sujetos, tenían sonoridades curiosas a la menor caricia del viento.

Rosa expresó su deseo y el hombre importante del pueblo no resolvió por sí mismo. Llamó a su esposa, a su hijo mayor, a la familia entera... Unos con otros consultaron, en su propio idioma, la proposición de la "yori". Al fin aceptaron; pero no sin ciertas condiciones: que no se mezclara la "yori" con las costumbres de la tribu, queriendo alterarlas; que no se prohibiera hablar a los niños en su propio idioma y, por último, que la "yori" aprendiera, como lo había hecho la otra maestra, el idioma cahita. Rosa accedió a todo. Sabía que lo principal estaba hecho: aceptando la enseñanza la familia prominente del pueblo, lo demás era tarea fácil.

Sin embargo, su primera experiencia real la tuvo en el mercado. Queriendo congraciarse con los indígenas, no regateó en el precio de unas verduras. Los indios se miraron

unos a los otros, desconfiando de aquella mujer que así derrochaba el dinero ganado con esfuerzo propio o de su marido. Como por arte de magia, vió cómo cambiaban ante sus propios ojos los pequeños envoltorios de la verdura, y sin ánimo para protestar; se dirigió a su casa. Al llegar, confirmó con disgusto que en vez de la verdura buena, tenía entre las manos verdura podrida.

Después de un segundo, sonrió con ironía; desde antes había observado esta “filosofía” del engaño: era igual en la zona del yaqui que en las ciudades. Algunas mentiras, pensó, no sólo tienen calidades filosóficas, sino hasta poéticas. ¿En qué consiste la filosofía del engaño? En que el indio, valiéndose de bellas mentiras, de artificios que demuestran no genio, sino genialidad, trata de obtener el justo precio por su trabajo. Y hay algo más: el comprar y el vender es una especie de juego gracioso en que las dos partes tratan de sorprenderse; el comprar y el vender es una esgrima curiosa en que alguien debe salir herido, es decir, perdiendo.

Luego pensó que los yaquis, tribu guerrera y batalladora, jamás le perdonarían dejarse engañar y que si lo aceptaba, perdería su respeto para siempre.

Tomando la verdura podrida en las manos, fué al mercado y se la entregó al indio que se la vendió. Entre las lechugas, las cebollas, etc., puso piezas de a cinco centavos y cuando la verdura fué colocada en una tina con agua, las monedas, al caer, dejaron escuchar su alegre tintineo.

El indio la miró largamente. Los indios que estaban cerca y que se dieron cuenta de la situación, rieron a hurtadillas. Rosa también sonrió. Las explicaciones salían sobrando. Ella sabía que desde ese momento los yaquis la consideraban una persona

digna de respeto: pagaba, alegremente y sin murmurar, la lección filosófica que le enseñaban.

Todo esto fué amargo para su experiencia al llegar Simón, ya que con él se sentía apoyada por su fuerte brazo y sus labios callados. Sobre todo, con su presencia.

Cuando él llegó, se besaron en silencio. La mano de él se posó con ternura sobre los cabellos de su mujer. Luego, viéndole la mirada de angustia en los ojos, le dijo:

-¿Qué te pasa, Rosa?

-¡Nada! ¡Ahora no pasa nada! ¿Por qué no avisaste que venías?

-Porque nunca he estado lejos de ti.

Hablaba a pausas, como si cada una de sus palabras fueran besos que le bañaran el rostro. Ella pensó: cuánto lo amo, y paladeó aquella honda dulzura que le embargaba el corazón.

-Tendremos mucho trabajo.

-Rosa... No podré trabajar en este pueblo.

-¿Por qué no podrás?

-Porque no soy yaqui. Buscaremos una casa en las orillas, en la zona donde están los mestizos y los blancos, que forman otra comunidad.

-No lo entiendo. Podemos vivir en la escuela. Aquí te ocuparás de la huerta.

-Y haré sillas, por ejemplo.

-Eso es.

Simón guardó silencio. Pensaba el pro y el contra de aquella situación. Indudablemente, no le gustaría vivir en la escuela. Súbitamente, él dijo:

-Levantaré una casa para ti.

Rosa lo miró sonriendo. ¿De dónde le venía a Simón, que tan enemigo era de ataduras, aquel deseo de edificar? Ah, es que deseaba proporcionarle algo anhelado por ella: una casa hecha por él pero que serviría para todos los maestros que la sucedieran.

-Pero... Es que la escuela tiene ya una casa.

-La estoy viendo. Es ésta, ¿verdad? ¡Una choza! Yo haré una verdadera casa.

La respuesta de Simón no merecía réplica. Rosa pensó: únicamente en esta forma accederá a quedarse. Después de un breve silencio, él dijo: enseñame la huerta...

-No es una huerta, es una hortaliza.

Ambos se dirigieron a ella. Los terrones, endurecidos, mostraban la aridez que los consumía. Simón removi6 la tierra con sus manos, la tom6 entre sus dedos y la dej6 resbalar por ellos. Luego prob6 con sus pies, la apison6 y despu6s de pesarla en sus posibilidades, dijo:

-Mañana trabajaremos. ¿Cuántos niños tienes en la escuela?

-Son sesenta. No hablan bien español.

-Pero aprenderán a sembrar. Yo los enseñaré. Son hijos de campesinos y ellos serán campesinos; cuando lleguen al campo, la tierra no les será desconocida. Además, haré algunas cosas como sillas y canastas que podré vender a los blancos.

“A los blancos...” Aquella frase de Simón fué como un latigazo para Rosa. Simón jamás empleó palabras semejantes. Ahora, al volver a una zona indígena, se adaptaba rápidamente, aun cuando aquella tribu no fuera la suya y establecía, itambién él! la línea divisoria.

Lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Simón, al darse cuenta de su tristeza, le dijo con melancolía:

-La nieve no puede volverse fuego, Rosa. Pero de todos modos, la nieve nunca se podrá despegar de los pinos que crecen a su paso. Tú eres el pino y de él se hace el fuego... Has derretido parte de mis nieves.

Acercándose a sus labios, los besó y luego subió, en recorrido amoroso, hacia los ojos, la frente, los cabellos.

-Nunca volveremos a separarnos, Simón.

-Rosa: tus palabras son como los caballos que atraviesan los pastos. La carrera desbocada termina, pero los pastos quedan lastimados. Eso no impide a la primavera que vuelva a dar vida a las semillas que los vientos arrojaron sobre la tierra húmeda: toda la tierra está bien dispuesta para la fertilidad y los hombres que no saben del amor son como tierras estériles; pero no hay ninguna tierra baldía. Cuando mis ojos se extienden, creo que la tierra existe más allá, siempre más allá y que es nuestra, nos pertenece con sus frutos de amor, que pueden ser las flores de los campos, los cactus de los desiertos, los árboles de los bosques... ¡Y los hombres! Los hombres de todas partes, Rosa, iguales en su humanidad.

Si yo muriese en alguna tierra, allí me enterrarán, y me consumiré para germinar, como la semilla que fructifica luego.

¿Por qué, pues, no he de vivir en cualquier tierra?

-¿Eso quiere decir que nos quedamos? ¿Qué te sientes una gente de esa tribu? ¿Que nada es extraño para ti?

-Sólo nos es extraño lo que no entendemos; pero sé muy bien de su anhelo. Ellos también buscan, Rosa, como los hombres de la ciudad, y las gentes de mi casa, el Paraíso Perdido.

Los hombres anhelan un pedazo de tierra para enterrarse en él. Sólo que a veces, en vida, no lo encuentran. Algún día los deseos de posesión terminarán. Cuando uno muere, está bien

que le den un pequeño pedazo de tierra; pero mientras vive, mientras las venas palpitan, la tierra no es sólo la que pisan nuestras plantas, sino que es nuestra toda la que miran los ojos; y debemos ser felices, porque más lejos de las miradas existe tierra que no conocemos y que también nos pertenece.

-Entonces, ¿para qué me construirás una casa?

-Porque tú estás empeñada en morir, en enterrarte en vida.

-Tú amas la muerte.

-El amar la muerte no quiere decir que desprecie la vida. En mi están las dos.

-¿Viviremos siempre en esta casa?

-La casa será tuya... Tu compañía para mí es como la flor que crece en los campos. Debido a las flores, se olvidan los pastos de los caballos que cruzaron un día sobre ellos, lastimándolos.

-Quisiera entenderte. Muchas veces he mantenido despierta mi inquietud, tratando de saber de tus profundidades, queriendo penetrar más allá de tu cuerpo. No te entiendo, pero te amo y sé que tú me amas.

-Pero yo sí te entiendo, Rosa. Y tú me entenderías si no fuera porque, como a los niños, te encantan las pompas de jabón...

¿Qué querría decirle él con eso? ¿Cuáles eran sus pompas de jabón? ¿Su deseo de seguridad, su anhelo de permanencia? Simón siempre resentiría cualquier cosa que lo aprisionara. Permanecería pero sin quedarse jamás. Abarcaba su alma, como abarcaba la tierra: sin ansia de posesión. Compañero de ambos, nunca los abandonaría. ¡Sí ella tan sólo por un instante pudiera caminar sobre la tierra sintiendo aquellas alas de Simón agitar el viento! ¡Si ella tuviera alas!

Hecha un ovillo sobre el pecho masculino, con un deseo de dependencia absoluta, Rosa se olvidó del trabajo, del pueblo

yaquí, de los sinsabores de muchos días, de la lucha despiadada, de sus horas de tristeza... ¡Simón borraba todo aquello con un minuto de su abrazo!

Al día siguiente la vida reanudó su ritmo de costumbre. Simón, desde las seis de la mañana, se puso a preparar la tierra de la hortaliza para disponer la siembra. Después se dirigió al centro a comprar los materiales para construir sillas. “De esto, pensó, daré clases a los niños.

Rosa inició sus clases. Había aprendido algo del idioma indígena y enseñaba a los niños en ambas lenguas: español y cahita. Desde temprano se sumergió en las caritas oscuras, en los cuerpos bien proporcionados de los niños yaquis, en su sonrisa blanca. Ellos serían como sus padres: longilíneos, elegantes, de brazos y piernas largos, bien parecidos; las niñas serían esbeltas y graciosas, los hombres, fuertes y elásticos.

¿A qué dudar de que Simón se encontraba bien entre ellos? No tardaría mucho en hacer amistad con los jefes indios; en dedicarse, con ellos, a la vida nómada de la cacería. Sólo después de estas escapadas rebeldes, volvería a la tranquilidad ocasional, olvidado de sí mismo, llenando los ojos, las manos, el pensamiento, con los anhelos de otros; al servicio de todos, en un deseo constante de estar y de no estar.

Miró su clase: alumnos estudiosos, inteligentes, niños que asimilaban rápidamente las enseñanzas. Ahora, con Simón al lado, la vida en Bácum era un placer. Pronto descubriría por Simón cosas que mejorarían sus condiciones de simple maestra, hasta convertida en amiga de los indios.

Pero uno de los niños la preocupaba: aunque seguía con atención las clases, sus ojos cerrábanse muchas veces sobre el libro de estudio. Y un día, ya al atardecer, el pequeño indio tuvo

un acceso de tos. El torso esquelético temblaba, y de los pulmones heridos salió, impetuosa, la sangre enferma. Era el mal de la raza... ¡La tuberculosis! A cada golpe de tos, el pequeño quedaba pálido, cobrizo, mirando a la maestra con los ojos negros en agonía. Rosa se desesperó. Frotaba la cara pálida con lienzos mojados y de los labios retiraba la sangre seca. ¡Parecía un pájaro herido aquel indito con los cabellos mojados de sudor, con el rostro húmedo y la sangre manchándole el traje blanco y modesto.

Por fortuna llegó Simón, el que, tomando al niño en sus brazos, le ayudó a transportarlo hasta la casa de sus padres; cerca de él y de Rosa la chiquillería los acompañaba, silenciosa y trágica, cambiando miradas rápidas que luego se hundían en la tierra que pisaban. Llegaron a la casa del niño. La madre recibió la dolorida carga. Sus ojos, inmóviles, impenetrables, no dejaron pasar la emoción.

-¿Tiene usted otros enfermos cómo él? -preguntó Rosa. La madre, sin responder, arrojó al niño con el sarape. Rosa, no sabiendo qué consuelo ofrecerle, sacó de su bolso unas cuantas monedas y las puso en el delantal de la india. Dijo adiós y nadie le respondió su saludo. Desconcertada, un poco humillada, abandonó la casa.

Al salir, cayó sobre ella una lluvia de piedras. Una, dos, tres, diez, las piedras le eran arrojadas de diferentes direcciones. Al volver la cabeza, sus ojos tropezaron con la calle solitaria. Con toda rapidez Simón la cubrió con su sarape. Las piedras retumbaban sobre la cortina puesta sobre su cuerpo. Algunas, sin embargo, la lastimaron en el alma más que físicamente.

-¿Por qué le arrojaban piedras, por qué? La pregunta, llena de asombro, vagaba en sus labios. Apresuraron el paso, co-

rrieron. La lluvia de piedras los perseguía. Al fin, antes de que ellos llegaran a la escuela, cesó.

Rosa lloraba. No podía entenderlos jamás. Mirando a Simón, sólo pudo volver a preguntar:

-¿Por qué? ¡Deseo tanto ayudarlos! ¿Acaso los he ofendido? ¿Qué les he hecho? ¡Sólo quiero ayudarlos!

Simón le acarició los cabellos. El sí sabía. El sí comprendía.

¿Cómo no entender lo que pasó por el corazón de aquella india madre?

-Rosa...

-Dime, ¿por qué?

-Tienes que enseñarte a dar...

-Pero si sólo...

Las ofensas llegan a veces al corazón y más aún si el corazón se ha entregado.

-Pero yo los quiero...

-Y ellos a ti.

-Y entonces...

-No se puede dar limosna a la gente que se quiere.

-No era una limosna...

-Así lo tomaron ellos.

Por primera vez Simón no le hablaba en sentido figurado; por primera vez contestaba rápidamente sus preguntas por primera vez... Le dolía tanto el cuerpo y el alma, que él se olvidó de sí mismo para ir a su encuentro, para abrirle el camino y el corazón y enseñarle...

-Si pudiera hacerlos comprender...

-¡Siempre se les ha ofendido tanto! Llevan años de humillación. Llegas tú y los visitas, logras que los niños sean envidiados a tu escuela; llevas uno de estos niños, enfermo, a

su casa; y en lugar de quedarte en silencio, arrodillada al lado de su madre, unida a su dolor, aceptando su autoridad familiar, dejas unos cuantos centavos sobre su delantal y crees haber cumplido así tus deberes amistosos...

-Lo siento de veras. Y me enorgullece, me enorgullece que la gente tenga dignidad, que se rebelen ante esto. estoy orgullosa de ellos y avergonzada de mí.

-Ahora, Rosa, tendrás que volver a la casa... Ella lo miró aterrorizada. ¡No! ¡Aquello no! La matarían. Una nueva lluvia de piedras sería arrojada sobre su cabeza.

-Simón...

-Irás a la casa.

Simón puso sobre su mano temblorosa un poco de copal, flores, comida, y la imagen de la Virgen de Guadalupe.

-Llevarás estos presentes.

-¿Vendrás conmigo?

-No. Irás tu sola. No te pasará nada.

Después de grandes vacilaciones, Rosa abandonó la escuela. Salía sola, descubierta, en sus brazos y en sus manos la fruta, las flores, la imagen de la Virgen... El silencio la rodeaba. Avanzó unos pasos.

El pánico le hacía temblar las rodillas. ¿En dónde estaban los habitantes del pueblo? Con nadie se encontraba en el camino ni las piedras caían ahora sobre ella.

Era indudable que las gentes que antes la agredieron se detenían respetuosamente en su impulso ante la imagen de la Virgen que llevaba en la mano; era indudable que los detenía su actitud amistosa, valiente, solitaria.

Llegó a la casa del niño enfermo. La puerta entreabierta le fue franqueada. Con la emoción y el miedo inundándole el

cuerpo, miró largamente a la madre india y, sin decir palabra, puso los presentes sobre el delantal. La mujer los recibió en silencio. Sus miradas se cruzaron. La imagen de la Virgen fué colocada cerca de la cabeza del enfermo. Los miembros de la familia cruzaron unas palabras en su idioma. Rosa se hincó junto a la madre del niño enfermo y escuchó en silencio las oraciones. La angustia se le hacía insoportable. ¿Por qué nadie decía nada? ¿Por qué aquel afán de misteriosa actitud? Los rostros morenos, inmóviles, no dejaban traslucir ni el deseo ni el dolor ni la alegría...

El silencio fué turbado por el tamborilero del pueblo que dio los tres toques que anunciaban la puesta del sol. Los toques lanzados en tres tonos: suave, fuerte y rápido, serían oídos en aquel instante en los cuatro puntos cardinales, mientras que el tamborilero, semiarrodillándose, hacía reverencias ante la cruz del cuartel.

Al terminar los toques, las gentes indias de la casa dijeron, como todos los habitantes de Bácum: "Ave María Purísima..."

Lejos, el ruido de los niños repitió: "Ave María, Ave María".

De los labios humedecidos en sangre del enfermo, también brotó un Ave María apenas perceptible.

Cuando volvió el silencio, Rosa se levantó y sin decir una sola palabra, abandonó la casa.

Al cruzar el camino, sintió los pasos de varios indios que la seguían, protegiéndola discretamente, caminando a su lado y a prudente distancia...

Para demostrar su amistad, la madre los había mandado para acompañarla...

LA MAXIMA PRUEBA DE LA AMISTAD de los yaquis la recibieron Simón y Rosa el día en que se festejó la hombría de varios adolescentes.

Desde temprano, Bácum estaba de fiesta: los hombres lucían sus trajes de gala y las mujeres, reunidas en sitio aparte, preparaban coronas de flores. En la plaza pública los hombres, junto a los jóvenes, se disponían a dar a éstos el espaldarazo que los convertía en mayores de edad.

El adolescente que se hallaba en la edad para probar su hombría, después de fiestas y ceremonias se lanzaba al campo y no regresaba sino hasta cobrar, completamente solo, su primera pieza de caza mayor.

Reunidos en círculo, los hombres colocaron a los jóvenes en el sitio de honor, al lado de los más viejos y en medio del corro; la danza del Venado se desarrolló al compás de una música de ritmo raro y hermoso. El hombre que hacía de venado, llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo blanco amarrado sobre la frente, con los ángulos del lienzo cayendo hacia atrás; sobre el cráneo se había colocado una cabeza disecada de venado, con adornos de cintas de color y flores de papel rojas y azules; en el cuello, los collares de chaquira lanzaban al aire su sonido peculiar; el torso desnudo del danzante brillaba al sol como cobre bruñido; en los tobillos, la música de los "tanábaris", los capullos de mariposa secos y cosidos uno junto al otro producían, al apoyarse los piez-del danzante sobre el suelo, una

música doliente que tenía por fondo el vibrante sonido de las maracas que el danzante agitaba en sus manos.

Los danzantes dieron cacería al supuesto venado en un baile que duró horas. Los cazadores, con vestidos menos vistosos que el bailarín que hacía de venadito, lucían sobre su cintura los collares de capullos de mariposa secos que vibraban en sus paredes las alas que no pudieron volar...

En determinado momento los danzantes colocaban sobre su rostro las máscaras y aquello le daba solemnidad religiosa al acto de la danza.

Simón jamás podría contar la belleza de todo esto, el paso ágil de los danzantes, los movimientos llenos de gracia del venado que, al fin, después de horas de cacería, era abatido. Su muerte se marchaba por el prolongado sonar de las maracas y de las sonajas de cobre que los danzantes llevaban en las manos.

Después de los rezos y las danzas, los adolescentes fueron acompañados con música hasta las orillas de Bácum, donde recibieron la bendición de los sacerdotes y de sus mayores.

A partir de ese instante cada joven, con sus armas y sus habilidades, tendría que adentrarse en el campo y cobrar una pieza de caza mayor para ser considerado, por esta prueba de habilidad, como un hombre completo.

En las manos, los adolescentes llevaban una fruta roja. Con ella irían al campo y en el lugar escogido por cada uno, permanecerían en oración. La fruta roja sería colocada sobre el brazo extendido, y en esta posición el joven se quedaría inmóvil durante horas y horas... La inmovilidad era de tal índole, que un pájaro se detendría al fin para calmar su hambre comiendo la fruta ofrecida.

Esta parte de la ceremonia era importante: significaba fortaleza, serenidad, dominio de sí mismo y perfección en la práctica de las virtudes de la hombría.

Mientras las aves no se acercaran, aquello significaba que los dioses no consideraban aún cumplido el destino del adolescente y por ende la oración debería continuar.

Después de horas de meditación y rezo, un pájaro picoteaba la fruta, y el joven, satisfecho y orgulloso de haber sido escuchado por los dioses, se lanzaban en busca de la pieza.

Durante horas, a veces días, se efectuaba la búsqueda. La maleza, de árboles, el cielo, eran sus amigos; fueron recorridos por el joven años atrás; desde que su padre le concedió el honor de acompañarlo a las cacerías para enseñarle el manejo de las armas.

Al fin la pieza estaba delante; un disparo certero y, satisfecho, cargaba el joven con su venado, volviendo al pueblo donde lo esperaban sus mayores.

La fiesta entonces se desarrollaba alegremente. Al compás de los tambores y de las sonajas, los especialistas destazaban los venados y aderezaban la carne para preparar con ella un banquete. La danza del Venado se ejecutaba por horas y horas, comunicando al pueblo entero que los jóvenes habían sido coronados por el éxito.

Los hombres no cazaban únicamente para su especial regocijo, sino porque la caza constituía una de las formas de manutención para los suyos. De ahí la prueba de la hombría. Si el adolescente no triunfaba, esto tenía una sola significación: que no estaba apto para contraer matrimonio; es decir, para sostener un hogar.

La fiesta se extendió por todo el pueblo. En las calles, en cada casa, en la plaza pública, los hombres abrazados bebían y bebían, brindando por la masculinidad.

Sobre la cabeza de los adolescentes lucían las coronas de flores hechas por las mujeres: eran el premio femenino impuesto al triunfador.

Rosa le dijo a su marido: -Quisiera uno de esos tambores que tienen los indios.

Simón no contestó nada, se acercó a Tócil y le murmuró algo al oído.

Rosa vio que en amigable charla su marido y el yaqui continuaban bebiendo. Pasaban las horas y Simón no volvía. Impaciente, se acercó a uno de los tamborileros y le dijo:

-¿Podría venderme su instrumento?

Nunca lo hubiera dicho. Los yaquis suspendieron la música, hablaron largamente entre sí en tal forma, que Rosa, a pesar de conocer algo del idioma, no pudo entender una sola palabra de la conversación. Después de la agitada charla, reanudaron la música y los toques de tambor. Nadie, al parecer, ni Simón ni Tócil ni los músicos, parecía haber atendido la petición.

Ya al amanecer, la fiesta se terminó y los hombres durmieron tranquilamente en mitad de la calle, sobre el césped, en las gradas de la iglesia; donde quiera que los sorprendió el sueño. El pueblo presentaba el aspecto de una fiesta pagana.

Las mujeres, reunidas en el cuartel en que se les reconcentraba durante las fiestas, durante las horas de peligro y a veces en la noche, cuando los hombres iban de cacería, dormían en unión de sus hijos un sueño dulce y profundo.

Rosa estaba despierta. Es increíble, pensaba, que esta gente de suyo callada y serena, se entregue al placer en forma tan

profunda, con un goce ilimitado y sin medida. Tres días duró la fiesta. Nadie trabajó, nadie pensó en un mañana cuya incógnita no inquietaba. Durante esos tres días todos se alimentaron con la carne traída del campo por los jóvenes. La cacería, como todos los bienes de los yaquis, perteneció a la comunidad.

¡Bello pueblo el de Bácum!

Cuando se terminó la fiesta, Rosa pudo reanudar sus clases; Simón, sus pequeñas industrias; los indios, sus trabajos usuales.

Al atardecer, Rosa recibió una visita inesperada: los músicos, los tamborileros y el viejo Tócil.

Ceremoniosos y dignos, la saludaron. Luego Tócil, haciendo seña a uno de los tamborcillos, le pidió que se acercara; cuando estuvo a su lado, le quitó el pequeño tambor que llevaba, se lo presentó a Rosa y le dijo:

-Tú querías el tambor ayer, ¿verdad?

-Sí. Estoy dispuesta a comprarlo.

Tócil la miró sombríamente. Su boca permaneció helada. Después de un segundo, dijo despacio:

-Ellos me han pedido que los acompañara para verte.

Rosa se inquietó. ¿Los habría ofendido de nuevo? Les pidió sentarse y les ofreció un poco de “bacanora”. Cuando los yaquis aceptaron el convite, ella se tranquilizó. No; no estaban ofendidos.

Recorrió con la mirada sus cuerpos duros y altos; sus caras hermosas, la sobriedad de su gesto, la dignidad de su actitud. ¡Qué bellos eran los hombres de Bácum!

-¿Está tu marido?

Llamó a Simón. Los visitantes lo saludaron tan ceremoniosamente como a ella. Inquieta, Rosa deseaba decir algo, pero no lo hizo, sabía que era necesario esperar. Y el largo

aprendizaje al lado de Simón, al margen de sus silencios, la obligaba a una discreción que los indios apreciaban mucho.

Ellos mientras tanto hablaban del tiempo y de las cosechas, de los días largos y del sol ardiente; de todo, menos del objeto de su visita.

Al fin Tócil dijo:

-Queremos hablar contigo, Simón. Te daremos noticia de varios de nuestros problemas. Sabemos que eres un hombre que sabe mucho y no eres blanco. Podrás aconsejarnos.

¡De nuevo la línea divisoria! Rosa se sintió fuera del círculo de aquellos hombres serenos y altivos. Simón, aunque no era de su raza, también asumía una actitud de soberbia infinita.

-Se hará lo que tú ordenes, Tócil.

-La palabra es menos rápida que mi deseo.

-¿Te parece bien mañana?

-Será necesario. Iremos a Vícam Pueblo.

Al fin, como si recordara que Rosa existía, le dijo:

-Hemos consultado tu petición entre todos. Los aquí presentes hemos decidido que no podemos venderte el tambor.

Después de la aclaración de Tócil, los yaquis hablaron entre sí y luego de breve silencio miraron a Rosa y a Simón. Tócil, acercándose muy solemnemente con el tambor en las manos, dijo:

-No se puede vender el tambor a los amigos. Hemos decidido obsequiártelo. Como un recuerdo para ustedes, sobre el tambor están las firmas de todos los presentes...

Entre las manos que le temblaban por la emoción, Rosa tomó el tambor que sintetizaba un pacto de amistad. Con los ojos empañados, pudo leer sobre el tambor los nombres de Julio Tócil, Juan Siriar, Cosme, Arozamena...

Cuando levantó la vista para darles las gracias con los ojos, sus amigos seguían charlando con Simón en forma tal que hacía imposible la evidencia de la emoción y el agradecimiento traducido en palabras...

ATENDIENDO A LA INVITACION que le hiciera Tócil, Simón lo acompañó a Vícam Pueblo, donde tendrían lugar las elecciones de gobernantes indígenas. En el camino, Tócil le planteó el problema más importante de los yaquis, y le pidió consejo.

-Hace años, le dijo, el gobierno nos entregó la tierra para que la trabajáramos por nuestra cuenta; pero a pesar de los decretos presidenciales no hemos podido explotar realmente los terrenos debido a que, por falta de dinero para la compra de semilla y aperos de labranza, hemos tenido que empeñarnos de por vida en las manos de los militares y principalmente del jefe de operaciones.

-Deben ustedes hacer algo...

-Permíteme terminar. Legalmente somos ejidatarios, pero de acuerdo con los arreglos que hace tiempo hicimos con el gobierno, para los jefes de operaciones somos soldados. Los yaquis siempre hemos sido guerreros; en el fondo jamás seremos otra cosa. Así, los militares explotan esta condición nuestra y la falta de aperos para la siembra y han logrado apoderarse de las cosechas pagándolas a precios de hambre. Por el trabajo de un año obtenemos salario de peones, ningunas ganancias, acumulación de réditos y deudas.

-Igual que ustedes están los soldados de toda la república. Aquí los explotan con las siembras, en otras partes los soldados construyen carreteras sin paga extra. Como es natural, el sueldo que debía obtener un peón pasa a los bolsillos del militar. Para

eso es el jefe de operaciones. Pero, Pluma Blanca: ¿has hecho tú algo para cambiar esta situación?

-No podemos cambiarla porque el gobierno central la ignora.

-Igual cosa ocurre en otras partes de la república. Pero ustedes han sido siempre orgullosos y valientes...

Pluma Blanca levantó la cabeza como si hubiera recibido una bofetada. Luego dijo despacio:

-Y no debíamos tolerar esto, lo sé. Al principio nos quejamos pero los denunciantes aparecieron asesinados. La muerte y el sacrificio de los nuestros fueron inútiles: el jefe de operaciones enviaba dinero mensualmente a militares que condenaban la queja a la desaparición. La explotación, créemelo, alcanza proporciones asquerosas.

La voz de Tócil se hizo dura. Luego, mirando a Simón, dijo con tristeza:

-El negocio de durmientes, que antes era vital para los indios, ha sido acaparado por los militares. Y no podemos oponernos: los jefes de operaciones son absolutos en las zonas de mando.

-¡Protesten!

-¡Imposible! Acuérdate que estamos considerados no como agraristas sino como soldados. Se nos puede acusar de insubordinación y fusilarnos inmediatamente.

Simón pensó: es una nueva prueba de la mistad de Tócil; me considera ya uno del clan. Como si leyera sus pensamientos, el yaqui le dijo:

-Te digo todo esto porque es necesario que conozcas nuestros problemas.

-No basta con eso, Pluma Blanca. Es necesario quejarnos al gobierno central.

-¿Me puedes decir cómo? Si se nota la preparación del viaje, el jefe de operaciones mandará detener al emisario; si se manda una carta, la intercepta la censura y nunca llega a su destino.

Simón se quedó pensativo por un instante. Luego, propuso:

-Yo iré a México para arreglarles esta situación.

-¡No puede ser!

-¡Ya lo creo! Ayudará mucho el que yo no soy yaquí.

Tócil sonrió y dijo:

-Pero eres uno de los nuestros. Sin embargo...

-No hay más que hablar. Abandonaré Bácum junto con Rosa.

Tan pronto como tú y yo regresemos, ella pedirá su traslado a un pueblo cercano a la capital. En el camino me bajaré para esperar, en un sitio que después fijaremos, a dos emisarios que saldrán de Bácum por la noche y a pie; ellos se me reunirán y ya juntos podremos hacer todas las gestiones que sean necesarias para que esta situación se resuelva.

-Será necesario vadear el río si quieren escapar a la vigilancia de los soldados que se encuentran en todas las estaciones y en todos los pueblos yaquis y que tienen la orden de matar a cualquiera de los nuestros que abandone la zona. Siempre tendrán una disculpa: se nos puede acusar de deserción.

-No sólo vadearemos el río, sino que tendremos que viajar en un tren de carga hasta cruzar los límites del Estado.

-¿Has medido bien el peligro?

-Mira, porque la noche caiga no deja de salir el sol.

No se habló más del asunto. Cuando llegaron a Vícam Pueblo ya estaba congregada la multitud: durante todo el día

habían llegado yaquis de diversos lugares. Se reunieron todos y empezó la ceremonia electoral.

Hombres y mujeres, reunidos por orden jerárquico, propusieron a los substitutos en el mando, es decir, a los hombres que con la representación religiosa, civil y militar integrarían el gobierno.

En seguida tuvo lugar una discusión curiosa: los elegidos, queriendo rehuir las responsabilidades, se oponían a ocupar el puesto. Alegaban mil razones, las más de índole moral. Se distinguían por su modestia, nadie se consideraba apto para el mando. Pero a sus razones, los electores contestaban con argumentos en favor del elegido, considerándolo el súpum de todas las virtudes. Para convencer a los candidatos transcurrieron horas. Nadie quería gobernar.

-¿Por qué no aceptan? -preguntó Simón a Pluma Blanca.

El yaqui sonrió con malicia y contestó:

-Ah, es que nosotros sabemos que el poder despierta la codicia de los hombres. Es por eso que aquí el que resulta electo disfruta del puesto pero sin que se le pague por su trabajo.

¡Cómo!

-Ya lo creo. Y, además, tiene la obligación de servir a la comunidad noche y día, sin aceptar ya no digamos dinero, pero ni siquiera obsequios.

-Es curioso.

-En esta forma algunas veces, los elegidos, temerosos de lo que significa la responsabilidad del mando y los pocos beneficios materiales que se obtienen con el mismo, huyen de su casa y así rehusan el puesto.

Hay que hacer notar que debido a sus ocupaciones y deberes, el jefe político que ha sido electo tiene que descuidar sus propios asuntos para servir a la tribu. Y, tú comprendes...

“Las obligaciones del mandatario son: desde visitar a los enfermos hasta ser responsable de su gente. Durante todo el tiempo de su encargo, el funcionario tiene vedadas muchas cosas, porque sólo así disfruta de un prestigio especial: ejemplariza con su vida intachable la conducta a seguir por los hombres de su pueblo.”

Simón no necesitó preguntarlo; sabía que las autoridades del pueblo yaquí, con sus propias funciones, no apreciaban al gobierno del centro, al gobierno “yori” o blanco y que las elecciones en el resto del país los tenían sin cuidado. Sólo por un motivo se acordaban del gobierno central: cuando lo necesitaban para evitar la explotación que sufrían de parte del criollo o del mestizo.

El espectáculo de la plaza era bello. Sentados, los hombres y las mujeres discutían en voz alta pero con medida el pro y el contra de cada hombre elegido como posible candidato e iban descartando a los menos capaces. Durante todo el tiempo los aludidos tenían que estar presentes, escuchando el veredicto del pueblo y la “opinión pública” que de sus personas se tenía.

Terminó la ceremonia y los nuevos mandatarios fueron felicitados: en sus manos quedaba la suerte, por un período determinado, de todos los pueblos de la zona del yaquí.

Después de la solemnidad requerida durante la ceremonia, se lanzaron cohetes y la música se dejó oír en todos los rincones de Vícam Pueblo. El tambor, sonoro y ronco, lanzó la noticia de que los buenos del pueblo habían sido electos. La nueva sería escuchada en muchas leguas a la redonda.

Tócil y su amigo Simón regresaron a Bácum.

Al llegar a su casa, Simón conversó largamente con Rosa que lo escuchó atentamente. Al final, ella le dijo:

-Se hará como tú lo has prometido.

El le sonrió cariñosamente. Rosa siempre estaría a su lado como una magnífica compañera. La miró a los ojos y vio en ellos una pequeña duda.

-¿Quieres decirme algo?

-Tengo miedo, Simón. Ese viaje será muy peligroso. Después de que presentes las quejas no podremos regresar a este pueblo.

-Es necesario despejar las nubes para que nadie tema el mal tiempo.

-Pero, correrás peligro.

-Todos los días existe el peligro de morir. Morir es tan fácil como vivir. Rosa: es necesario que pidamos desde luego tu cambio.

-¡Te gusta tanto Bácum! Quieres que pida mi cambio... ¡Entonces, no piensas volver! Yo puedo quedarme, Simón, los militares no me harán nada. No se atreverán.

-Los toros cuando se enfurecen, se atreven con todo y aplastan a las pobres hormigas que encuentran a su paso. Será difícil que regrese a este pueblo. ¿No lo entiendes? Será difícil... Por tí. Bácum no es el único pueblo interesante. Hay otros. En todas partes la necesidad crece y el hombre se achica, es como una bestia acorralada. La miseria lo vuelve miedoso, una piltrafa.

Rosa calló. No podía sentir cansancio; no el de otras mujeres. Si su marido aseguraba que cualquier sitio era bueno para el servicio humano, ella debía seguirlo en su verdad y en su decisión.

Tócil los visitó por la noche. Ya para partir, antes de despedirse, entregó a Simón un collar de oro.

-Para Rosa -dijo simplemente.

Simón no lo aceptó. ¿Aquello significaba que Pluma Blanca deseaba pagar los servicios que él ofreciera? El cumpliría de todos modos. Cumpliría bien. No podía aceptar el obsequio, no deseaba ayudarlos mediante un pago determinado, no quería cobrar. Sintió que el collar le quemaba las manos. Ofendido, lo devolvió.

A Tócil se le empequeñecieron los ojos. Entonces sintió Simón que lo había herido profundamente. De seguro el collar era de la madre de Tócil o de su abuela. Aunque ignoraba de quién era, el obsequio rompía todas las barreras entre ambos. Había hecho mal en no aceptarlo. Con la entrega del collar, Tócil no trataba de pagarle era un regalo de un amigo a otro amigo, un recuerdo, prenda especial de afecto para Simón y la mujer de Simón; significaba tan sólo un presente sentimental porque Tócil no ignoraba que Simón jamás volvería a Bácum; probablemente lo matarían a él y a los yaquis, antes de que pudieran salir de los pueblos ribereños. Los soldados tenían órdenes estrictas y los soldados estaban en todos los sitios...

Simón guiaría a los indios y por este gesto de amistad Tócil se había desprendido de algo que amaba con todo su corazón, porque la amistad valía más que los recuerdos. Con su rechazo, Simón lo humillaba. ¿Es que no eran amigos?

Los dos hombres se miraron. Ambos estaban turbados. Simón quiso hablar, pero como de costumbre, las palabras se paralizaban en su lengua.

-A Simón le da pena aceptar ese obsequio tan valioso...

Rosa hablaba, disculpando a su marido; pero Tócil no la escuchó. Enredaba la cadena de oro de collar entre sus dedos, con un gesto que quería decir que para él la rica pieza era ya una cosa inútil, indigna de su amigo.

Simón buscaba desesperadamente cómo crear de nuevo un lazo entre los dos. Miró sus dedos y vió el anillo que había pertenecido a su padre y al padre de su padre. Era un anillo de oro con una piedra labrada. el ídolo de obsidiana incrustado en el oro tenía relieves que fijaban los ojos en miradas de asombro. Sacó el anillo de su dedo, y estrechando la mano de Tócil, se lo entregó. Luego, silenciosamente, desenredó de los dedos del yaqui el collar de oro, y lo puso con gran cariño sobre el cuello de Rosa.

El pacto estaba cerrado. Los tres sonrieron complacidos. Tócil, lleno de orgullo, obsequió a Simón carne seca en abundancia “para el camino” y una botella de bacanora. Llegaba colmado de presentes.

Tócil esperó largo rato. Luego puso en manos de Simón todos los documentos que comprobaban la situación del yaqui. Se acordó que el viaje se llevaría a cabo tan pronto como el gobierno del centro acordara el traslado de Rosa.

Aunque en los días sucesivos Rosa y Simón vieron a Tócil, no hablaron más de los asuntos de la tribu. Parecía que todos se olvidaban de algo que, sin embargo, les preocupaba muchísimo. Cuando llegó la autorización del cambio, Rosa y Simón abordaron el tren. No se despidieron de nadie: los indios sabían exactamente dónde esperarían a sus compañeros Simón Gutiérrez. Rosa, por su parte, seguiría el viaje hasta un pueblo cercano a Querétaro que se le había asignado por el gobierno.

Allí, una vez más, el ansia de ver a Simón se le agigantaría en el pecho...

Juntos abandonaron el pueblo, pero Simón se bajó del tren a una distancia de varios kilómetros de BÁCUM. Casi no se despidió de su mujer. Rosa rehusó verlo partir y para impedirse a sí misma este dolor, entrecerró los ojos. El paisaje giraba vertiginoso y ella se sentía como en un tiovivo. No era mucho: un poco de mareo. Cerró más los párpados hasta perderse completamente en su propia conciencia, en su propio amor. Cuando los abrió, Simón ya no estaba a su lado.

Ella pensó: “¡Extrañas las relaciones entre hombres y mujeres! Siempre como una lucha. Unos a otros se desgarran y aun hechos jirones tienen una sonrisa inmóvil.”

Pensaba tranquilamente, desoladamente. Pensaba en el pequeño tambor, en el collar, en algunos otros obsequios. ¡Y la exigencia! Lo que se pedía y lo que se daba. Era algo más que un objeto, y sin embargo, siempre, ante el deseo, la pequeñez de la acción; el pensamiento primitivo encerraba a la realidad en un punto. Recordó que cuando chica le gustaba trazar círculos con su compás: apoyaba el punto medio y trazaba después el círculo, alrededor. Desde entonces su deseo y la realidad eran iguales. Ahora ella seguía con el compás en la mano, pero sin la medida... Siempre los círculos eran más grandes: como el perro que en vano intenta morderse su propia cola.

Ella amaba a Simón. La gente por lo regular no se ama: se desprecia y menos aún, se soporta. En las relaciones entre hombres y mujeres, ¿qué? Se meció suavemente en su propia angustia. Acudían figuras y hechos en sucesión. ¿Soñaba? Iba en un tren y Simón estaba ausente. No que se entendieran.

Quizá porque no se entendían se amaban; las cosas pasan a veces de ese modo.

Recordó: en la ciudad conoció a una maestra. ¿Por qué ahora, cuando sentía el dolor de la ausencia de su marido, pensaba en aquella mujer que no le significó mucho? Sin embargo... Aquella maestra ya no era joven. Ella le dijo, más bien no lo dijo, pero se podía adivinar en sus miradas, que por la noche permanecía despierta en su habitación y tal vez fumaba, bebía y los libros con que llenaba la soledad se apoyaban en sus manos, pero no eran leídos, le provocaban cansancio. ¡Son tan pocos los libros que hablaban de la realidad o de los sueños! No valía la pena leer...

Y una noche de más calor que las otras; una noche en que el cuerpo pesaba como si llevara un muerto dentro, la mujer vibró cuando chocaron sus ojos con un hombre muy joven. Demasiado joven. Uno de sus discípulos.

Ella atravesaba por una de esas horas en que las mujeres y los hombres llevan un muerto dentro del cuerpo antes de morir definitivamente y son capaces de hablar con los postes de la esquina. Esa hora en que los hombres y las mujeres hablan consigo mismos en las calles y accionan como locos. Han trazado un círculo más amplio olvidándose del compás.

Ella no dijo nada. Posiblemente le dio vergüenza. A las gentes esto siempre les da vergüenza; pero en aquel momento no la sentía. La vergüenza viene después, al día siguiente, pero aquella noche, no. El joven era tímido, estudiaba y cuando la maestra entró ni siquiera levantó los ojos del libro. Luego sintió su mano sobre los cabellos.

Una mano ardorosa, que se deslizó primero en una caricia y luego se crispó sobre la frente. Expresaba el deseo de la mujer.

Y sin una palabra, sucedió “todo”. Al recobrar la tranquilidad, la palabra “todo” y su significado, la enervó. Sintió un terrible descontento. Y el hombre también. ¿Por qué había sido aquello? Era como hablar a solas, por la calle. No había tenido lugar ningún acercamiento, seguían tan solos como antes.

La mujer no tuvo piedad. ¿Acaso la tenía para ella misma? Y el muchacho se sintió más joven, más ansioso, más descontento, pero humillado en su hombría. Se volvió desconfiado. Así que aquello no era “todo”, que había algo más... No había sido un placer, había sido un golpe y los dos los sintieron.

Y Rosa se dijo: ¿por qué las mujeres nos sentimos arrastradas por nuestros peores impulsos igual que los hombres?

Recordó a pesar de su desencanto, aquella maestra no bajó los ojos que en forma desafiante se cruzaron con los de todos. Ahora tenía el conocimiento de que los hombres y las mujeres saben que “todo” no es todo. De eso estaba segura. No tenían por qué mostrarse tan orgullosos.

La maestra no le dijo nada en voz alta, pero ella supo que era un fragmento roto, hoja de un libro despedazado, y por eso comprendió muy bien por qué pidió su traslado adonde no se encontrara con más rostros conocidos. Muchos creyeron que era por vergüenza, pero Rosa sabía que no. La maestra quería escapar de gente tan muerta como ella.

¿Por qué pensaba todo eso? Las personas, se dijo, son pedazos de vidrio que reflejan algo y no forman nada... Para que el vidrio sirva hay que fundirlo de nuevo, pero el vidrio helado sólo se funde al calor de un fuego vivo, sólo así toma forma... Al calor de la llama viva, como Simón, que era todo fuego.

Seguía con los ojos cerrados. El aire que se filtraba por las rendijas de la ventanilla, tenía vibraciones de cristal.

¡Vidrio! Puro vidrio hecho pedazos. Está la gente íntegra, de pie, y llega algo, algo que es como una piedra y ¡paf!, vidrios rotos. Se acabó la transparencia y el paisaje. Vidrios rotos sobre el suelo.

Pero, ¿quién los pega? Los hombres no tienen dueño ni siquiera se pertenecen a ellos mismos. Pocas veces se descubren. Hasta creen conocerse y luego cualquiera cosa los rompe.

Recordaba gentes. Muchas gentes. En su pueblo, allí de donde ella era, había hombres. Hombres circunspectos que ponían líneas divisorias, precisas, entre el bien y el mal. Tan divisorias y tan precisas como las que los hombres ponen entre los negros y los blancos, los criollos y los indios. ¡La división! De allí los pedazos rotos, el rompecabezas. Bien. Aquellos hombres que dividían todo, se emborrachaban, sin embargo, porque en su descontento querían dividir hasta su propia alma de la que deseaban escapar. Bebían como cubas, y algunos hasta arrojaban los vasos vacíos de cerveza contra los espejos. Odiaban su cara de todos los días. Así eran los pueblos. Todos perdían la línea divisoria, la cruzaban y se volvían a la niñez inconsciente, sin responsabilidades. ¿Para qué?

Rosa sintió de pronto que se encontraba subida en su desprecio, un desprecio sin piedad. ¿Sería también lo que Simón experimentaba? ¿Aquel desprecio, un poco de nariz levantada, que se volcaba sobre todos los hombres? Comenzaba a entender a Simón. Pero, ¿lo entendía realmente? El no estaba en el desprecio. Era de los pocos que sabían del amor,

del real amor. Por eso la gente lo amaba, se fundía; fundía su vidrio helado en su llama viva.

Ella necesitaba subir... todos querían subir. Eso lo deseaban alguna vez; pero carecían de escalera o de alas y entonces bajaban, como ella lo estaba haciendo, perdiéndose en las profundidades o quedándose en la superficie gelatinosa, temblando de miedo ante la posibilidad de perder a Simón... Si lo mataran... Se estremeció.

Estaba como en un pantano, hundiéndose cada vez más; por eso ella y muchas gentes gritaban solas, manoteaban con tanta agitación cuando platicaban; se cogían, como náufragos, de la primera persona que pasaba por la calle; soñaban con el dinero y con la propiedad; creían que con esto iban a ser felices. Rió amargamente. ¡Si de veras se pudiera conseguir, comprar todo con dinero! ¿Se habría perdido de tal manera el espíritu? Y el ansia verdadera que los ligara a la juventud, ¿en dónde se encontraba?

Los pensamientos giraban como el paisaje. Abrió, cerró, abrió de nuevo los ojos y vió que eran iguales sus pensamientos y el paisaje, con árboles que giraban como hombres, nubes vertiginosas, tierra de la que siempre huían ella y Simón. Y esta ansiedad de él, ¿era acaso natural? ¿Por qué tenía miedo de poseer? ¿Era débil? ¡No! Simplemente, no tenía interés. Simón no creía que la vida era toma y daca. Era necesario vivir y no basaba su existencia en operaciones de sumas o restas. Simplemente permanecía en la vida, no en las cosas. Pero, ¿cómo hacer aquello? ¿Cómo logrado? ¿Cómo lo obtenían él? Nadie podía darle nada; él tampoco pedía nada. Tenía su desprecio, pero con amor. Y ella sólo tenía el desprecio; era como un

cuarto cerrado, sin ventanas y sin luz. Otras gentes no tenían ni eso ni el desprecio.

Pero, ¿se les podía realmente despreciar? Sintió de pronto una gran compasión, y ganas de llorar. ¡Una gran compasión! ¿Sería el primer paso para el amor? Ella deseaba amar, permanecer. ¿Pero para ser tan simple hacía falta corazón, estómago o cabeza?

Y ella en su ambición le dijo alguna vez a su marido: “¡Es difícil amar con la cabeza, con el sexo, con el corazón! ¡Pero yo deseo amar así!” y era verdad. ¡Todavía seguía siendo verdad!

El tren se detuvo. Querétaro. Opalos en las manos de los vendedores. Deslumbrantes piedras fraccionadas en todos los tonos de la luz. Rosa las miró atentamente, con ojos asombrados. Eran las únicas piedras con imaginación, las únicas piedras que habían escapado a la monotonía. Adaptadas, sin color especial, sumándose a todos los colores, sintetizando las tonalidades..., ¡Siempre diferentes! ¡Pasaban de ser vidrios rotos, eran algo más: piedras con imaginación. Y Simón era entre los hombres lo que los ópalos entre las piedras.

De Querétaro siguió a Pueblo Nuevo. Allí tendría que esperar... Simón también esperaba, pero tranquilo, sin impaciencia. El ansia de los corazones, pensaba él, es un palpitar de alas que pueden cruzar muchos espacios. Las gentes no pueden perderse en el vacío; tienen su humanidad.

Transcurrió una semana y no necesitó que se lo dijeran para saber lo que había pasado. Luego lo confirmó: el miedo hace morir a los hombres. Los yaquis, por tanto huir, por hacer tan notable su huída, fueron descubiertos a los dos kilómetros de Bácum y se les acribilló a tiros.

Los cuerpos fueron encontrados con las lenguas rotas por un tajo de navaja. Nunca aquellos hombres pudieron llegar a su destino.

Pero simón sabía que el destino es algo más que el asesinato de dos hombres. salió sigilosamente por la noche, cruzó el pueblo, luego el río, después otro pueblo. Siempre caminó de noche. Al fin, fuera de la zona del Yaqui, abordó el tren. Estaba tranquilo. Los documentos que denunciaban la codicia militar estaban con él y llegarían a México. Pluma Blanca recibiría el mensaje libertario. Los tambores broncos comunicarían muy pronto la buena nueva en Vítam Pueblo, en Rahum, en el río... Sería el principio de la lucha en que los hombres celebrarían al fin sus bodas con la tierra...

Simón Gutiérrez cerró los ojos, se acomodó sobre las tablas del carro y escuchó tranquilamente el ruido de las ruedas... Tenían el mismo sonido del tambor yaqui; tenían semejanza con el ruido de la tormenta sobre los campos verdes y la dulzura de los besos de Rosa cuando, por las mañanas, le bañaba el rostro con la flor de sus labios desnudos...

Se quedó dormido.

CUANDO ROSA LLEGO A PUEBLO NUEVO, se encontró con una vida diferente: todos estaban llenos de inquietud, no querían un ritmo tranquilo.

Refugjaban su sensualidad frustrada en la iglesia. A ella asistían diariamente, y rezaban durante horas y horas, con los brazos en cruz y dándose golpes de pecho. ¡Cómo se golpeaban! Querían hacerse pedazos ellos solos. ¿O sería que tanta cosa que consideraban pecado les prohibía tragar su propia saliva? ¡Se escupían por dentro! También éstos, se dijo Rosa, sienten el desprecio. Era intolerable verlos rezar así, arrepentidos de vivir tan poco, no queriendo pecar y retorciéndose como víboras para todos los deseos.

A pesar de su aire feroz, los campesinos eran hermosos. Con una fiereza que se les diluía en la boca cerrada firmemente y en los ojos endurecidos. Toda la gente frustrada tiene ojos así y labios así. No saben sonreír.

Para no hablar de ellos, hablaban de las vacas, de las cosechas y de la iglesia. Todo lo arreglaban con velas que ponían sobre el altar. Este siempre se encontraba lleno de velas de todos tamaños y de todos precios. Era como un baile de quince años. Velas con crespones blancos o rosa, o azules, sobre los que corría la cera a raudales; cera derretida como las lágrimas de los hombres.

Aquellas velas era lo único vivo que quedaba del deseo. Allí estaban las apuestas: "Te compro una vela de a cinco pesos si me permites levantar una cosecha." No hablaban jamás de qué

iban a hacer si no les cumplía su deseo, pero de todos modos, el trato era malo: sólo entregaban cinco pesos a cambio de una cosecha que valía doscientos. ¡Qué manera campesina de esquilmar a la virgen!

Todo quedaba en las velas: desde los deseos de conseguir novio hasta el alma de los difuntos que debían obtener por tan módico precio -una vela- su paz duradera en el más allá.

Rosa dijo: están muertos todos. ¡Cuánta gente muerta! Crucificados, agónicos por su fracaso de no vivir; muertos, definitivamente muertos, sin agonía y sin haberse dado cuenta de la transición.

Acondicionó la escuela. Tal vez los niños logran salvarse. Estos de Pueblo Nuevo, más desgarrados que los indios de Sonora. Criollos puros estos de Pueblo Nuevo; tan pobres como aquéllos y menos defendidos, más inquietos y más inermes.

La misma miseria en todas partes. Era una lepra incontenible. Los de aquí y los de las colonias proletarias; los de las minas de arena y los hombres en los campos... Todos encauzaban su deseo por medio de velas, de rezos, expectantes de un milagro que arreglara todo hasta lo que no tiene arreglo, Era demasiado. No se podía aguantar más. Las gentes crucificadas, las velas y los andrajos por doquier.

Más allá existe la tierra. Simón pensaba que más allá existía la tierra, porque los ojos abarcan más que los pies; Rosa pensaba que más allá existe la tierra” porque por todas partes los hombres se encontraban en ella como lombrices. No había más, no había escape. Pura tierra. Y ella deseaba aire. Abrió las ventanas y miró los campos y las calles. Pueblo Nuevo era un pueblo viejo.

¡Diablo! Cómo se metían las palabras en la conciencia. Eran manos arañando. Presos dentro de los barrotes, con lija sobre el hierro que trataban de destruir para escapar. Le dolía la cabeza. ¡Si tan sólo Simón estuviera a su lado! ¡Por qué no escribía? No era posible aguantar sus propios nervios; ella también, como tantos otros, no podía más consigo misma y tenía ganas de reír salvajemente, de abofetear a los hombres y a las mujeres y de amarlos; pero sólo los despreciaba.

Se puso a trabajar activamente. Habló con todos: con los niños y con los viejos, con los que asistían a la iglesia y con los que araban los campos... No decían mucho, ni siquiera miraban de frente. Parecían tener miedo de escuchar su propia voz. Mandaban sus hijos a la escuela: chicos de ojos claros, de piel oscura y blanca, adivinándose en todo su ser la huella remota de las razas que apuntaban aquí y allá, como entre un montón de ceniza cálida las brasas ardientes. ¿Eran mexicanos, españoles, moros, italianos, franceses, indios? ¡Eran todo! Eran otra cosa. Sólo les quedaban las brasas, las chispas, el calor... Y el silencio. A veces actuaban curiosamente. Nadie se lo explicaba. Eran las brasas quemando el aire con sus olores de copal, discordes, rotos en su armonía, pero hermosos. No deseaban serlo, pero lo eran; lo eran hasta dentro de su fealdad; dentro de sus harapos y fuera de ellos. Había algo inaprehensible que se traducía en una actitud de salvaje libertad; era su deseo de ser, de que se reconociera que en cada uno de ellos podía apurarse un hombre que trastornal para crear, para existir.

Se refugiaban en su silencio y en su pasividad, pero había algo más que las velas: era una esperanza sombría de no ser destruídos. Sí, eso era: una defensa pasiva, como el agua, que

lo inundaba todo sin tropezar con nada. Gotas de lluvia, fuertes en su debilidad, construyendo aquí, quitando hojitas de tristeza allá, serenos en su rezo, pero sintiendo algo más que el rezo; encendiendo sus velas, pero buscando el sol...

Empezaba a comprender, pero seguía despreciando. ¡Cómo envidiaba a Simón! El se entendería con ellos, como se entendió con Julio Tócil.

Empezó a ver a los niños de Pueblo Nuevo y con su presencia sintió la dulzura de los campos bañados de rocío. Olfán a barro nuevo, a barro sin cocer. Con la misma mezcla de establo y de campo.

Eran profundamente animales.

Un día amanecieron agitados. Todo el pueblo se trastornó. Era un hormiguero. Iban y venían, llevaban jarros baldes con agua, piedras en las manos, ansiedad en los ojos.

Rosa se asomó a la puerta. Los niños, sintiendo la inquietud en el aire, se negaban a obedecer, a estudiar. Todos, maestra y alumnos, se lanzaron a las calles de Pueblo Nuevo y siguieron la corriente humana. Se dirigían a los campos. No hablaban, pero apresuraban el paso. Llegaron hasta los límites del pueblo. Allí donde la hierba se hacía tierna y las mariposas detenían el vuelo.

Rosa miró curiosamente: llegaban delegados del gobierno a repartir la tierra y nadie la quería.

-¿Por qué? -preguntaban los delegados.

La pregunta llena de extrañeza no era contestada por ninguno. No deseaban la tierra. ¿Para qué? Tenían experiencia. Se daba la tierra en distintos lugares, pero, ¿de qué servía? Para cultivarla hacía falta dinero, mucho dinero y nadie lo tenía. pero ¿para qué explicar? No era posible que “ellos”, los delegados,

lo ignoraran. ¿Por qué hacerte tontos? Allí estaban con sus cascos sobre los ojos, con sus botas, sus automóviles, sus ingenieros y sus papeles. Se sentían los grandes señores repartiéndole la tierra... ¡Bah!

-¿Por qué no quieren la tierra? repetían, preguntando, los delegados.

La pregunta quedaban sin respuesta. ¿A quién se le ocurría preguntar? ¡Para qué deseaban la tierra a secas! No era posible que después se comieran los terrenos. Mejor se arrojaba la tierra sobre los delegados; que se la repartieran. Así sabrían lo que es tener los hocicos llenos de polvo. ¡Cochinos!

Empezaron a llover terrones y piedras sobre los delegados.

-¡Aquí tienen su reparto! ¡Puercos! Hijos de...

Algunos de los ingenieros sacaron la pistola apuntando a la multitud enfurecida.

Era curioso de ver. ¡Aquellos hombres de suyo tan pacíficos! ¡Tan callados! Ahora protestaban a gritos, se refían las mujeres, los hombres barbotaban palabrotas, hasta los niños se mofaban de los ingenieros. Rosa estaba aterrorizada. ¡Era una tormenta! Una tormenta de terrones y piedras, de indignación. El aire se obscurecía. La gente arrojaba baldes con tierra sobre los delegados. En el impulso se levantaban nubes de polvo. Estos de los baldes eran los mismos campesinos que llevaban el agua hasta los límites del caserío. Primero arrojaron el agua sobre los intrusos. No fué suficiente y ahora los bañaban de tierra. Los hombres churreaban lodo y agua... La multitud gritaba cada vez más roncamente, hasta que de la garganta salían sonidos guturales, semejantes a los de un animal en la selva.

-¡Cochinos! ¡Cochinos!

¿Por qué? La pregunta se perdía entre el polvo, el agua, los insultos y la risa procaz de las mujeres. La crueldad era colectiva. No querían la tierra. Y en su rechazo había algo más que una negativa, era un grito desesperado. No querían la tierra porque no podían comer tierra. Necesitaban dinero, animales, aperos... Necesitaban...

¿Por qué expropiaban y por qué cedían la tierra a secas? ¿Para qué? La actitud rebelde los encrespaba a todos. ¡No querían la tierra! Si los delegados no hubieran vuelto la espalda y buscado refugio en el pueblo cercano, se les habría lapidado, arrastrado por el lodo y la gente hubiera bailado una danza sin nombre sobre sus cuerpos muertos. Y eso era todo. Nadie persiguió a los que se alejaban; lo único que se quería era que no pasaran las líneas divisorias.

¡Cuánta frontera! ¡Siempre la frontera!

La multitud se fué calmando. Se encaminó humildemente hasta la iglesia. Iban de nuevo a rezar. Se golpearon el pecho y encendieron más velas. Lo hacían fervorosamente y pedían perdón por sus pecados. Las mujeres cubrían con la última punta de sus vestidos las uñas de sus pies. No deseaban que les mirasen sus piernas. ¡Y antes, en qué forma tan insolente enseñaban el trasero!

El cura habló, desde el púlpito aplaudió la actitud de todos. Había que dirigirse de nuevo al campo. Todos lo iban a hacer. Hacia allí se encaminó la procesión. El cura llevaba en las manos un recipiente de cristal con agua bendita. La puso en todos lados; en todos aquellos sitios donde los ingenieros y las gentes del gobierno habían estado de pie, tratando de entrar en Pueblo Nuevo.

-¡Vade retro! ¡Vade retro!

El agua caía como un leve rocío y se perdía en el lodo que formaba una masa obscura sobre el suelo.

El sacerdote hizo la señal de la cruz sobre los aires y fué como si barrotes de madera se hubieran puesto en los campos cercanos al pueblo. No podrían pasar.

Se sentían satisfechos. Había algo como una orgía entre aquellos hombres callados que salieron de su silencio como el agua sale de su cauce. Ahora, hincados, con los brazos en cruz rezaban... Y el cura los bendecía, una vez y otra vez.

Al fin condenó la violencia. Era necesario llegar a un arreglo, mandar emisarios con los delegados. Los campesinos escuchaban con asombro: antes se les ordenó lo contrario y ahora se les decía que los delegados y los ingenieros no pasarían hasta que no aceptaran determinadas proposiciones. ¿Cuáles eran?

-Deben aceptar la tierra. Aceptarla aparentemente.

-Pero, ¿y el dinero para las siembras?

Les sería entregado por don Macario Lugo, por Aniceto Andrade, por Julián Gómez. Eran los hombres más ricos del pueblo. Eran también propietarios de varias tierras. Ellos las volverían a comprar. Después del reparto, no querían dificultades con el gobierno.

Las comprarían a largo plazo. Cubrirían su importe entregando dinero cada año y los campesinos se obligarían a dar como tributo el veinte por ciento de las cosechas como una "recompensa" a la bondad de los ricachones. Ah, pero otra cosa: el resto de la cosecha sería entregado preferentemente a Lugo, Andrade y Gómez, a los precios que ellos mismos fijaran; esta sería la ganancia de los campesinos. El trato era noble. (?). ¿Acaso los ricachones no comprarían a precio justo la tierra que se les expropiaba? ¿Qué el plazo era largo y qué el dinero

recabado así se lo tragaba la tierra? Bien, bien, no era necesario hablar más...

Aceptaron. ¿Qué iban a hacer? No tenían dinero y les pareció un buen trato. Lo decía el cura. Tendrían más centavos que los de costumbre para comprar velas y a lo mejor se hacía el milagro: una mañana cualquiera, por obra y gracia de la Virgen, su calidad de propietarios sería indiscutible.

¡No deseaban la tierra! Aquellos que tenían cinco hijos, eran propietarios de cinco hectáreas. A su muerte, el hijo mayor sería el nuevo dueño. ¿Y los otros? Pobres, como siempre; en la calle, como de costumbre. Y aun el mayor. ¿Para qué la tierra si no tenían arados, animales, semilla?... ¡La tierra desnuda para que todos se murieran de hambre, para que los enterraran a todos! La proposición del cura era buena. Mandaron los emisarios. Los delegados sonrieron: alguien había convencido a los campesinos de que el reparto era conveniente.

Aceptaron las proposiciones. ¿Para qué ir a Pueblo Nuevo? No deseaba contradecir a nadie. Harían el reparto en el campo. Instalaron allí las mesas, las sillas, el emparrado, y las gentes de Pueblo Nuevo fueron llegando. Primero tímidamente, después en forma aislada. Todos tenían ahora el mismo aire silencioso de costumbre. No hablaban mucho. Tampoco se avergonzaban de su actitud anterior. Era como si jamás hubieran encontrado a los delegados.

¡Cómo había cambiado la multitud! El cura presenciaba el acto. Había tomado asiento cerca de los feligreses. Le rodeaban los hombres. Sus huaripas planas y blancas, atalayaban el sol; sus camisas de vivos colores eran infladas por el aire; entre las correas de los huaraches, asomaban los dedos de uñas aceradas; las mujeres, con sus pechos oscuros al aire, colocaban en la boca

hambrienta de sus pequeñuelos el seno que procuraban tapar con el rebozo...

La voz del delegado se hacía monótona. Los ingenieros tenían experiencia. No era el primer reparto. Hacía tiempo que visitaban otros pueblos, pueblos de indios que descendían desde la sierra, en épocas de cosecha. Bajaba toda la familia, cruzando sin miedo los caminos, tranquila y sosegadamente; llegaban hasta el lugar de la cosecha y trabajaban en silencio; reunían lo necesario y subían de nuevo al lugar de sus mayores, arraigados allí, como los árboles y el musgo. Nadie los podía cambiar de sitio.

En la sierra había dos pueblos separados por un río. En uno se encontraban los indios, en el otro los blancos. Allí también habían llegado ellos, los ingenieros y los delegados, para llevar la civilización.

Los indios mandaron decir que no los visitaran. Si los delegados cruzaban el río, serían muertos sin piedad. Enviaron como voluntario a un blanco amigo de los indios coras. Volvió al atardecer con el permiso para que los delegados tuvieran una plática con los indios a la otra orilla del río. Serían recibidos al día siguiente, después de comer y la plática terminaría al ocultarse el sol.

Asistieron. Los indios escucharon pensativamente las proposiciones de los delegados: Sería enviado un maestro, un médico...

¡La civilización!

Los indios hablaron entre sí. Hablaron mucho en su propio idioma. Nadie parecía escuchar las palabras de los delegados. Uno de ellos, el ingeniero, se impacientó. Golpeó la mesa fuertemente, pidiendo atención. El indio más cercano, le dijo:

-Continúa, aunque hablemos todos, te escuchamos.

Eran divertidos los indios. Cuando tenían que hacer discursos en su propia lengua, accionaban con rapidez, modulaban las palabras con entonaciones dulces y agrias, fuertes y exigentes; pero cuando hablaban en español, desgarraban el cuerpo, sus brazos caían verticales a sus costados y la mirada se les volvía estúpida. El ingeniero pensó que tal cosa era natural: él se sentiría ridículo si tuviera que hablar en francés delante de los franceses y sin conocer el idioma.

Al fin pidió que dieran su parecer. El silencio se hizo entre los indios. El intérprete transmitió el deseo; los indios se miraron unos a otros. El jefe habló:

-Lo único que pedimos es que tu gobierno no envíe a nadie.

-Que nos deje en paz. Nosotros no nos metemos con ustedes. Ustedes no se metan con nosotros.

-Pero, la civilización...

-Ah -dijo el jefe indio-, yo quisiera que me dijeras tú qué es la civilización y qué es la ley. Quisiera de verdad que me lo explicaras. Tú también, alguna vez, te has de haber hecho esa pregunta, ¿no es verdad?

-Pues bien, un día vino un hombre blanco aquí. Dijo que representaba al gobierno. Se apoderó de la vaca de mi compadre. Como es natural, éste protestó; pero el hombre blanco que dijo que representaba la ley, sacó la pistola y le abrió la cabeza. Se llevó la vaca. ¿Es esto la ley? ¿Esa es tu ley?

-Después vino otro hombre blanco. Puso una tienda y nos dejó a todos sin camisa. ¿Eso es civilización? Prestaba dinero y cuando pagábamos, nos vendía alcohol. Causó muchas muertes. ¿Eso es civilización?

-No. No deseamos que ustedes sigan aquí.

-Pero el médico, la enfermera, el maestro...

-Nuestras mujeres son atendidas por las comadronas del pueblo y es mucho. Las vacas no necesitan comadronas. Las mujeres, si están sanas, deben parir sus hijos igual que las vacas. No necesitamos maestros. Hablamos nuestro propio idioma y nos entendemos... Así, pues, ya los escuchamos bastante.

-La civilización...

-No la deseamos. A nombre de ella sabemos muchas cosas. En el pueblo que está al otro lado del río había cientos de hombres como nosotros, hombres de la raza cora. Vinieron gentes como ustedes y ahora sólo quedan ustedes: los hombres de nuestra raza han desaparecido. Así, pues, ya hemos oído más de la cuenta; porque nuestro amigo vino a pedirnoslo los hemos atendido, pero ya pueden irse. Lo único que deseamos es que nos dejen en paz.

Así estaban las cosas. Allí, con los indios coras; como estaban de otro modo con los yaquis, pero en el fondo, era igual. La gente se defendía por miedo a la destrucción. El miedo creaba las fronteras, todas las fronteras. El deseo de posesión apartaba a las personas y a los pueblos.

Esto pensaba el más joven de los ingenieros. Se limpiaba el sudor con el pañuelo y miraba a la multitud expectante. Todos escuchaban. Luego, ceremoniosamente, se acercaban para ver qué pedazo de tierra les pertenecía.

Le tocó el turno a un abuelo. Era viejo como el tiempo: tenía la piel tostada por todos los aires y los soles. Sobre sus arrugas, los cabellos negrísimos se destacaban en forma brillante. Cabellos de indio que desafiaban al tiempo.

Se cubría con una ráfda huaripa la cabeza y su mano derecha se apoyaba sobre un bastón hecho de pedazo de árbol, tan

arrugado y torcido como el viejo. En la izquierda, el abuelo llevaba cogida la mano morena de su nieto.

Todo él estaba cubierto de andrajos. Apenas si los remiendos cubrían las partes nobles. Los pedazos de su carne arrugada asomaban dolientes a través de los jirones de su calzón y su camisa.

El nieto también estaba andrajoso. Demasiado haraposo. Se le hubiera confundido con los limosneros más miserables del mundo; sin embargo, en los ojos del viejo había una chispa de orgullo y en sus labios una sonrisa de desprecio. También él lo tiene, pensó Rosa, él también lo siente. Los ojos del niño, en cambio, eran asombrados y morenos. Su sonrisa, amable. Seguía sin comprender las humoradas del abuelo.

-No quiero la tierra.

-No la queremos, repitió el nieto.

El ingeniero levantó los ojos y se encontraron con los del viejo.

¿Era un desafío? Ahora que ya estaba todo arreglado, este viejo imbécil iba a echarlo todo a rodar. ¡Era mucho! Comenzó a luchar.

-¿Por qué no quieres la tierra?

-No me hace falta.

-¿Pero no te das cuenta? La tierra es tuya.

-No me importa. No la quiero.

Ante su testarudez, el ingeniero se irritaba. El delegado se irritaba, todos estaban irritados. La gente los oía en silencio.

-Bien. Si ya te sientes muy viejo, piensa en tu nieto. Es tu nieto, ¿verdad?

-Para servirle a usted.

-Piensa en él. Constituye el futuro de él, de este pequeño; es el mañana. El necesita la tierra. Tú no puedes darle nada. ¿No ves todos tus harapos? Date cuenta de tu miseria. Tú y él están iguales. No es justo. Tú eres viejo y él es joven.

El abuelo levantó orgullosamente la cabeza. No vaciló en contestar. Las palabras salieron cortantes, llenas de conformismo:

-No quiero la tierra. Cierto que estoy lleno de andrajos, pero mira, ¿sábes una cosa?

-Dímela, viejo necio.

-Cuando nacimos mi nieto y yo, nacimos desnudos, “encuerados.” Sí. Desnudos nos echó nuestra madre al mundo. Todo lo que hemos obtenido después, es decir, después de la vida que tenemos, es ganancia, inclusive los harapos. ¡Qué lástima que tú no lo comprendas!

Arrojando una mirada desdeñosa sobre los ingenieros, sobre los delegados, se alejó de la mesa. Definitivamente, aquel hombre no quería la tierra. Vivir plenamente, sin deseo de posesión, ya era una ganancia.

Rosa tembló. Aquel hombre tenía más que el desprecio. Era como Simón: sabía del amor. No necesitaba nada.

¿Era posible? Pero, ¿cómo? ¿Cómo llegar a eso, a tener tanto que no hiciera falta nada?

Aquel hombre no creía que el dinero compraba la felicidad. Tampoco Simón lo creía. No deseaba propiedad alguna. Sí. Como Simón. Pero, ¿ella? ¡que no se perdiera, que no lo perdiera de vista jamás! ¡Que él no se fuera demasiado lejos! ¡Que le enseñara el amor! No como el amor era, sino como podía sentirse: hasta la perfección. Y lo que no pudo hacer durante muchos días, lo logró aquella noche. Lloró. Y no

necesitó ocultar la cabeza para hacerlo. Empezaba a comprender...

SIMON LLEGO y la vida fué buena de nuevo. Como de costumbre, él no dijo mucho con sus palabras: la abrazó y la miró intensamente, expresándole a su modo que la amaba.

-Te he extrañado, murmuró ella.

-No importa la distancia si las gentes están cerca.

La tomó de la cintura que empezaba a deformarse. Su mano se posó cuidadosamente sobre ella, con una delicadeza infinita.

-¿Ayudarán a Julio Tócil?

-Lo ayudarán.

Rosa calló por un momento; de pronto, dijo:

-Me amas mucho, ¿verdad, Simón?

El la apretó contra sí con ternura. Sus ojos la miraron en silencio, pero con un sentimiento tan profundo, que Rosa se estremeció de dicha. Sí, la amaba; la amaría siempre. estaban unidos, no hasta que la muerte los separara, sino mucho más allá de la muerte. Para ella nunca habría más hombre que Simón. Sus huesos estarían hechos polvo y si escuchara su voz, florecería como ahora, con una alegría y una entrega total. A medida que pasaba el tiempo, más lo amaba. ¿Quién había dicho que con los años se moría el amor? Ahora él formaba parte de ella, sin divisiones de ningún género. Y ya no era necesario hablar, porque el sentimiento la hacía quedarse sin voz.

La vida se reanudó monótona y tranquila. Simón se dedicó a las tareas del campo. sembraba; manejaba el arado desde el amanecer. Y su cuerpo delgado y oscuro se fundía con la tierra

en un abrazo sin cansancio. Al mediodía, cuando Rosa le llevaba de comer, se sentaban los dos debajo de cualquier árbol y conversaban. Conversaban al modo de Simón.

-Rosa: te has convertido en un árbol colmado de frutos, Esto decía, sonriendo con una leve sonrisa ingenua, mirando amoroso el vientre de ella. Y Rosa sentía que el rubor le empurpuraba el rostro.

-¿Por qué bajas los ojos, mujer mía? Llevas el mundo. Es como el mundo. Tu vientre es así. Dentro de poco tiempo, cuando "él" nazca, tu sexo será como una granada abierta.

-Cállate, Simón...

-Y él... Temblará en mis manos y me estremeceré al escuchar su llanto. Tu llanto y el de él... Y el mío. La vida llora, grita de placer. El llanto es nuestra lluvia. Bonifica nuestra tierra, lava el rostro. Nunca has visto a un agonizante llorar con la misma fuerza que a un niño que nace. Los dos abren la boca, pero el sonido es distinto. Nunca has visto a una mujer que muere, lanzar los alaridos desesperados, orgullosos, de una mujer pariendo. Los días se deslizan lentos, Rosa; son apenas arena entre los dedos; pero tus lágrimas, las mías y el llanto del niño harán que la arena se detenga.

Luego calló. No dijo más. La hizo recostarse junto a él y la besó reverentemente cada parte de su cuerpo. A pleno campo, con un orgullo de vida tan grande, que Rosa experimentó como nunca la dignidad del sexo y la grandeza de la existencia en toda su desnudez.

El no tenía vergüenza. Y sin embargo, ante los extraños, era púdico. El no veía las cosas como las otras gentes; pero las amaba más. La contemplaba: sus senos y su vientre, la garganta y los ojos, con igual respeto, sintiendo que todo era parte de

ella; todo y parte, dignificada. Ella era otra mujer; pero como nunca, una mujer.

Rosa pensó que las gentes que no conocían el amor, ignoraban la vida. Siempre la ignoraban. Nunca podrían comprender... Y tampoco se les podía explicar...

Los campesinos de Pueblo Nuevo habían comprado varios animales. Era necesario. Les faltaban para arar la tierra. Lo justo es que la tierra se les hubiera entregado con arados y bueyes; con semilla. y con agua... Pero no era así ¡Terrores! ¡Puros terrones!

Los delegados del gobierno trataron la compra de varios animales que fueron traídos desde puntos lejanos y que, por ende, no se aclimatarían fácilmente a la nueva región y al nuevo clima. Los adquirieron a sesenta pesos. Pero... El pequeño hurto, la ratería, hicieron que se comerciara con la miseria. A todos les parecía esto natural; era la ambición: adquirir la mayor suma de dinero de la manera más fácil posible: esquilmando a los pobres.

Los bueyès fueron entregados al gobierno a \$ 100; y el intermediario que los vendió, el comisariado ejidal, los cargó a \$ 200. A este precio fueron comprados y esa era la deuda que tenían los campesinos por cada buey. La cosecha pagaría. Esto era fácil de decir, pero todos sabían que la deuda era de por vida. Los hombres eran esclavos de la tierra y la tierra continuaba siendo el paraíso perdido. Para colmo de males llegó la sequía. El aire cálido y vibrante quemaba las gargantas, y los campesinos supieron como nunca que el trabajo era una maldición. El agua escaseaba en tal forma, que no quedaba ni para beber.

Y un día sucedió lo increíble: en las parcelas de La Margarita, los hombres, desesperados por la sed, mataron dos reses. Al clavar el puñal en el cuello, la sangre brotó incontenible y los campesinos, con la angustia en la garganta reseca, se pegaron a aquellos chorros de líquido ardiente y lo bebieron a grandes tragos. Cuando calmaron la sed, se miraron unos a otros el rostro sucio de sangre y se comieron su angustia. Tenían un aspecto lamentable. La sangre les había manchado la camisa y se les desparramó sobre la cara; de los cabellos les caían pequeñas gotas rojas, que resbalaban sobre las mejillas como lágrimas de púrpura.

Todos sabían lo inevitable. debían \$400, valor de las dos reses. En otras parcelas no ocurría que los hombres mataran a los bueyes; ésto se morían solos: por la sequía, porque fueron traídos de climas distintos, por... ¡Se morían!

Simón dijo: -Ya que han matado los bueyes, cómanselos. Los hombres, silenciosos y avergonzados, empezaron a destazar las reses, y cuando Simón regresó a Pueblo Nuevo, los campesinos se preparaban para una fiesta. Habían olvidado la sed, las deudas, habían olvidado el mal tiempo. Sólo recordaban la fiesta.

-¿Qué pasa?

Se lo dijeron: de que se mueran las reses y de que hagamos una gran barbacoa con ellas, barbacoa que nos comeremos, preferimos lo último. Así, pues, hemos decidido matar a todos los bueyes. Tendremos fiesta para tres días.

Simón pensó que esta comida resultaba muy costosa. La deuda sería crecida, muy crecida. Los campesinos estaban vendiendo su alma al diablo; se los llevaba el diablo con aquella

fiesta. Pero, ¿de quién era la culpa? Después de todo las reses iban a morirse...

Todo sería diferente si al expropiar la tierra se les hubieran entregado a los campesinos los medios de trabajo... Pero se quedaban a solas con su tierra, como si estuvieran ya muertos y enterrados. No podían comerse los terrones. Pero sí: muchos niños los comían, comían tierra y luego se enfermaban y morían, como los bueyes, en una hora cualquiera, ignorando la muerte. ¡Tan inocentes de ella! La llevaban dentro desde que nacieron. ¿A qué, pues, extrañarla ni temerla? Pero en su honda miseria, ¡qué sentido de la recuperación! ¡Y qué ignorancia del futuro!

Continuaban los preparativos para la fiesta. Las mujeres habían hecho arcos de flores, que colocaron en las calles. El papel de china, cortado en tiritas y en figuras, adornaban las azoteas, los músicos afinaban sus instrumentos. Había que sonreír. Y danzar. Y reírse de la vida y de la muerte. Este era el orgullo del pueblo.

Decían que cosas semejantes pasaban siempre en las horas de peligro. Estos hombres de Pueblo Nuevo, indudablemente amaban la palabra hoy e ignoraban la palabra mañana. ¿Mañana? ¡Quién sabe!

A todos los interrogatorios de un futuro angustioso, de un problema insoluto, el pueblo, la gente del pueblo, respondía: "quién sabe." Y efectivamente, ¿quién podía saberlo? Nadie, ni la curiosidad despejaba la incógnita.

Había que fiarse del destino; pero hoy era necesario, indispensable, urgente, bailar. Mañana, ¡quién sabe si todos iban a morir de hambre! ¡Quién sabe si existirían y quién sabe si

tuvieran otros bueyes para hacer barbacoa! Pero hoy, el hambre de muchos días se iba a calmar.

En cada casa de campesinos se mataban las reses. Unas habían evitado ya el trabajo, muriendo por sí mismas. ¿De qué enfermedad? ¡Quién sabe! Pero ¿por qué desperdiciar la carne? Era justo comerla y lo harían sin miedo. El cuerpo de los campesinos, hecho a los sinsabores, estaba inmune contra todo mal. Ellos confiaban en su resistencia y no le temían a la muerte. Comían cualquier cosa y jamás se enfermaban. ¿Por qué? ¡Quién sabe! Pero el caso es que no se enfermaban. Los que no eran muy resistentes, morían temprano. Los que no morían, lo soportaban todo. ¡Todo!

Era una orgía de sangre. Se mataba a las reses y se les destazaba. Los cueros se curtían para hacer unas zaleas que les servirían de cama.

La voz se corrió en todas partes: las reses se estaban muriendo. Era necesario anticiparse a su muerte, matándolas. ¡Qué importaba la deuda! Ya la pagarían. Con los años, y con el sudor y con el trabajo. De todos modos, estaban empeñados. Eran unos presos de los terrones que se convertían en su sepulcro. Allí los enterrarían; allí quedarían sus huesos, y sus lágrimas, y su desesperación, y sus deudas... Todo se liquidaría con la muerte; pero mientras tanto, era necesario vivir...

Durante la noche ardieron las fogatas. Las reses, bajo tierra, se convertían en barbacoa.

Las mujeres trabajaban febrilmente para hacer las tortillas y el pulque para adornar la calle con flores y yerbas, las azoteas con papel de china... Sólo faltaba una cosa: los cohetes. Nadie tenía dinero para adquirir luces de colores.

Al día siguiente, con la barbacoa preparada, tuvo lugar el banquete. El día seco y diáfano, lleno de sol, brillaba en las calles y en los rostros. Todos estaban alegres, llenos de ardor y de vida, con una impaciencia asombrosa: una impaciencia de vivir que se respiraba en el aire.

-¡Hoy! ¡Hoy! Había que llegar a la meta trazada por la propia alegría. Mañana ya no era importante. Del ayer ¿quién se acordaba? ¡Hoy! ¡Hoy!

Rosa los miraba sorprendida: ¿cómo entenderlos jamás? Ella no pensaba así. No tenía esa misma fuerza. ¡De dónde les brotaba a ellos, cuando siempre parecían aplanados, lacios, sin energía! Eran semejantes al mar. Allí estaban: calmos, bellos y de pronto, ante la menor inquietud, se revolvían encrespadamente. ¡Era todo tan increíble!

-Simón...

-Di.

-¿Por qué son tan irresponsables?

-Tienen una gran responsabilidad: la de vivir. La cumplen.

-Tú no eres así.

-No tenemos bueyes que matar.

-¿Te gusta este pueblo?

-Tú sabes que en ninguna parte me sentiré extraño. Todos los pueblos son iguales. Las gentes necesitan lo mismo: aire para respirar, sol para calentarse, bueyes para comer...

-Entonces, ¿aquí nos quedaremos largo tiempo?

-Da igual quedarse o irse.

Vicente Gómez se acercó a la escuela. Era un ejidatario. Traía una comisión: por cortesía, era indispensable invitar a varias gentes. A la maestra, a su marido y a los delegados del gobierno. Iba en representación del pueblo para cumplir con

su encargo. Lo hizo con grandes ceremonias y pruebas de afecto.

-¿Los esperamos a ustedes? -dijo-, ya para despedirse.

-Cuenta con nosotros.

-Se comerá a las dos de la tarde; pero si quieren ir antes, se echarán su traguito.

Se despidió. Dijo que era urgente encontrar a los delegados del gobierno, a los ingenieros y a los ricos que les habían prestado el dinero para comprar los bueyes.

-No es justo, dijo, que ellos se queden sin probar bocado.

A las dos de la tarde llegaron los invitados a la casa de Vicente Gómez.

La mesa lucía manteles blanquísimos y sobre los manteles las cazuelas de vivos colores, las rosas y los jarros, daban la nota alegre.

Se bebió y se brindó por todo: por las buenas cosechas, porque pronto tuvieran dinero, por la amistad. Por esa cosa sagrada, la amistad, se repitió el brindis varias veces. Al nombrarla, los campesinos bajaban la cabeza respetuosamente; por amistad eran capaces de muchas cosas, hasta de dar la vida. De esto a conceder favores de menor importancia, no había que hablar. Era valor entendido.

-¡Por nuestra amistad!

-¡Por nuestra amistad!

Las manos de los hombres hacían que chocaran sus jarros de pulque y luego lo bebían con la cabeza inclinada hacia atrás y las piernas un poco abiertas, compitiendo para ver quién sabía beber más de prisa y mejor.

Ya cerca de las tres de la tarde llegaron los delegados, los ricos del pueblo y los ingenieros. Se les sentó en el mejor sitio

y los campesinos se acercaron para atenderlos. Don Macario Lugo, don Aniceto Andrade, don Julián Gómez tenían la cara descontenta. No les hacía gracia la fiesta: ellos habían prestado el dinero para la compra de los bueyes. Claro que entraron en la combinación de negocios usuarios con los delegados, con los intermediarios y con los ingenieros; pero ¡qué diablos! Esperaban ganancias seguras. Y ahora, si los campesinos no pagaban, era imposible recoger los animales porque se encontraban muertos.

¿Ahora? ¡Quién sabe! Su dinero -ellos lo sentían- estaba perdido.

Con la sequía no habría cosecha; sin cosecha los campesinos no tendrían dinero. La deuda continuaba en pie. Claro que los alimentaba mejor que la barbacoa, la esperanza de recuperar rápidamente la tierra sin perjuicio de tener a su servicio peones de por vida, esclavos eternos que liquidarían la deuda a base de trabajo. Y en esta nueva compra en que los hombres serían tratados peor que los bueyes, ellos, los poderosos, siempre saldrían ganando.

Sin embargo, don Macario Lugo, don Aniceto Andrade y don Julián Gómez estaban de mal humor. Y se quejaban amargamente con el sacerdote del pueblo de la inconsciencia de los campesinos, de su desvergüenza, de su apatía.

-Son peores que las bestias, murmuraban.

-¡Peores! -aprobaba el cura.

-Iguales que cerdos, y sus mujeres junto con ellos. Se mezclan unos con otros sin pudor alguno. Tienen hijos aquí y allá, los reconocen a todos y no mantienen a ninguno.

-¡Es un asco! Señor cura, usted, desde el púlpito...

Los delegados, llenos de estupor, se sentaron a la mesa. ¿De dónde sacaron dinero los campesinos para ofrecerles semejante banquete? Apenas habían llegado aquella mañana e ignoraban que la barbacoa era producto de la matanza de los bueyes que había vendido el gobierno.

El banquete comenzó. La alegría hacía que brillaran los ojos de los campesinos.

Al fin, uno de los ingenieros preguntó: ¿Y a qué se debe la fiesta? ¿Es el santo de alguien? ¿Se ha bautizado a todos los niños, o qué?

Don Julián Gómez le murmuró la realidad al oído.

-¡No!

Don Julián afirmó con la cabeza.

Al ingeniero se le empurpuró el rostro.

-¡Imbéciles! ¡Qué imbéciles son!

Por fortuna, los campesinos no lo escucharon. Cuando oyeron la voz del ingeniero, fué cuando preguntó:

-¿Por qué mataron las reses? ¿Por qué? ¿Para hacer esta fiesta?

-No, señor -le dijo Simón-, es que los animales no se aclimataron y empezaron a morir.

-Pero podían haberse salvado muchos... El veterinario... Vicente dijo:

-¡Quién sabe! La lucha se la hicimos, pero la enfermedad no los dejaba en pie. ¡Quién sabe! Por las dudas, de que se mueran y de que nos los comamos, pues... ¡mejor no los hemos comido!

-La deuda

-Mientras que la vida dure, lugar tiene la esperanza.

Luego, con el jarro de pulque en alto, Vicente dijo:

-Por su salud, don Julián, por su salud, señores: ¡bebamos!  
Varios de los campesinos contestaron:

-Por su salud, Vicente, por su salud, amigos, “aunque nos cueste la vida”.

-¡Bebamos! -Gritaron todos con un frenesí salvaje-:  
¡Bebamos!

LOS DIAS DEL FESTIN pasaron y llegó el hambre, apoderándose de los cuerpos de los campesinos y de sus ojos que retrataban la angustia. Durante la noche se prendía la llama que manos anónimas colocaban en los árboles, convirtiendo los troncos en teas. El árbol, medio incendiado, podía derribarse sin burlar la ley; y algunos campesinos adquirían así la leña para su hogar.

Rosa estaba irritable. No podía evitar la pena que le causaba al contemplar a los niños a tal grado hambrientos que llegaban a veces hasta el desmayo. ¡Y ella no tenía otra cosa qué darles que un vaso con agua!

Los viejos del pueblo se reunían por las tardes y sentándose sobre el césped, se lamentaban de todo. No lo hacían en voz alta; tampoco externaban quejas; el lamento recordaba los tiempos peores.

-Esto de ahora no es tan grave. Y con tal reflexión, se consolaban.

Simón tenía la mirada hosca. Durante largas horas se desprendía de todo lo que estaba a su alrededor y escuchaba el ritmo de la vida que ahora se encontraba como paralizado. ¡Qué curiosa fisonomía tienen los pueblos con la miseria! Los hombres, los niños, y hasta los animales, cambian. El brillo desaparecía de los ojos; la piel quebradiza y rugosa perdía elasticidad y los hombres, tumbados sobre la espalda, se negaban a dar un paso. Más que nunca los terrores de su

“propiedad” estaban allí, desnudos y vacíos, pobres... ¿Para qué les servía la tierra?

Todos hablaban en voz baja: la situación era “peor” en otros lugares. Aniceto Regla podía atestiguarlo. En años anteriores fue trabajador de las selvas de Campeche.

-Es verdad -decía-. En aquel sitio se sufre más. Aquello es la tumba verde.

Con un deseo de no acordarse del hambre y de no protestar por ella, los hombres pedían que les contara los sufrimientos. Aniceto Regla contestaba:

-Los hombres palúdicos no saben que existe Dios. Sólo está la selva y nuestra pequeñez. Por meses, trabajábamos mucho y ganábamos poco. Al internarnos en la selva éramos doscientos. Cuando regresamos habían muerto varios. Otros venían sin orejas porque les fueron devoradas por la mosca chiclera; los más padecíamos “fríos”. La calentura me hizo tales estragos que, cuando vine a mi casa, mi mujer no me conocía.

Fue durante una época de hambre en este sitio cuando se nos ocurrió emigrar a varios. Pocos volvimos. Dejar la tierra no cuenta, sin embargo...

El silencio los cubría espesamente. Ninguno externaba en alta voz su deseo de irse lejos, de abandonar el terruño. Hubiera sonado tan mal cualquier palabra en ese sentido... Pero, ¿qué iban a hacer?

Simón también callaba. Con deseos ardientes de gritar a voz en cuello palabras como latigazos, callaba. Lo único cierto es que la tranquilidad, tanta tranquilidad, le era molesta. Las gentes campesinas, pensó, tienen la misma terca inconsciencia de las reses que mueren sobre el abrevadero seco buscando

agua donde no la hay. Los campesinos mueren sobre sus terrones, no piensan abandonarlos. Son "su querencia".

¿De qué oscuros rincones les surgía esta ansiedad? Así habían sido su padre y su madre; así eran ellos, los campesinos de todas las latitudes. ¿Era otra clase de amor? ¡Tiene tantas formas el amor! Desde luego la de poseer y la de darlo todo. Contradictoria, sí, pero también amable; y otras veces, amarga. Se tiene y no se tiene. Eso es todo.

Pensaba y pensaba. Cuanto más pensaba, menos entendía el por qué un hombre se aferraba a los terrones secos y consideraba eso "su tierra". A pesar del mal tiempo, de la sequía, de los sinsabores, se dijo, más allá existe la tierra. En uno mismo. Pero, ¿y en ellos? en ellos también existía, ferozmente, igual que el centavo que guarda un hombre dentro de sus propios zapatos.

Rosa también quería permanecer, estar. Y él no deseaba nada ni siquiera eso. Quería ser. Y no tenía importancia el lugar.

Deseaba decirles esto, pero no era posible, no lo admitirían. Lo único que realmente esperaban era que esto de ahora, toda la calamidad que sufrían, fuera inferior a la de otras épocas. Tal vez ésta fuese más grave... pero el hombre tiene tal capacidad para el olvido del dolor... Hoy le duele una muela y mañana no puede revivir la sensación que le obligó a torcer la cara sobre su propia consciencia.

Y eso pasa también con las mujeres. Rosa sentiría dolor al tener su hijo, y luego, acabado de nacer, lo olvidaría todo.

Cuando los hombres hablan del dolor, sólo repiten su pena en forma maquinal. Dicen: En tal época sufrimos tanto... No teníamos qué comer. O: La amaba mucho, pero ella no lo

entendió así... Pero la verdad es que desean olvidar. Nada les puede revivir las cosas muertas...

¿Y él? Escuchaba el ladrido de los perros y los miraba meneando la cola como los hombres mueven la boca en una sonrisa servil. Siempre obteniendo algo, buscando algo: un pedazo de tierra con terrones secos, un pedazo de pan... un... ¡Pero qué amables eran...

Se logró por ellos. Y por él. La tierra cantaba; a pesar de sus terrones secos, cantaba y reía; se reía de todo: de las esperanzas de los campesinos, de los pensamientos de Simón, de los orines de los perros. Allí estaba, inmovible, sabiendo que el triunfo final era de ella, de todos modos: en cosechas abundantes o pudriendo a los hombres depositados en cadáveres dentro de su seno. Volvían al regazo, no abandonaban el cordón umbilical...

Pero Simón se dijo que él no tenía familia. Hacía tiempo que no la tenía. No la familia en la forma que todos entendían. Tenía el amor. era distinto. No deseaba que las gentes se pegaran a él como garrapatas sobre el lomo de un perro. Quería sentir los pasos; y la respiración... Quería sentir la vida. La propia y la ajena. La vida, en fin, sin propio ni ajeno. se tiene... no se tiene. Uno quisiera tener, iesa es la verdad! ¿Pero quería tener realmente? ¡No! No deseaba nada. Lo único, lo único, que no se le acabara el amor.

Los delegados llevaron la noticia: fué como una luz en la obscuridad de la noche. Se necesitaban braceros. Cientos de braceros. Los que desearan ir tenían que hacer un largo viaje.

Al principio nadie entendió. Simón, sí. Sabía lo que aquello era. Se les obligaría a emigrar. Y ellos, los campesinos de Pueblo Nuevo, irían con sus huaripas planas, sus calzones y sus

blusas blancas, sus cinturones rojos; irían como ciegos en un viaje que para ellos no tenía fin; donde perderían el cordón umbilical en que siempre soñaron. Iban a caminar todos. Los obligaba el hambre.

El delegado hablaba y nadie entendía. Sólo la cifra exacta de los sueldos bailaba una danza fantástica en la mente de los campesinos. Ignoraban lo demás. Cerraban los ojos a lo demás.

No irían como otros emigrantes a conquistar tierra, a obtener fortunas, pero trabajarían lo mismo: de sol a sol, inclinados sobre la tierra. Esto los alegraba. Estarían inclinados sobre la tierra como siempre, pero, ¿era posible que existiera una tierra en otro lado aparte de la que había en Pueblo Nuevo? ¿Era posible que existiera otro país?

Los ojos verdes, los ojos morenos, los ojos castaños, brillaban de curiosidad. Pero si hubiera caído agua aquel día, si la refacción hubiera llegado, ellos habrían deshecho el viaje. Estaban allí, allí habían vivido, allí morirían.

Ahora los obligaba a caminar el hambre. Nada más. Nada menos. Consultaron, sin embargo, con sus mujeres, con sus madres, con sus hermanas. En aquella hora de prueba nadie se sentía el amo. También era indispensable tomar precauciones: los familiares quedarían al cuidado de la tierra, como si ésta fuera una madre vieja a la que les repugnaba abandonar.

Pero los asustaba la ventura. Casi ninguno había salido de sus propios terrenos y los que lo habían hecho era para ir a Campeche, a Yucatán, a la La Laguna, para volver con dinero suficiente para sí y para los suyos; y muchas veces regresaron con las manos vacías. ¿Pasaría ahora lo mismo?

El viaje que se ofrecía era más lejano: se necesitaban brazos para levantar cosechas en los campos del sur de los Estados

Unidos. Fuera de la patria. Aquello los llenaba de estupor y de miedo. Otro idioma, otras gentes, otras tierras... No eran suficientes las propias. ¡No eran suficientes!

El hambre los empujaba a aceptar. ¡Si tan sólo tuvieran qué comer! Aniceto Regla dijo que era necesario convocar una asamblea, era indispensable. No dejarían Pueblo Nuevo sin antes consultar a todos y los que desearan... Pero sólo podrían ir los jóvenes, los viejos quedarían con las mujeres y los niños.

Se convocó la asamblea. Los campesinos llegaban tímidamente y ocupaban su sitio; sentados a pleno campo como en aquella otra vez, cuando se les repartió la tierra.

Los delegados y el comisario ejidal estaban presentes. Sí, se necesitaban brazos, y por ello se les pagarían buenos salarios, comida... Esto martilleaba en el cerebro y en el estómago de todos: comida, dinero. Dinero, comida. Dinero, comida...

Querían, no querían... Los detenían siempre los ojos tristes de las mujeres y los impulsaba a partir el mirar ansioso de los niños. ¡Todos tenían hambre!

¿No se les había dado las tierras? ¿No las tenían en sus manos? Pero, ¿y la sequía, y el dinero de la refacción, y la semilla, y los arados? La tierra estaba allí, como un niño desnudo y enfermo. Nada más. Nada menos.

Como en otra ocasión allí estaba el abuelo lleno de andrajos, con su nieto y su bordón. Habló:

-¿A dónde van? ¡Quédense aquí! ¡Aquí! ¡No hay que dejar la tierra!

El, que no la quiso, era el que ahora la defendía. El, que deseaba estar libre de propiedad, ahora tenía raíces. Nadie lo escuchaba. La raíz se había perdido, estaba podrida. ¡Todos querían comer!

Las cosas andaban mal. El delegado del gobierno dijo que emigrar era conveniente. Habló de todo: de ayudar a los agricultores de otros países, de contribución mundial, de salarios mejores, de contratos individuales de trabajo, de seguros de vida, de atención médica, de... ¿Quién lo escuchaba? ¿Quién? Todos estaban allí con un solo pensamiento: llegar a su punto final, y comer! ¡Comer!

Como otras mujeres, Rosa le dijo a Simón, en tono de reproche:

-¿Tú también irás?

-No. Yo no iré.

Ella contestó:

-No hay trabajo aquí, pero podemos volver donde Margarito, a las colonias proletarias. Me escribió ayer. Ha levantado una casa para mí, para nosotros, para nuestro hijo...

Simón la miró curiosamente. Ella también deseaba emigrar. ¡Una casa! ¡Cualquier casa! Techo seguro, cuatro paredes y en lugar de amor, la compasión, el miedo...

-Podemos vivir aquí, en cualquier sitio. Podemos vivir donde quiera...

-Prefiero vivir allá, Simón. Por mi hijo...

-Y bien, ¿quién te lo impedirá?

-Pero, tú...

-Para mí un sitio es igual que otro. No me interesa ninguna casa. El río humano se hace invisible porque cuando los hombres aman la esclavitud, el hombre desaparece: como los ríos en el mar. Pero la libertad significa algo más que vivir en una casa... que morir y ser enterrado en un sepulcro.

Simón calló. Ahora -se dijo- ella tiene el sentimiento necesario para encadenarse. Y yo sólo sé que la amo. Pero ¿qué tiene que ver el amor con la esclavitud?

Luego, acercándola, la beso en la frente y en los labios:

-Rosa, no tengas miedo de vivir. ¡No tengas miedo! De pronto le penetró una profunda piedad por ella, por todos los hombres, por si mismo. Una piedad tan honda que sentía los párpados humedecidos por el peso de las lágrimas. Deseaban llorar por todos. Por aquel puñado de campesinos que, al igual que otros del país, emigraban, eran empujados por la propia tierra que tanto ambicionaba para sí: eran arrojados de sus fronteras y, sin embargo, jamás las borrarían de su propio corazón; eran obligados a salir del pueblo y del país y nunca se amoldarían a otro pueblo y a otro país; y aun cuando sembraran la tierra, no la querrían porque ahora pensaban que la tierra existía más allá; pero cuando llegaran a aquel punto sentirían sin amor que la tierra existía, de nuevo, más allá, al sur de la frontera, como ahora creían que se encontraba al norte... pero no era la tierra: era el hambre lo que los llevaba de un sitio al otro ellos no quería más que una tierra: "su tierra". Lo demás, no era importante.

-¿De verdad no te irás, Simón?

-Rosa, es necesario cruzar nuestras fronteras. Las nuestras, ¿entiendes? Cuando eso suceda, no significará nada estar aquí o allá. Y aun cuando no veamos a los hombres, ellos existen... y desean, quieren ser amados. Todos queremos ser amados, pero no amamos.

-Yo te amo, Simón.

-Pero no es esta clase de amor al que me refiero. Es otro, más hondo. La gente atraviesa el mar, pero hay pocos buzos. Nos quedaremos aquí, porque aquí nos necesitan.

Ahora Pueblo Nuevo quedará como los árboles en invierno: sin hojas y sin frutos. Rosa: ¿Podríamos quedarnos aquí todavía dos meses? Es necesario ayudar a las mujeres y a los niños, cuando menos hasta que tengan razón de sus hombres...

-Pero, Simón, ¿qué podemos hacer? ¡Dios! ¿Por qué siempre andas metido en conflictos? En la zona del Yaqui fué con los indios; ahora es con esta gente. ¿Qué podemos hacer?

-Siempre hay cosas que hacer.

Ella, pues, peleaba. Simón pensó: quiere y no quiere. Ella también tiene amor, pero tiene miedo. Va a tener un hijo. Desea protección. Todos la desean. ¡Todos!

Los hombres preparaban su viaje. Llevaban un equipaje muy pobre, iban desnudos con sus harapos, sin velís, sin ropa, sin comida. Llevaban sólo su esperanza.

Embarcaron en la estación; los despidieron sus mujeres, sus madres, sus hijos, sus familias... ¡Qué tristes se veían todos!

Simón se paró en el andén. Muchos lo saludaban desde lejos.

-Le encargo a mi madre...

-Le encargo a mi hijo...

-Véngase con nosotros...

-Le encargo...

¡Temían! Tenían inquietud, dolor, tristeza, todo, menos alegría, menos confianza. Tenían miedo. Todos tenían miedo, como Rosa, como el abuelo al que sólo le quedaba el orgullo; sin embargo, se contaría con el viejo para trabajar, era necesario. Hasta que los primeros dineros llegaran...

Miró con tristeza el tren. Allí iban todos los hombres jóvenes de Pueblo Nuevo. Cada hombre un coctel de razas, una mezcla infinita y sin ventura. Impelidos por el hambre, cansados antes de partir, doloridos antes de regresar...

-¡Adiós!

-¡Adiós!

Las manos se agitaban en el aire, fuera de las ventanillas del tren, como si sólo quedaran de los hombres los brazos y las manos. Era lo único con vida.

Y las mujeres inmóviles, enmudecidas, llorosas, agitaban en el aire la punta de su rebozo. ¡Adiós!

Era como si todos hubieran muerto. La primera separación. Acaso la última.

-¡Adiós!

Los que se iban, los que se quedaban, se sentían rotos por dentro, desesperados, miedosos; pero era necesario comer...

SIMON VOLVIA A LA TIERRA. Sus manos ásperas sepultaban el arado en las entrañas endurecidas, ablandándolas, rompiéndolas. Buscaba aquí; encontraba allá. Removía todo, la tierra y los hombres. Los viejos ayudaban con su experiencia, los niños, con tareas mínimas, las mujeres, con su esfuerzo multiplicado.

Las mujeres, jóvenes y ancianas, contribuyeron con puñados de semillas robadas a la despensa familiar.

Todos, alentados por el ánimo de Simón, por la fe de Simón, hicieron canastas, sillas, objetos varios y se dirigieron al mercado para venderlos. Así iban viviendo, nadie se moría; y dentro de la pasividad relativa, la actividad, de acuerdo con las circunstancias, iba desarrollando la supervivencia de la comunidad.

Con la ayuda de un ingeniero joven, se descubrió un pozo artesiano. El abuelo ayudó a su construcción. Tenía experiencia, tanta experiencia como años.

Ahora Simón, el abuelo y el nieto del abuelo, caminaban juntos por el campo, arando, sopesando cada terrón, convirtiéndolo en polvo fino que se deslizaba entre los dedos.

La primera semana, cuando los hombres jóvenes del pueblo partieron, la situación se hizo difícil; pero Simón se acordó de su amigo Margarito y le pidió auxilio. Margarito envió algo de dinero, no mucho, pero el suficiente para que todos comieran. Fué entonces cuando las mujeres entregaron a Simón algo de míz y frijol que habían quitado del presupuesto familiar. Aque-

llo proporcionaría una cosecha no para comerciar, sino para que no faltaran alimentos esenciales. La ayuda y la coordinación de todos era perfecta.

Nadie se moría, todos iban viviendo. No bien, pero vivían. Lo importante era soportar la situación hasta que llegaran las primeras remesas de dinero de los hombres que se habían marchado.

Y al fin el dinero empezó a llegar y también las cartas; cartas que no estaban en poder de la familia, sino en manos de los más viejos del pueblo. En ellas se pintaba la vía-crucis de la caravana de hambre que se extendió en diferentes puntos de Norteamérica.

El rebaño de Pueblo Nuevo, disperso, conocía ahora lo que significaban las fronteras. Sabía, como nunca, de la explotación del fuerte contra el débil, y tampoco dejaban en el vacío que la lucha por la vida era intensa; que obligaba a los hombres a inclinar la frente, dispuestos a la esclavitud.

El río humano, tembloroso en su angustia -pensó Simón cuando le enseñaron las cartas- gritaba su dolor lo mismo en las colonias proletarias que en las zonas indígenas; en Pueblo Nuevo, que en Campeche; que en Norteamérica, que en el mundo. Era la ley del más fuerte contra el débil...

El abuelo leía las cartas que sostenían sus manos temblorosas. Al leerlas, los ojos se le empañaban lo mismo que la voz.

-Nadie tiene la culpa más que ellos -solía decir-. ¡Nadie, más que ellos! ¿Para qué ese afán de dinero y de propiedad? ¡Deseaban escapar de la muerte y se están muriendo! ¡Querían escapar del hambre, pero cómo sufren! Nosotros somos libres, hijo, libres... con nuestros harapos y con nuestra miseria...

Simón escuchaba en silencio. Le enfermaba hablar. No quería hacerlo. ¿Para qué? El soñaba que alguna vez no existirían las fronteras pero para esto era necesario que los hombres no las tuvieran dentro de sí. ¡Los hombres de todos los rumbos, siempre tan iguales y tan miserables! Y la primera que era necesario destruir era la que ponía entre los hombres el deseo de posesión y de riqueza. ¡Un mejor reparto de la riqueza! Unos tenían mucho y otros muy poco. Tenían y no tenían. Querían tener. Todos querían tener mucho. Allí estaba el mal.

Dijo en voz alta:

-No podemos cerrar nuestros oídos cuando alguien se queja.

-Con llorar no se aminoran las penas.

-Es verdad, abuelo; pero para eso, para gastarlas, tienen los hombres sus lágrimas.

-Es lo único que podemos gastar.

El abuelo estaba irónico y triste. Las cartas le desgarraban el corazón, pero su vieja humanidad se defendía de los arañes del sentimentalismo. No deseaba estar triste porque no podía olvidar el rencor que le produjo el abandono; para él, los hombres que se habían ido eran traidores a Pueblo Nuevo, a su tierra. No merecían compasión.

Para Simón, en cambio, los hombres idos eran la caravana del hambre, desesperada, miedosa e inquieta. Los hombres huían de todo, hasta de sí mismos y luego se encontraban con el dolor. Nada más con el dolor. Desnudo y sin medida.

Su dignidad, su corazón, su ansia y su orgullo, estaban en los hombres de todas las latitudes, de todas las razas; pero la ley del más fuerte era implacable. Los débiles serían arrollados, desaparecerían lo mismo allá que aquí, que en todas partes.

Únicamente el amor... pero, ¿quién amaba? ¿Quién podía amar? Para amar hay que ser fuerte y todos, en su lucha diaria, eran como bestias acorraladas a las que se sacrificaba después del martirio.

¡El amor! Simón sintió una compasión infinita, una compasión tan honda, que al terminar de leer las cartas que llegaron, lloró a escondidas, en silencio, tragándose los sollozos que le barbotaban en la garganta y que eran el lamento de muchos hombres, de cientos de hombres. Lloraba por él y por ellos. Por todos los que no tenían amor; y por él, que tenía tanto.

Y por más que hizo por explicárselo, no pudo saber qué causas motivaban el insano deseo de posesión, de acumulamiento de dinero, de ansias de propiedad. El coraje se le hincó hondo. Era necesario terminar con los lamentos y actuar. Actuar hasta el sacrificio; pero ¿cuál era el sacrificio? ¡Ninguno! Nada era bastante para terminar con aquello.

En sus manos temblaban las hojas de muchas cartas. Historias, lamentos en pliegos de papel, de hombres que se fueron lejos, buscando la diaria subsistencia y la paz... ¡Y sólo encontraron el desprecio!

Las cartas eran elocuentes y pintaban la situación y el sufrimiento. Una empezaba así: “Los pizcadores mexicanos que, como los trabajadores rompe-nueces nos hemos organizado en uniones de resistencia, estamos próximos a ir a la huelga.

“Ese movimiento se debe a la injusticia en los salarios. A los gringos blancos les pagan salarios de un dólar por hora de labores, mientras que a los mexicanos y a los negros sólo se nos da trabajo si aceptamos cincuenta centavos. Debemos declarar

que el salario mínimo por la Ley Federal reciente, es de sesenta y cinco centavos por hora.

“La injusticia es general por estos rumbos. Las uniones de pizzadores de California y Texas han estado haciendo representaciones cerca de la Asociación Nacional de Agricultores de los Estados Unidos para que esto termine, y parece que todo va por buen camino. Si no se logra una nivelación justa, entonces los sesenta mil pizzadores iremos a la huelga; pero lo peor es que también se nos desprecia por nuestra raza. Lo único que nos consuela es que podemos enviar un poco de dinero a nuestras familias. Cobre usted los cheques, abuelo, ya que nuestras mujeres, ¡Las pobres!, no saben de estos menesteres.”

A medida que pasaban los días, las cartas subían de tono. Ya no eran sólo penalidades corrientes de trabajadores explotados sino una vorágine de estafas, humillaciones, que iba envolviendo a los hombres hasta convertirlos en moscas que luchaban inútilmente entre la telaraña que los mantenía prisioneros:

“Cada año la industria del salmón contrata cientos de mexicanos que lleva hasta Alaska. Nos contratan porque la nevera de que hablo es de tal modo inhóspita, que los gringos blancos no quieren ir y los negros, aun cuando quisieran, no podrían hacerlo porque empiezan por despellejarse y terminan por morir.

“El trabajador ideal es el mexicano, es decir, nosotros, que moviéndonos entre el agua helada y la nieve, resistimos un frío terrible; y cuando muchos de estos trabajadores regresan a México, según sé, llegan hecho unas piltrafas humanas, unos porque se han convertido en adictos a los estupefacientes, y otros porque están roídos por la tuberculosis.

“Van a Alaska entusiasmados con los magníficos salarios, pero el trabajo es duro y agotador, la vida cara, y, destruída la natural resistencia, los hombres caen al fin en las garras de los capataces que les ofrecen energías aparentes por medio de las drogas. Al principio, claro está, se las obsequian, pero cuando los infelices son víctimas del vicio, se las venden, y el jornal que les pagan cae de nuevo, íntegramente, en las manos de los enganchadores. Cuando los hombres ya no son útiles, se les regresa a nuestro país. No tienen ustedes idea de cuántos trabajadores vienen deshechos.

“De esto no digan nada a nuestras familias. Le suplico, Simón, que cuide de mi mujer y de mi hijo, a quienes le envío un poco de dinero...”

Seguían otras cartas... numerosas cartas. Quejas y más quejas. ¿De quién era la culpa? ¿A quién responsabilizar de todo aquello?

El rebaño de braceros era víctima de la ley. De la ley del más fuerte. Era la misma ley que hacía víctimas en todos los sitios. Aquí y allá. En el mundo. ¿Pero “eso” era la ley?

¿Cuántos campesinos regresarían? La mayor parte destrozados por la experiencia, heridos por la discriminación en su dignidad y en su orgullo de hombres; pero el hambre los empujaría de nuevo fuera de sí mismos; así pasaba en todos los sitios. Y la maquinaria los iría destruyendo hasta hacerlos picadillo, como destrozaba a todos los pobres del mundo. Y lo único que no sería destruída era la línea divisoria, las fronteras. Y el hombre ignoraría que la tierra, toda la tierra, existe para amarla y no para servirla. Y sin embargo... más allá existe la tierra, que no está tan sólo en un sitio ni para un hombre. Lo sabía Simón, que ignoraba la pertenencia; lo sabía el abuelo lo

sabía Margarito. Sin duda, eran muchos los que en el mundo lo sabían.

-Simón, ¿por qué estás pensativo? Apenas si has comido en los últimos días.

-Rosa: los gavilanes no engordan. Todo se les va en volar.

-¿Qué es lo que sucede?

-Uno se imagina cosas. La realidad las descompone, pero el hombre no se conforma. Siempre pedirá más, soñará más.

-Tú me has enseñado el amor...

El volvió la cabeza, sorprendido. La miró profundamente. Así que ella sabía...

-Tú enseñarás el amor a muchos hombres, Simón.

-Ellos lo sentirán. El amor no puede enseñarme nunca. Y cuando lo sientan, sufrirán menos, estarán en paz. Completamente en paz.

-Quiero comprenderte. He reunido un poco de dinero. Tú sabes, mis salarios... ¿podríamos partir?

Simón guardó silencio. Las cartas con todas las quejas de los braceros, le temblaban en las manos. De los que se fueron, regresarían muchos. Allá, lejos, quedarían enterrados varios. Enfermos vendrían otros. Enfermos del alma, y del cuerpo, los más. Sólo habían buscado un lugar para comer; no deseaban otra cosa. Aquí pasaba lo mismo. Deseaban, deseaban... ¡Todo era monstruoso! Se les cobró la comida a un precio bastante alto. Y pagaban. Sólo persistía el deseo. ¿Pero era eso realmente un deseo? ¡No! Era una necesidad.

-Rosa: ¿Cuánto dinero has guardado?

-No mucho, pero sí el suficiente...

-¡Calla!

-Pero, ¿qué es lo que pasa?

-Tanto, que no deseo hablar.

Simón se dijo: Luchan por encontrar el paraíso perdido, la tierra prometida. Luchan todos, en diferentes sitios, con la misma ansiedad inútil, queriéndose suicidar a diario, pero sin el valor de hacerlo. Y sufren la agonía; no mueren definitivamente, no tienen valor para morir. Tampoco lo tienen para vivir.

Los pensamientos le cruzaban rápidamente por la imaginación.

No, no sentía el desprecio. Los amaba. A los de aquí y a los de allá, a los hombres de todas las razas, de todas las nacionalidades, de todas las tierras... Eran los mismos: ciegos, con las manos extendidas, con los estómagos anhelantes, con los ideales rotos y siempre vivos. ¡Cómo se les podía odiar!

Simón recogió el dinero que Rosa había guardado y mandó imprimir cientos de volantes con las cartas de los braceros. Era indispensable que “aquello se supiera”.

Los volantes fueron fijados en todos los sitios. La queja se escuchó lejos, vibró el aire con la inquietud y con el dolor de los hombres. Y la decisión no se hizo esperar: no saldrían más braceros. El gobierno lo ordenaba.

Pero Simón no quedó satisfecho. No era suficiente la prohibición. Era necesario el remedio. ¡El hambre! he ahí el motivo. Que se calmara el hambre. Por ésta, por el hambre de todos, era urgente continuar luchando.

El dinero de los trabajadores llegaba ya en forma regular. Pronto vendrían a reunirse con su familia los que quedaban vivos.

Ahora, se dijo Simón, debo proteger a Rosa. Tal como ella lo desea, como ella lo quiere. Y desde cualquier parte, podré ayudar a los campesinos de mi país o de cualquier país.

-Rosa: mañana salimos para México.

Simón habló luego con el abuelo y con los hombres de Pueblo Nuevo. Era necesario no sólo que no emigraran más trabajadores a lugares extraños, sino pedir, exigir que el reparto de tierras se hiciera con agua, con animales y con aperos de labranza.

Por eso lucharían Simón, el abuelo, Margarito y los hombres que tuvieran el deseo de servir no sólo al país, sino a sus semejantes. El servir sin sentido humano no tenía importancia.

Cuando Simón y Rosa subieron al tren, los despidió el abuelo, el nieto del abuelo, las mujeres y los niños.

El abuelo le dijo:

-Simón, ¿qué hacemos con tu parte?

Simón miró a sus amigos. Allí estaban, temblorosos en su pena, en su angustia, con sus estómagos semivacíos, con las manos tendidas a la esperanza. Lo estudiaban con los ojos y le sonreían con los labios. Confiaban en él. Sabían que lejos o cerca contarían siempre con su ayuda.

Pronto -se dijo Simón- se olvidarán de mi nombre. Abrazarán a sus maridos, a sus hermanos, a sus hijos... cuando éstos vuelvan... ¡los que vuelvan! Pero hay que ganarle la batalla al hambre. De este nombre no se olvidará nadie.

-Simón, ¿qué hacemos con tu parte?

El abuelo le repitió la pregunta. Simón asomó la cabeza por la ventanilla y dijo jovialmente:

-Como usted expresó no hace mucho, abuelo: ¡No la quiero! ¡Quédese!

El tren empezó a caminar. El abuelo, orgullosamente, levantó la cabeza. Sus ojos desafiaron los de Simón. Sus andrajos flotaban en el aire, dejando más a lo vivo su carne morena y arrugada.

-Yo tampoco la quiero.

-Désela a su nieto, a la gente más pobre del pueblo. ¡Váyase al diablo!

El pueblo refa, las mujeres refan. El tren caminó más de prisa, se perdió en la distancia.

Simón abrazó a Rosa. ¡Para qué quiero yo nada! Luego, en voz alta:

-¿Cuándo nacerá nuestro hijo?

-Falta ya poco tiempo...

-Cuando nazca -murmuró Simón-, será mi mejor cosecha...

MARGARITO LES DIO LA BIENVENIDA. Tenía una noticia para Simón: el problema de la vivienda se había solucionado.

Al día siguiente el gobierno empezaría la construcción de los edificios multifamiliares y unifamiliares. Se levantarían en varias colonias. Eran casas para trabajadores. Se pagarían a largo plazo. Así pues, la realidad de una casa ya no iba a ser un sueño.

Margarito conversaba con Simón. Sus palabras rápidas chocaban unas contra otras. Se encontraba satisfecho. Había ganado la partida.

-Ustedes tienen una casa.

-Rosa tiene una casa -dijo Simón.

-Los voy a llevar a ella.

Era la casa prometida en la Colonia Garza. Modesta, blanca, limpia. Rosa respiró con satisfacción. Sentía la seguridad de las cuatro paredes propias. Eran como una concha sobre su cuerpo deformado por el embarazo. Un caparazón protector.

Alegremente paseó la vista por las piezas. ¡Una casa! ¡Su casa! Nunca podría entender por qué Simón no sentía eso.

Caminó de un lado a otro, limpió el polvo en varios vidrios, recorrió la casa por dentro y por fuera, apreciándola con la mirada y con el corazón. Allí se quedaría, por fin. Ya no más ir y volver.

Era necesario, indispensable, cuidar del hijo. Antes y después de nacido. Simón volvería a ella. Ya lo había dicho una

vez cuando, al unirse, le expresó: “Yo permaneceré en ti, en tus hijos y en los hijos de tus hijos...” ¡Era la verdad! El permanecería en ella. Nada importarían sus ausencias.

-¿Te sientes contenta?

Era la voz de Simón. Voz curiosamente burlona. ¿O era que ella creía percibir ese timbre en su voz? ¡Lo dijo de una manera!...Bien. Era un hombre libre. Y ella era una mujer. Ahora que comprendía mejor, lo sabría esperar siempre.

-La abeja necesita del panal para su miel...

Ella sonrió. Volvía el Simón tierno de siempre a expresarle su pensamiento en palabras hermosas.

-Sí, necesitaba una casa...

-Yo te necesito a ti.

Era mentira. El no necesitaba de nadie, pero la amaba. Ella sabía que la amaba. Amaba a todos, pero a ella como parte de sí mismo. Nunca le sería extraña.

-Algún día, Simón, cuando seamos viejos...

-Te amaré igual que hoy.

-Estaremos aquí en la casa, sentados juntos. ¿Te gustaré lo mismo a pesar de mis canas y mis arrugas?

-Siempre serás mi mujer. Siempre serás tú.

¡Era verdad! A él las cosas materiales no lo hacían cambiar. Ella sintió su ternura constante. A pesar de que su cuerpo se deformaba y su tez empalidecía, a pesar de que no estaba hermosa, él siempre se mostraba amoroso. En las noches, su brazo, amplio y fuerte, se tendía sobre ella y su voz murmuraba:

-¡Acércate!

-No puedo. No debo. ¿No ves que estoy horrible? Tengo catarro, los ojos me lloran, el embarazo me ha deformado el cuerpo.

venas palpitantes, vibrando al parejo de la noche, en calma su corazón, sin más ansias que las de existir y de que el momento perfecto perdurara.

Rosa repitió:

-¿Crees en las estrellas?

-¡Creo en la vida!

-Ah, pero las estrellas... ¡Son tan hermosas! Mira, Simón, allí está Casiopea como en un trono. Luce su brillantez en medio de la corte que le forma una W deslumbrante. ¿La miras?

La mano de Rosa, su dedo índice, dibujaba en el espacio.

-¿Ya la descubriste?

Simón sonreía. Mirando amorosamente la cara de Rosa, dijo alegremente:

-¡Sí! ¡Sí!

Le encantaba contemplarla llena de gozo, perdida en el firmamento, amando éste como él amaba la tierra y todo lo que en ella se desenvolvía. Del cielo, él adoraba el sol...

-Fíjate, Simón, allí están la Osa Menor y la Osa Mayor. Se caracterizan...

-Yo conozco únicamente las cabrillas.

-Pléyades, Simón, Pléyades...

-Las utilizábamos mucho allá, en el campo, para saber aproximadamente la hora.

-¿No te parecen las estrellas semejantes a las personas? Unas son más bellas; otras más débiles e incoloras. Unas tienen historia y leyenda; otras no pasan de la prosa. Están allí, en el cielo y han inspirado a los poetas. Todas las estrellas bonitas tienen nombre y forman individualidades tan curiosas que...

-Rosa, ¿crees en tu estrella?

-¿Y qué importa? No es al catarro, no es a tus ojos llorosos, no es tu cuerpo al que quiero... Es a ti. Nada tiene que ver lo demás. ¿Entiendes? ¿Es diferente el árbol cuando su fruta cae al suelo? ¿Es diferente la rama cuando las rosas la seca el viento?

Su brazo la oprimía con ternura y la acercaba en su silencio. Rosa encontraba un supremo refugio.

Simón ponía el oído sobre el corazón y el vientre de Rosa y escuchaba, como en otro tiempo sobre la tierra, el calor de la vida. ¡Allí estaba, pero ahora más firme, en el vientre de la madre!

Después de fijar sus ojos con éxtasis en la mujer amada, Simón recorrió con sus pupilas perdidas en el ensueño las paredes de la casa; y sintió unas ansias irreprimibles de huir. Conteniéndose, dijo en voz baja:

-Rosa: ¿quieres que salgamos al campo? ¡Hace tanto tiempo que no vemos los alrededores de la Colonia Garza!

Tomados de la mano, recorrieron las flamantes calles recién inauguradas y se perdieron al fin en la soledad de los caminos y de los árboles.

Rosa, sintiendo cansancio, pidió un descanso. Simón la condujo en brazos y la recostó al fin sobre la hierba. Cara al cielo, con Simón a su lado, Rosa contempló el firmamento. Después de unos instantes de silencio, le dijo:

-Simón: ¿tú crees en las estrellas?

El hombre cerró los párpados. La noche tachonada de estrellas le hundía una emoción profunda. En la hora en que el mundo pierde todo ritmo acelerado para encontrar la serenidad, él, revivido en su esencia de la hombría, se sentía pequeño pero también grandioso. Allí estaba, con todas sus

-Absolutamente, Simón. El cielo es lo más fantástico que existe. Tiene otros mundos a los que podemos contemplar. Ya ves, la luna... A mí me hace un efecto de locura. En las noches de luna, como ésta, cambio, me vuelvo otra mujer.

-Yo amo el sol...

-Lo eterno femenino y lo eterno masculino, ¿eh?

El no dijo nada. Le tomó las manos y la besó en los párpados.

-Simón, las estrellas siempre han preocupado a todos los que tienen espíritu. La posición favorable o desfavorable de las estrellas hace que muchos que saben de su ciencia, emprendan o no amores o negocios. ¿Será decisiva su influencia en nuestra vida? A veces me lo pregunto. Y ese renglón popular que para explicar la mala suerte dice: nació estrellado... Se habla de la buena estrella y lo que nunca me explico es cómo, para pintar el que una gente se desespera o recibe un golpe fuerte, se afirma: miró estrellitas.

-Te olvidas que lo que más se ha gastado es aquello de “tus ojos son dos estrellas”.

-No te rías de mí.

-Margarito nos ha invitado a visitar a su madre. Un día de éstos iremos.

Como si no lo hubiera escuchado, Rosa dijo: ¿Cuál será la estrella de nuestro hijo?

Simón se escapaba. No quería hundirse en la emoción. Su cuerpo, su espíritu, llenos de pensamiento y de sentimiento, estaban ya cerca del pasmo. Se defendía aún; no lo deseaba. La serenidad, pero no el pasmo. Y sin embargo... La fría claridad de la luna lo iluminaba. Se dijo: es indudable que de ella sale un fluido, un fluido numínico, que impulsa a amar... Su corazón latía agitadamente. Apretó la mano de Rosa. Ella no dijo una

palabra; sintió el ansia de él, su honda de emoción y calladamente contempló la noche.

Las ramas de los árboles, obscuras y pesadas, tenían colores claros, como si rompiera la obscuridad el alba. Los caminos lucían en la tierra su luz plateada.

En ese instante, Simón pensó que los mundos ignorados no lo espantaban. Perdido en la soledad y también en el silencio, intuía su voz; la voz hecha carne y materia, sin desconexión posible de lo humano, pero apartándose todavía en la ignorancia de lo divino en otros universos. Los locos, las mujeres y los enamorados, se dijo, sienten la influencia de la luna. El flujo y el reflujo de las cosas se rige por ella, y la luna, de acuerdo con el estado anímico del hombre, provoca amor, odio, tristeza, serenidad, poesía... La de esa noche le inspiraba el pasmo; el pasmo ante su imponderable belleza. El pasmo hasta agitarle el corazón...

Los antiguos decían que la luna era una piedra; otros afirmaban que era una superficie helada; alguien más que estaba hecha de fósforo... pero no debía ser eso. Era sin duda una masa de estrellas... todas las estrellas perdidas y luminosas, hacinadas en el cielo como sobre la tierra los copos helados forman al desempeñarse, la bola de nieve que rueda por la montaña...

Pero él, como todos sus antepasados, amaba al sol. El dios que necesitaba la vida de los corazones para conservar su poder de fecundidad.

Cuando habló, su voz opaca y queda estremeció a Rosa. Más por el tono que por la palabra, ella sabía de las emociones de su compañero. A medida que el tiempo transcurría, aprendió a leer en los silencios de simón, que no en sus frases, el sentido de las cosas.

palabra; sintió el ansia de él, su honda de emoción y calladamente contempló la noche.

Las ramas de los árboles, oscuras y pesadas, tenían colores claros, como si rompiera la obscuridad el alba. Los caminos lucían en la tierra su luz plateada.

En ese instante, Simón pensó que los mundos ignorados no lo espantaban. Perdido en la soledad y también en el silencio, intuía su voz; la voz hecha carne y materia, sin desconexión posible de lo humano, pero apartándose todavía en la ignorancia de lo divino en otros universos. Los locos, las mujeres y los enamorados, se dijo, sienten la influencia de la luna. El flujo y el reflujo de las cosas se rige por ella, y la luna, de acuerdo con el estado anímico del hombre, provoca amor, odio, tristeza, serenidad, poesía... La de esa noche le inspiraba el pasmo; el pasmo ante su imponderable belleza. El pasmo hasta agitarle el corazón...

Los antiguos decían que la luna era una piedra; otros afirmaban que era una superficie helada; alguien más que estaba hecha de fósforo... pero no debía ser eso. Era sin duda una masa de estrellas... todas las estrellas perdidas y luminosas, hacinadas en el cielo como sobre la tierra los copos helados forman al desempeñarse, la bola de nieve que rueda por la montaña...

Pero él, como todos sus antepasados, amaba al sol. El dios que necesitaba la vida de los corazones para conservar su poder de fecundidad.

Cuando habló, su voz opaca y queda estremeció a Rosa. Más por el tono que por la palabra, ella sabía de las emociones de su compañero. A medida que el tiempo transcurría, aprendió a leer en los silencios de simón, que no en sus frases, el sentido de las cosas.

-Rosa: las estrellas parpadean y la luna es la diosa de la muerte. Las estrellas lloran lo que no pueden vivir.

Ella penetró en la soledad. También sintió el pasmo.

-Simón: si yo muriera...

Toda la responsabilidad inminente de la hora del parto estaba allí, tensa entre ambos. Simón había pensado en la muerte con la luna; ella había pensado en el destino al contemplar las estrellas.

-Yo no espero la muerte. Creo en tu destino...

-Ah, pero si muriera...

Ella se ponía nerviosa. Su cuerpo, empequeñecido ante la magnitud de la vida por venir, sentía pavor al aproximarse la hora de aclarar el misterio; este misterio con más sentido para ella que los universos remotos, más gigantesco que la luna, más extenso que el cielo.

El libró una batalla consigo mismo. Contra las emociones, de ella y de él, fundidas, su razón no supo qué decirle.

Adivinando que había roto la quietud del alma, apenas adquirida en la serenidad de la noche, Rosa acercó su mano a la de Simón y se refugió en su pecho.

-He de vivir para ti.

La voz que se agigantó en sus oídos. Su brazo se cerró sobre los hombros de la mujer amada, y los ojos, de párpados cansados, se quietaron sobre las pupilas.

Ambos estaban presos en la profundidad de sus sentidos y no fueron más que una parte de la noche, envueltos en ella, en su misterio. Rosa entendió en el abrazo de Simón todas las cosas del silencio... y en su corazón supo que ahora no existía el vacío.

El abrazo de Simón se hizo tan tierno, que el cielo, las estrellas, el azul del firmamento, la cauda luminosa de los caminos, el césped blando y la mujer hecha inmaterial, tuvieron el mismo sentido infinito: el ser y el no ser. La vida y la muerte...

MARGARITO FUE POR Simón y Rosa para llevarlos a la casa de su madre. Indudablemente, ésta era una prueba de confianza extrema.

Antes de ese día Margarito nunca habló mucho de los suyos. Alguna vez dijo que su madre era una persona poco sociable, para quien la casa significaba su propio mundo ya que dentro de él se sabía la reina. Lo exterior, con sus adelantos, sus noticias, sus ruidos, importaba poco. Puertas afuera, era un mundo; dentro, era otro, completamente extraño.

La madre y las hermanas de Margarito habitaban en una colonia pobre: Mártires de Río Blanco.

Al llegar a la casa de la madre de Margarito los recibió ésta acompañada de las tres hijas. Toda la familia vestía de negro. Llevaban años vistiendo así. Margarito había anticipado que desde que el padre murió su madre decidió que ni ella ni sus hijas usarían jamás otras ropas.

Rosa pudo comprobar que la madre de Margarito era una mujer extraña, encerrada en sí misma, austera y al mismo tiempo suave; parecía hecha de materia frágil, próxima a romperse. Sus mejillas pálidas por los largos años de encierro unidas a sus ropas negras, le daban la apariencia de monja escapada del convento.

-Margarito me ha hablado mucho de ustedes...

Su voz pausada y queda, sonaba metálica. Sus manos, descansando sobre la falda, repasaban las cuentas de un rosario.

-Mi madre me pidió que los invitara, dijo Margarito.

Las hermanas no externaron palabra. Sonrieron e inclinaron la cabeza. Sus figuras jóvenes, entristecidas por los ropajes negros, eran lastimosas. Rosa se sentía a disgusto; no le agradaba aquella casa ni sus habitantes. ¿Cómo era posible que Margarito hubiera podido evadirse del medio y convertirse en lo que era? ¿Sería también así la familia de Simón? No. No era posible...

Doña María, evidentemente, vivía para sus recuerdos. Sobre una de las paredes de la sala, el retrato de su marido estaba iluminado por una lámpara votiva. A los lados, sobre unas repisas, jarrones con flores, moños negros, abiertos en forma de ala, enmarcaban aquel rostro que en vida debió ser muy bello. Los bigotes enhiestos, la mirada desafiante, el porte altivo.

-¿Ese es el padre de Margarito? -dijo Rosa, siguiendo con los ojos el retrato.

El rostro de doña María se inmutó. No deseaba hablar de “aquello”.

-Mi madre nunca ha podido reponerse de “esa” pérdida -disculpó Margarito-. Amó mucho a mi padre.

Margarito deslizó la conversación en anécdotas de su familia. Nadie hacía uso de la palabra. Se decía que el muerto estaba allí, de cuerpo presente.

-Voy a contarles algo que pinta el carácter de mi madre. Ella pertenece a las viejas familias mexicanas, a las que tienen que mantener la dignidad y la compostura aun a costa de la propia vida.

-Fué la escuela de tu padre...

Al decir esto doña María levantó la cabeza.

-Esta mujer -pensó Rosa- vive únicamente para su orgullo.

-Mi padre era un hombre singular... En los movimientos revolucionarios, fué combativo. Se encontró con mi madre y se enamoró de ella, pero el matrimonio no apaciguó sus ansias de lucha; al contrario, las acrecentó. Siempre deseó que sus hijos disfrutáramos de un mundo mejor.

“Tuvo un gran amigo: Alejo Benavides. En cierta ocasión en que ambos tenían que llegar a un campo de batalla, mi padre se adelantó. En vano esperó los refuerzos de Benavides. Este llegó tarde, cuando el enemigo prácticamente había vencido a sus tropas. Benavides resultó culpable de la derrota. Dijo para justificarse que los caminos eran malos y que había recibido la orden de marcha ya tarde.

“Mi padre, con cierta amargura, contestó: “Esa es la culpa. ¿Cuál es la disculpa?” Un hombre singular... Estricto hasta el extremo en el cumplimiento del deber, encontró en mi madre una digna compañera; ella nunca tiene disculpas.

-El tampoco las aceptaba. Era inflexible.

Simón comprendió. Margarito le mostraba las raíces, las fuentes de su hombría. Su intolerancia y su exigencia.

-No creo en los hombres tolerantes -había dicho más de una vez-. Quien es tolerante es porque se explica y concede a sí mismo el poder hacer cosas similares... La tolerancia es un síntoma de debilidad.

Simón siempre creyó que la tolerancia era un síntoma de fuerza; pero entonces, como ahora, escuchaba en silencio.

Llegó la hora de sentarse a la mesa. Margarito, la madre, Rosa, todos hablaban en voz baja, como si el muerto estuviera allí.

-Lo que pinta a mi madre en toda su grandeza -dijo Margarito-, es lo siguiente:

“Mi padre, allá por 1916, invitó a Benavides a pasar unos días en casa. Cuando llegó, mi madre y mis hermanas lo recibieron con las debidas muestras de afecto. Sin embargo, él notaba algo raro en el ambiente.

“Benavides me platicó después:

“-Vea que las muchachas hablaban en voz baja y que tu madre, cuando la visitaban las vecinas, parecía ignorar mi presencia. Todos cuchicheaban en apartes. Aquello era casi humillante. Sin duda, pensé, las gentes de esta casa piensan que un soldado como yo no puede comportarse en la forma debida. Eso sí, me atendían exquisitamente.

“La señora, tu madre, me invitaba a ir a la iglesia los domingos: ella y tus hermanas eran escoltadas por mí y se notaba que esto las enorgullecía. Sin embargo, a la salida de la iglesia, esquivaban la gente y me hacían volver a la casa poco menos que corriendo. La conducta era por demás rara. Yo había quedado con tu padre de encontrarnos en la casa de su esposa y pasar allí las vacaciones. Al llegar, por discreción, no pregunté sobre la ausencia del jefe de familia, pero como pasaban los días y él no se presentaba, creí oportuno preguntar:

“¿Y Julián?

Tu madre se turbó tanto y le temblaron las manos en tal forma, que la sopa se le cayó de la cuchara; tus hermanas, consternadas, se miraron unas a otras. Yo me sentí poco menos que avergonzado. ¿Qué dije para que se inquietaran en tal forma? Yo ignoraba qué había sido de tu padre; nos dimos cita en su casa cuando él se quedó combatiendo en el norte y yo me vine al centro. Desde entonces, y habían pasado quince días desde entonces, no tuve noticias de su persona. Pero el tiempo de la cita llegó y allí estaba yo con su familia, a pesar de los

trastornos de la revolución, para cumplir mi promesa de pasarme unos días descansando en su casa.

“Al notar la turbación de todos, balbucí, avergonzado: - ¡Dispénsenme!

“Doña María me dijo: -No tenga usted cuidado.

Tratando de arreglar las cosas y, sobre todo, de animar la conversación, saqué de mi cartera el retrato de mi esposa y de mis hijos y se lo enseñé a doña María. Esta, sin poder contenerse, sollozó desconsoladamente. Pero, por Dios, ¿qué es lo que yo había hecho?

“Pasé un momento embarazoso. Una de tus hermanas me hizo una seña para que saliera y ya en el patio me explicó:

“-Dispense a mamá. Es... que mi padre fué fusilado hace quince días.

“Entonces vi claro. Pero, ¿por qué causas no me lo había dicho?

¿A qué venía aquel estoicismo inexplicable? Completamente arrepentido, entré de nuevo en el comedor:

“-Doña María -le dije-, perdóneme usted. Yo no sabía que Julián...

“Pero ya para entonces ella se había repuesto. Con los ojos secos y una leve sonrisa en los labios, me hizo una seña para que callara.

“-Yo le ruego que me perdone -insistí-. Y si me lo permite, ahora mismo hago mis velises y me marcho de esta casa. Pero antes, dígame: ¿se le ofrece a usted algo?

“Me sentía completamente aniquilado. Por una parte el estoicismo de tu madre y por otra el deseo de toda la familia de hacerme grata la estancia, me turbaban al extremo de que mis vacaciones eran incómodas.

Tu madre me dijo: 'Permanecerá con nosotros todo el tiempo que Julián y usted planearon. Su presencia es un gran consuelo para mí.

“-Yo le ruego...

“-No se hable más de ello.

“A partir de ese día, el esmero en el cuidado de mi persona se extremó de tal manera que la hospitalidad se volvió un martirio.

“¿Cómo era posible que aquella mujer, con el corazón crucificado, pudiera estar pendiente de todos los detalles?

“Al fin, para mi consuelo, llegó el día en que tuve que despedirme. Lo hice con pena. Al besarle la mano a doña María, me dijo con los ojos empañados por el llanto:

“-Espero que haya estado contento... ¡Sufren tanto los revolucionarios!

“Tu hermana mayor me encaminó hasta el coche. En voz baja me dijo:

“-Mamá ordenó que lo tratáramos con el mismo cuidado que si usted fuera papá. Quiso evitar que supiera la noticia de la muerte de mi padre, pero fué imposible ocultársela por más tiempo... Perdónenos.

“Sentía mi alma conmovérseme hasta las últimas fibras. Así pues, doña María había visto en mí, en el íntimo amigo de su esposo, algo más que una persona: el último hálito de vida que llegaba desde los campos de batalla que le habían arrebatado su hombre. Y haciendo caso omiso de su dolor, honraba en mí, en el amigo íntimo, a la revolución, a los revolucionarios y al recuerdo del hombre que la acompañó durante la vida.

“No quiso que el hablar de él, durante la mesa, durante las horas de tertulia, empañara mi estancia; no deseó que me

llevara más que el recuerdo de las atenciones de un verdadero hogar; no quiso otra cosa para mí que un descanso... porque ‘nada,’ absolutamente nada, debía alterar las vacaciones ganadas después de los combates...

“No pude menos que besarle reverentemente las manos.

“Al partir, ella sólo me dijo, entre las lágrimas que le bañaban el rostro: -¡Que Dios lo bendiga!

“Aquello quería decir: que no lo maten en el campo de batalla, que vuelva a su hogar, que sus hijos lo vean...

“Temblorosamente subí al coche. Fué entonces, solamente entonces, cuando noté que doña María se despidió de mí toda vestida de negro. Era la primera vez que vestía de luto. Durante todos los días que duró mi visita, su delicadeza llegó a tal extremo que se abstuvo de usar trajes de negativo color...

Al oír esta anécdota “que pintaba a doña María de cuerpo entero”, todos quedaron silenciosos...

Después de unos instantes Margarito, tratando de romper aquel silencio, preguntó:

-¿Madre, ¿no supiste nunca de Benavides?

-Sí. Escribió varias veces, siempre preguntando qué necesitábamos. Fué un gran amigo de tu padre.

Margarito sonrió. Estaba satisfecho.

-Nos hacían falta muchas cosas -dijo-, éramos pequeños... Pero mi madre luchó y nos educó a todos, sin necesitar de nadie. Ella sola se bastó.

Rosa miró largamente a doña María. Así pues, de allí provenía su orgullo. Ella y otras mujeres como ella iba formando, construyendo, conscientes de su fuerza, seguras de su íntima seguridad.

Los ojos de las dos mujeres se encontraron. Rosa, con toda su ternura; doña María, con todo su orgullo.

-¿Va usted a tener un hijo.. Pronto?

-Lo espero dentro de dos meses.

-¿Su familia?

-No se encuentra en México.

-Entonces estaré con usted. Ya verá cómo pasa todo sin dificultad. Yo tuve cuatro hijos... Hubiera tenido una docena si...

La frase se le quedó trunca en los labios. Luego, sonriendo apenas:

-Tener un hijo es algo tan natural...

Miró a Simón. Lo abarcó con los ojos. Pareció satisfecha del examen, pero no dijo nada.

Al terminar los postres, doña María pidió a Rosa que esperara un instante y se dirigió a su recámara. Cuando volvió, traía en las manos varias chambritas y unos pañales:

-Permítame...

Puso el pequeño envoltorio en las manos de Rosa, que lo aceptó ruborizada.

-Gracias, muchas gracias.

-No deje de avisarme cuando “sea la hora”.

Al salir de la casa, Margarito les dijo, muy ufano:

-Yo sabía que mi madre los iba a querer...

Simón y Rosa se miraron. El mismo pensamiento los animaba: a pesar del orgullo, conocía el amor...

En voz alta, Simón dijo:

-Es tu madre.

Margarito contestó con voz emocionada:

-Es más que eso: ella me enseñó a ignorar la indiferencia...

Y así era en realidad. Margarito deseaba que a la hora del parto, Rosa tuviera cerca alguien que hiciera las veces de su madre... Y como la madre de Rosa estaba ausente, le ofrecía la de él. ¡Qué gran amigo, qué gran gente era Margarito!

Simón, sin decir nada, le estrechó las manos...

LLEGO “LA HORA”. Desde las siete de la mañana Rosa empezó a sentir los dolores del parto. Sus ojos, humedecidos y brillantes, veían avanzar los minutos lentamente. De su rostro se borraron las sonrisas y en vano la presencia de doña María, de la partera y de Simón, deseaba impartirle confianza.

-¡Tengo miedo!

La voz de Rosa, repitiendo estas palabras una vez y otra vez, martilleaban sobre el cerebro y el corazón de Simón y lo hacían temblar. El cuarto olía a medicinas, a sudor, a desinfectantes. No pudiendo soportar la pena, Simón quiso irse, pero su mujer casi gritándole, lo detuvo:

-¡No te vayas! ¡No me dejes sola!

Volvió él a su lado y le acarició la cabeza.

-Simón, dime cualquier cosa...

-¿Qué quieres que te diga?

-Lo que se te ocurra. Quiero oír tu voz. No te quedes callado, silencioso. ¡Háblame!

Ahora lloraba. ¿En dónde estaba la fortaleza de la mujer que él había conocido siempre entera? Allí estaba con su rostro pálido, con su cabello despeinado, la camisa entreabierto, sus piernas extendidas y su gran vientre en toda la grandeza de su dolor...

La acarició con ternura. Una inmensa ternura.

Ella abrió los ojos y lo miró. Ahora sentía su presencia. ¡Cuánto sufrimiento para tener un hijo!

El dolor agudo de los huesos de la pelvis, que se abrían para dar paso a la vida, disminuyó, olvidándolo por un instante. Pudo sonreír. Volvía a ser la muchacha valerosa de otros tiempos. Simón devolvió la sonrisa.

-Rosa, te amo.

-Yo también... ¡Yo también te amo!

El hubiera querido decirle al oído, muy cerca: te amo por tus huesos, por cada poro de tu carne, por tus lágrimas, por la sangre que mana de ti, por el humor de tu cuerpo, por tus venas y tus nervios, por toda su materia viva y perecedera, y por lo que hay dentro de ti: lo impalpable, lo inasible, y mi hijo.

-Rosa, ten confianza... Todo saldrá bien.

-¡Estoy tan fea!

Aún se preocupaba por su belleza. Pidió el espejo, los polvos, y se limpió el rostro.

-Debía darme vergüenza que me vieras así.

-No digas eso. ¡Vergüenza de vivir! Mis ojos te recorren y nunca como ahora me pareces tan hermosa. Tienes el mismo encanto de la tierra cuando rompen su corteza los tallos verdes... ¡Toda tú eres la tierra!

De nuevo el rostro amado se congestionó.

-Ay, ¡qué dolor!

El grito le partió los labios y el sufrimiento hizo que el cuerpo se enarcara; los dedos, perdida su laxitud, se engarfiaron sobre la colcha. Doña María empapó un pañuelo con alcohol y frotó la frente de la parturienta.

Margarito salió por el médico. Cuando el doctor llegó, examinó a la enferma. Hizo varias preguntas. Luego, decisivo, agregó:

-Hay que trasladarla al hospital.

-¿A un sanatorio? ¿Qué estaba tan grave?

Los ojos de Rosa se fijaron interrogantes en el médico y luego sus manos se apoderaron de las de Simón.

-Pero él, ¿estará a mi lado?

-Si usted quiere...

-¡Sí, quiero! ¡De otro modo prefiero morirme aquí!

-Vamos, no se morirá usted. Animo. Todos los días las mujeres tienen hijos. Todas las mujeres los tienen. Es algo natural.

Se ordenó la ambulancia. Simón ayudó a colocar a Rosa sobre la canastilla de mimbre. Ya dentro, ella le dijo:

-Quédate aquí conmigo.

Simón le acarició la cabeza. Ella se aferraba a sus manos y lo miraba directamente a los ojos.

-Estoy muy mal, ¿verdad?

-¡No es nada!

Ambos callaron. El sentía que la vida tremante le temblaba por dentro. Por primera vez en mucho tiempo, tuvo miedo, un miedo sin límites, hondo y feroz. Cuanto más miedo tenía más pensaba cosas absurdas. Recordó otros hombres... Su padre no estaba jamás al lado de su mujer en estos trances. Otros, comidos por la angustia, bebían y bebían, hasta perder el conocimiento. Algunos, por el pánico de perder a la mujer amada, llegaban en su tristeza a tal sentido de miedo vital, de pánico vital, que escapando de la parturienta, tenían la necesidad urgente de acostarse con una mujer. ¡Con cualquier mujer! Después, avergonzados, regresaban al lugar donde su esposa paría... Y si ella se hubiera enterado, nunca podría entender...

La vida, la muerte... La afirmación, la negación... El ansia vital... Esta ansia empujaba a casi todos los hombres, después de tener un hijo, a emborracharse... A hacer el amor. ¿Era justo? No.

-Dame un vaso de agua...

Era su voz. Allí, como en un desierto. El ruido de la ambulancia era ronco y regular, semejante a su respiración.

-¡Quiero vomitar!

La náusea. La vida en vértigos, en círculos, hundiendo en abismos y el cuerpo y el alma... Rosa sintió la muerte. De nuevo el dolor...

Pensaba también. Pensaba que la abrían en canal, que se desangraba, que moría torturada hasta lo infinito; que todo su cuerpo trepidaba por aquella vida que deseaba abrirse paso arrancándole la suya.

-¡Qué camino tan largo! -dijo en voz alta.

Se había olvidado del desprecio y del amor. Allí estaba la muerte. Eso lo liquidaba todo.

Llegaron al hospital. Rosa había cerrado los ojos. Un ligero desvanecimiento. La bajaron de la ambulancia y la llevaron a la sala de operaciones. Los médicos, las enfermeras, enfundados en su trajes blancos, iban y volvían, bailando una danza absurda.

-¡Un parto difícil!

Las palabras salían, oscuras, de la boca tapada con la gasa antiséptica. Los instrumentos relucían junto a la mesa de operaciones.

Rosa abrió los ojos.

-¡Aaay! ¡Simón! ¿Dónde estás?

El le apretó la mano. Sabía que su presencia estorbaba. Sus labios oprimidos por los dientes, sangraron... Y sus ojos seguían el dolor de ella, inhábiles para restañarlo.

Un grito más prolongado. las manos del médico se hundieron en el sexo como en una granada abierta... Abierta... ¿El no le había dicho una vez eso? ¿Cuándo se lo dijo? Pero, ¡era verdad! se sentía un poco idiotizado.

Salió un brazo, luego la cabeza el torso, los pies... ¡Un parto difícil! Pero allí estaba: ¡la vida!

Era un cuerpo rugoso y colorado, un pedazo de carne prendida a la madre por el cordón umbilical. El médico cortó aquel hilo que suspendía la vida naciente a la vida de la mujer.

Ella lanzó un suspiro. Un suspiro profundo, de descanso. De su sexo brotó un grueso chorro de sangre, un río de sangre...

Las manos del médico trabajaban. Las enfermeras le dieron el algodón, las pinzas; una de ellas, acordándose del niño, le propinó varias nalgadas hasta hacerlo llorar. El llanto del pequeño hizo que Rosa abriera los ojos. Sonrió. La paz toda la paz del mundo la sentía ahora en el cuerpo. Como si no hubiera sufrido. Su carne apaciguada, olvidó el dolor. Sentían un orgullo infinito cuando pudo balbucear:

-¡Mi hijo!

Ella y el niño eran ahora pedazos de carne envueltos en gasas, en sábanas blancas, en alcohol, en medicamentos...

Las enfermeras llevaron a Rosa hasta la cama. ya sobre el lecho, Rosa tuvo una sonrisa para Simón. Luego, se durmió...

Junto a la cama, Simón sentado sobre una silla, meditaba. Sus ojos seguían el ritmo seguro de la respiración, las pestañas negras cayendo en sombras sobre las mejillas pálidas, la boca de Rosa, ahora serena, en suaves curvas...

El cuarto del hospital, a su alrededor, como una cárcel blanca... Sentía ganas de salir al campo, de caminar sobre el césped, de revolcarse, como los caballos y como los perros, sobre la tierra... ¡Se había ganado la batalla a la muerte!

Alguna vez, ya viejo, su cabeza llena de canas tendría alas en el pensamiento; y la dignidad de haber vivido en amor y para el amor, le cubriría de serenidad el rostro. Rostros así, llenos de serenidad, vió él en muchos de los hombres ancianos de su tribu.

¡No deseaba el tormento! Más que nunca ambicionaba pasar las fronteras. ¡Cómo las había pasado Rosa! Con dolor y con alegría. Ella había pasado sus fronteras: las de la vida y las de la muerte, y estaba allí, serena, llena de infinita paz...

Simón pensó que les enseñaría el amor a sus hijos. Les enseñaría que era necesario echar por tierra las viejas Torres de Babel, porque sólo de esta manera era posible el mejor entendimiento.

Una tierra sin fronteras para hombres sin fronteras: para hombres que al echar abajo sus líneas divisorias, descubrieran que las del mundo no pueden existir.

Tembloroso, Simón Gutiérrez acarició los cabellos de Rosa. Era como la tierra florecida.

Ahora ella entendería más que nunca el amor. Y su hijo también lo conocería. El amor a la vida, el amor a los hombres de cualquier raza y de cualquier color, el amor a la humanidad.

“La vida no se acaba -pensó Gutiérrez- aun con la muerte; la vida sigue, continúa. Yo quedaré en ella: en mis hijos y en los hijos de mis hijos.”

Y Simón supo en las corrientes de su sangre, que la vida seguía adelante de su paso y del paso de todos los hombres...

## ESCRITORES COAHUILENSES

### UNIVERSIDAD AUTONOMA DE COAHUILA

#### DIRECTORIO

M.C. Remigio Valdés Gámez, *Rector*

Lic. Roberto Arizpe Narro, *Secretario General*

Lic. Francisco Javier Duarte Villegas, *Tesorero General*

Lic. Raúl Amador Sifuentes, *Oficial Mayor*

Lic. Armando J. Guerra Guerra, *Coordinador General de Extensión Universitaria y Difusión Cultural*

Ing. Víctor Manuel Piña Luján, *Coordinador de Difusión Cultural*

Ing. Roberto Martínez Cuéllar, *Coordinador de Extensión Universitaria*

**Más allá existe la tierra se terminó de imprimir el 30 de abril de 1990 por la Universidad Autónoma de Coahuila. La supervisión de la edición estuvo a cargo de la Coordinación General de Extensión Universitaria y Difusión Cultural. Se tiraron 1,000 ejemplares.**



Coordinación General de Extensión Universitaria y Difusión Cultural